Georges Duby

El Año Mil

Una nueva y diferente visión de un momento crucial de la historia





A un Año Mil romántico, antítesis apocalíptico del Renacimiento, la escuela histórica francesa le opone un Año Mil destinado a ser clásico: momento crucial en que se opera, mientras se espera el fin del mundo, el paso de una religión ritual y litúrgica a un cristianismo de acción.

Tiempos de esperanza y temor, milenario de la encarnación que los contemporáneos vivieron como la promesa de una nueva Alianza, de una nueva primavera del mundo.



Georges Duby

EL AÑO MIL

ePub r1.0
Titivillus 22.01.17

Título original: *L’An mil*
Georges Duby, 1967
Traducción: Irene Agoff
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2








ÍNDICE

Los testigos

I. Conocimiento del Año Mil

Un pueblo aterrado por la inminencia del fin del mundo: esta imagen del Año Mil sigue viva aún en el espíritu de muchos hombres de cultura, pese a lo que escribieron, para destruirla, Marc Bloch. Henri Focillon o Edmond Pognon. Prueba de que, en la conciencia colectiva de nuestra época, los esquemas milenaristas no han perdido su poder de seducción. Aquel espejismo histórico se Instaló, pues, con toda facilidad en un universo mental dispuesto a acogerlo. La historia romántica lo heredaba de ciertos historiadores y arqueólogos que en los siglos XVII y XVIII emprendieron la exploración científica de la Edad Medía, época oscura, sojuzgada, madre de todas las supersticiones góticas que la Luces comenzaban entonces a disipar. Y, de hecho, es precisamente a finales del siglo XV, con los triunfos del nuevo humanismo, cuando aparece la primera descripción conocida de los terrores del Año Mil. El retrato responde al desprecio que profesaba la Joven cultura de Occidente respecto de los siglos sombríos y toscos de los que procedía, y de los que renegaba para mirar, más allá de este abismo bárbaro, hacia la Antigüedad, su modelo. En el centro de las tinieblas medievales, el Año Mil, antítesis del Renacimiento, ofrecía el espectáculo de la muerte y de la estúpida prosternación.

Una representación de esta índole extrae gran parte de su fuerza de todos los obstáculos que impiden ver con claridad ese momento de la historia europea. En efecto, aquel año, que fue el milésimo de la encarnación de Cristo —según los cálculos, inexactos, de Denis el Pequeño—, apenas si posee una existencia, tan poco consistente es la red de testimonios en los que se basa el conocimiento histórico. Y ello al extremo de que para alcanzar este punto cronológico —y para formar el dossier aquí presentado — por fuerza se ha de ensanchar, de un modo sustancial el campo de observación y considerar la franja de algo más de medio siglo que rodea al Año Mil, aproximadamente entre 980 y 1040.

La visión sigue siendo aún muy poco clara. Pues la Europa de entones salía de una profunda depresión. Las incursiones de pequeñas bandas de saqueadores llegados del Norte, el Este y el Mediodía, habían refrenado los primeros impulsos de progreso desarrollados tímidamente en la época carolingia, provocando un retorno ofensivo del salvajismo y dañando, en particular, los edificios culturales que los Emperadores del siglo IX se aplicaron a construir. El círculo de los letrados, que se limitaba a las cúspides de la sociedad eclesiástica, fue tan maltratado después de 860 que el uso de la escritura, ya muy restringido, se perdió casi por completo. Para esto el Occidente del siglo X. Esa tierra de bosques, tribus y brujería, de reyezuelos que se odian y se traicionan, salió prácticamente de la historia y dejó menos huellas de su pasado que la propia Áfri-

ca central del siglo XIX, que tanto se le asemeja. Ciertamente, para la generación que precede al Año Mil, el grueso del peligro y del infortunio ha quedado atrás; piratas normandos vendrán todavía a capturar princesas en Aquitania imponiendo rescate, y se verá a los ejércitos sarracenos poner sitio a Narbona; pero sin embargo los grandes atropellos han terminado y se adivina que ya está en marcha el progreso lento y continuo cuyo movimiento no cesará de arrastrar desde entonces a los países de Europa occidental. Se produce de inmediato un despertar de la cultura, un resurgimiento de la escritura; reaparecen de inmediato los documentos. Por consiguiente, la historia del Año Mil es posible. Pero es la historia de una primera infancia, que balbucea, inventa.

La arqueología

A decir verdad el historiador no se sirve únicamente de los textos y todo lo que la arqueología recoge para uso propio puede iluminarlo singularmente. El ejemplo de Polonia le hace ver qué cosa tiene derecho a esperar de una investigación minuciosa de los vestigios de la vida material, de la exploración de la sepulturas y fondos de cabañas, del análisis de los residuos de una ocupación antigua que el paisaje o la toponimia actuales conservan. Excavaciones recientes le revelaron, en efecto, lo que fueron en las planicies polacas las "ciudades" del Año Mil, esas elevaciones de madera y tierra encerrando en murallas continuas el palacio del príncipe y sus guerreros, la catedral recién construida y el burgo de los artesanos domésticos. A decir verdad, sin embargo, los arqueólogos polacos, checos, húngaros y escandinavos, estimulados por la ausencia casi total de textos que se refiriesen a este periodo de su historia nacional y forzados a utilizar otros materiales para edificarla, se sitúan por entero a la vanguardia de una arqueología de la vida cotidiana. En Francia, ésta sigue aún experimentando sus técnicas. Por lo tanto, en lo que se refiere a la mayor parte de Europa, lo que se sabe del comienzo del siglo XI procede de fuentes escritas. Este libro se propone presentar y comentar algunas de ellas, elegidas en un acervo documental que, aun en las comarcas francesas situadas no obstante por entones en la cima del renuevo cultural, se muestra singularmente restringido.

Las cartas

De los sesenta años que enmarcan al Año Mil, datan cierta cantidad de textos que no pretendían relatar sucesos sino que servían para establecer derechos. Son títulos que notifican decisiones reales, cartas o noticias referidos en su enorme mayoría a transferencias de posesiones. Raras todavía en Inglaterra y en el norte de Germania, estas actas son, en los archivos de Francia, Italia y Alemania del sur, mucho más numerosas que los títulos análogos procedentes del siglo X o incluso de la época carolingia. Ningún periodo anterior de la historia europea ofrece tal cantidad. Y no es que en ese momento los redactores estuviesen muy activos. Tal vez lo estaban menos que en el siglo IX, seguramente menos que en el V, Pero, por una parte, el material que empleaban, el pergamino, era mucho más sólido y durable que el papiro de la alta Edad Media; por la otra, y principalmente, estos escritos fueron conservados con más cuidado. En efecto, poseían un valor esencial para los monjes y clérigos en una época en que muchos establecimientos religiosos se hallaban en plena reforma y debían asentar su restauración; por consiguiente, en el sistemático reordenamiento de su fortuna, para lo cual conservaban precisamente todos los escritos que garantizaban sus prerrogativas, los tí-

tulos y privilegios reales, la cartas de donaciones y los acuerdos celebrados con las potencias rivales. La escritura, en efecto, no carecía de utilidad en las reyertas judiciales. Y, a no dudarlo, fuera de los hombres de Iglesia, en esa época nadie sabía leer. Pero en las asambleas en que monasterios y obispados venían a pleitear contra los usurpadores de sus posesiones, los jefes de bandas y sus secuaces no se atrevían a despreciar abiertamente los pergaminos, que sus ojos podían ver aquí y allí sellados con el signo de la cruz, y donde los hombres capaces de descifrarlos encontraban la memoria precisa de las antiguas transacciones y los nombres de quienes habían actuado como testigos. De esta época datan los primeros archivos, todos ellos eclesiásticos, y esos cartularios en que los escribas de la Iglesia copiaban, clasificándolos, los múltiples títulos aislados conservados en el armarlo de cartas.

En el curso del tiempo estas colecciones han sufrido mucho, pero en Italia y Alemania algunas están casi intactas; en Francia, muchas fueron objeto de transcripciones sistemáticas antes de la prolongada incuria del siglo XVIII y de las dispersiones del periodo revolucionario, que la dañaron seriamente. Archivos de la abadía de Cluny, por ejemplo, fueron salvados para el periodo que los ocuparon más de mil cuatrocientas cartas y noticias (muchas de ellas no llevan fecha precisa y su enumeración exacta es imposible). Estos escritos constituyen testimonios irreemplazables. Sin ellos, no sabríamos casi nada de las condiciones económicas, sociales y jurídicas; ellos permiten entrever de qué modo se establecía la jerarquía de los estatutos personales, cómo se anudaban los lazos del vasallaje, cómo crecían los patrimonios, y arrojan también curiosas luces sobre la explotación de las grandes fortunas territoriales. Pero la utilidad de este tipo de documentos depende de su densidad. Sólo reuniendo en manojo las lacónicas indicaciones que contiene cada uno de ellos es posible, en lo que concierne a ciertas regiones privilegiadas, cercanas a los establecimientos religiosos más esplendentes de la época, intentar utilizarlos para reconstruir, no sin titubeos ni enormes lagunas, la red de las relaciones humanas. En cambio, aislada, cada una de estas cartas no dice nada o dice muy poco. Pues antes de mediados del siglo XI, la mayor parte de los escribas siguen siendo prisioneros de un formulismo antiguo, mal adaptado a las innovaciones de los tiempos presentes; bajo su pluma, la modernidad de su época queda enmascarada por vocablos anticuados y marcos esclerosados de expresión. La gran conmoción de las relaciones políticas y sociales de las que fue sede el período que se ordena en torno al Año Mil, esa autentica revolución, más precoz en las comarcas francesas, que deja surgir e instala por muchos siglos las estructuras que llamamos feudales, eran en efecto demasiado recientes, demasiado actuales para repercutir ya en los términos rituales de la escritura jurídica, la más estereotipada de todas, la más lenta en prestarse a la expresión de lo nuevo. Por tal motivo, para extraer de semejantes fuentes todas sus enseñanzas, es preciso tratarlas por espesos fajos, por series. Separado de los que lo preceden, acompañan y suceden, ninguno de estos actos ofrece las riquezas que revelan, a la primera lectura, los escritos literarios.

En la época en que los historiadores no se ocupaban más que de reyes y príncipes de batallas y política, los escritos literarios suministraban a los eruditos su alimento esencial. En cambio, no bien el examen de la economía y de los fenómenos sociales pasa a ser el fin principal de la indagación histórica, estos escritos quedan relegados. Todavía hasta hace diez años, prácticamente nadie se ocupaba de ellos. Pero en la actualidad, un

nuevo afán de curiosidad y el esfuerzo por reconstruir el modo que adoptaban en el pasado las actitudes psicológicas, los elevan nuevamente a la condición de fuente esencial. Así, pues, este libro, deliberadamente orientado a la historia de las mentalidades, sacará a la luz precisamente esos textos.

II. Los narradores

Obras literarias

Pobre literatura. La única escrita era latina. Se forjaba en el pequeño círculo de los letrados y para su uso exclusivo. Estrechos lazos la unían a las Instituciones escolares; por esta razón, se vincula directamente con el renacimiento carolingio: se la ve florecer, pasada la tormenta, sobre el delgado tallo que los pedagogos amigos de Carlomagno habían plantado, a finales del siglo VIII, en la barbarie franca. Como todas las obras compuestas en tiempos de Luis el Piadoso y de Carlos el Calvo, la del Año Mil se muestran fascinadas por los modelos de la antigüedad latina y se aplican estudiosamente a imitarlos. Lo que nos quedó de ellas pertenece, pues, a los géneros practicados en las letras romanas y deja trasuntar estrechas semejanzas con los *autores*, las "autoridades", conservadas por las bibliotecas del Año Mil y comentadas por los maestros. Así sucede con casi todas las obras cuyos extractos he reunido aquí: del poema dedicado al rey de Francia Roberto el Piadoso escrito al final de su vida, hacia 1030, por el obispo de Laón Adalberón, viejo intrigante estrechamente mezclado, como lo habían estado los prelados carolingios, con la política real; de la cartas que Geriberto, el papa del Año Mil, escribió y editó soñando con Plinio y Cicerón; por último, de todas la biografías de personajes sagrados, reyes, santos o abates, que se inspiran en la literatura panegírica antigua y especialmente en el *Epitoma vitae regis Roberti pii*, la vida del rey Roberto que Helgaud, monje de Saint-Benoît-sur-Loire, redactó entre 1031 y 1041. En lo que respecta a las obras propiamente históricas, merecen un examen más detenido.

Escribir la historia

Son relativamente muy abundantes. En la época del renacimiento carolingio, que introdujo a toda la cultura escrita en un marco estrictamente eclesiástico, el afán de prolongar la tradición romana y de seguir las huellas de Tito Livio o de Tácito fue fuertemente estimulado, en efecto, por otra actitud intelectual: el sentido de la duración inherente a la religión cristiana. Porque el cristianismo sacraliza la historia, la transforma en teofanía. En los monasterios, que fueron los principales focos culturales de la época de Carlomagno y que volvieron a serlo en el Año Mil, la práctica de la historia se integraba con toda naturalidad en los ejercicios religiosos, y cuando ciertos reformadores impregnados de ascetismo y que repudiaban hasta en los ejercicios espirituales cualquier ocasión de placer, incitaron a los monjes a no frecuentar más las letras paganas, los historiadores fueron prácticamente los únicos, entre los autores profanos que escaparon a sus sospechas. Conocemos los libros dados a los monjes de Cluny para sus lecturas de Cuaresma, un año situado a mediados del siglo XI; uno de cada diez

miembros de la comunidad recurrieron a los trabajos históricos, la mayoría cristianos: Beda el Venerable, Orose, Josèphe, pero también paganos, como Tito Livio. Se entendía que los textos que contenían la memoria del pasado podían ayudar de dos maneras a esa gran obra cuyos talleres eran por entonces las abadías: la construcción del reino de Dios. En primer lugar ofrecían, en efecto, ejemplos morales; por lo tanto, ponían guía al cristiano en su progreso espiritual, ponerlo en guardia contra los peligros y orientarlo por las rectas vías: estos textos edificaban. Pero además, y esto es lo principal, daban testimonio de la omnipotencia de Dios, que, a partir de la Encarnación, se había insertado él mismo en la duración histórica; al celebrar los actos de los hombres a quienes el Espíritu Santo había inspirado, manifestaban la gloria divina.

En el prólogo a su libro *De las maravillas*, escrito en 1140, el abate de Cluny, Pedro el Venerable, definió como sigue los méritos de la obra histórica y su utilidad: *Buenas o malas, todas las acciones que se producen en el mundo por la voluntad o el permiso de Dios deben servir a la gloria y la edificación de la Iglesia. Pero si no se las conoce, ¿cómo pueden contribuir a alabar a Dios y a edificar la Iglesia?* Escribir la historia es, por tanto, una obra necesaria, íntimamente asociada a la liturgia; por vocación, le corresponde al monje ser su principal artesano; hay que incitarlo para que se vuelque a la tarea, y Pedro el Venerable prosigue en los siguientes términos su exhortación: *La apatía que se repliega en la esterilidad del silencio ha llegado a ser tan grande que todo lo que se produjo desde hace cuatrocientos o quinientos años en la Iglesia de Dios o en los reinos de la cristiandad nos es, como a todos, casi desconocido. Entre nuestra época y las épocas que la precedieron, es tan grande la diferencia que conocemos perfectamente sucesos que se remontan a quinientos o mil años atrás, mientras que ignoramos los hechos ulteriores e incluso aquellos que tuvieron lugar en nuestros días.*

Cien años antes, cuando Raoul Glaber, el mejor historiador del Año Mil, dedicó su obra a otro abate de Cluny, Odilón, no decía otra cosa:

> *Las muy justas quejas que a menudo he oído expresar a nuestros hermanos de estudio y a veces a vos mismo, me han conmovido: en nuestros días no hay nadie que transmita a quienes vendrán después de nosotros un relato cualquiera de esos múltiples hechos, de ningún modo superfluos, que se manifiestan tanto en el seno de las iglesias de Dios como entre los pueblos. El Salvador declaró que, hasta la última hora del último día, haría llegar cosas nuevas al mundo con la ayuda del Espíritu Santo y con su Padre. En cerca de doscientos años, después de Beda, sacerdote de Gran Bretaña, y de Pablo, diácono de Italia, no hubo nadie que, animado por tal designio, haya dejado a la posteridad el menor escrito histórico. Cada uno de ellos, además, hizo sólo la historia de su propio pueblo o de su país. Mientras que, con toda evidencia, tanto en el mundo romano como en las regiones de ultramar o bárbaras, pasaron cantidad de cosas que, confiadas a la memoria, serían muy provechosas a los hombres y los incitarían particularmente a la prudencia, y se puede decir otro*

tanto de los hechos que, dicen, se multiplicaron en las proximidades del milésimo a no de Cristo nuestro Salvador. He aquí por que, en la medida de mis recursos, obedezco a vuestra recomendación y a la voluntad de nuestros hermanos.[1]

En esos tiempos existían cuatro géneros de escritos históricos:

1.º Los *Anales*, primeramente, donde se apuntaban año por año los principales acontecimientos conocidos. Esta forma había sido brillantemente practicada en los monasterios carolingios. En el Año Mil, sólo quedan residuos de esos *Anales*, cada vez más pobres. En el manuscrito de los *Annales Floriacensis*, llevado en la abadía de Fleury, es decir de Saint-Benoît-sur-Loire, sólo siete años, después del Año Mil, son objeto de una notación, 1003, 1004, 1017, 1025, 1026, 1028, 1058-1060.[2] Los *Annales Beneventami*,[3] escritos en Santa Sofía de Benevento, fueron llevados hasta 1130, mientras que los *Annales Viridunenses*,[4] del monasterio de san Miguel de Verdún, se interrumpieron después de 1034.

2.º Las *Crónicas* son anales retomados y elaborados por un autor, quien les da forma de obra literaria. En la época que nos ocupa, presentan importancia tres de estas obras.

a) El *Chronicon Novaliciense*[5] fue compuesto antes de 1050 en la abadía de Novalaise, situada sobre uno de los grandes pasajes de los Alpes y que, destruida por los sarracenos, había sido restaurada hacia el Año Mil.

b) Al obispo Thietmar de Mersebourg le debemos ocho libros de Crónicas.[6] Nacido en 976 de un conde sajón, este hombre es uno de los mejores representantes del florecimiento cultural conocido por Sajonia, una de las comarcas hasta entones más salvajes de Europa, cuando sus príncipes, en el curso del siglo X, alcanzaron la realeza germánica y después el Imperio. En sus castillos erigieron obispados (como Mersebourg, fundado en 968) y monasterios que fueron sede de una nueva *renovatio*, de una resurgencia del renacimiento carolingio. Educado en el monasterio San Juan de Magdeburgo, Thietmar se hizo sacerdote en 1003 y se vinculó con el arzobispo del lugar, gracias al cual fue designado obispo en 1009. Sus *Crónicas*, escritas al final de su vida, llegan hasta el año 1008.

c) Ademar de Chabannes, como Thietmar, fue primero monje y luego alcanzó el sacerdocio y se integró en un círculo episcopal. Nacido en 988 de una rama lateral de un gran linaje de la nobleza lemosina, siendo muy Joven se lo ofreció a la abadía de San Cibardo de Angulema. Pero dos tíos suyos ocupaban altas dignidades en el monasterio de Limoges, donde se veneraba la tumba de san Marcial, el santo tutelar de Aqutiania. Ellos atrajeron a Ademar a este importantísimo centro cultural, donde fue formado en las bellas letras. De regreso en Angulema, entre los sacerdotes adscritos a la catedral, se dedicó a escribir. Su *Crónica*[7] es muy amplia y toma el aspecto de una verdadera historia, la del pueblo franco entero. A decir verdad, tanto los dos primeros libros como la mitad del tercero son sólo compilaciones; sólo la última parte es original y una vez que deja atrás el año 980, se convierte, de hecho, en una crónica de la aristocracia de Aquitania. Modificaciones y adiciones posteriores alteran un texto que plantea graves problemas a la crítica erudita.

3.º Cabe considerar como obras históricas a los *Libros de Milagros*, compuestos en las grandes basílicas de peregrinación, en la vecindad de los relicarios más venerados y cuyo fin era precisamente difundir su renombre. Estos libros cuentan los prodigios operados por obra de los cuerpos santos. Son textos de carácter heteróclito; varios redactores recogen anécdotas sucesivamente y esta misma sucesión introduce la cronología en el relato. Dos recopilaciones de este género son sumamente importantes para el conocimiento de la Francia de alrededor del Año Mil.

a) En esta época, la abadía de Fleury-sur-Loire era uno de los focos más esplendentes de la vida monástica; estaba cerca de Orleans, residencia principal del rey de Francia, y pretendía conservar las reliquias de san Benito de Nurcia, patriarca de los monjes de Occidente. Era donde más se cultivaba el género histórico. Aimoin, autor de una *Historia Francorum*, se abocó en 1005 a la tarea de añadir dos libros a una primera recopilación de los *Milagros*, compuesta en honor de san Benito a mediados del siglo IX. Trabajó el libro II como historiador e introdujo, en un relato de fuerte estructura cronológica, la descripción de los prodigios; pero en el libro III, los clasificó región por región. En un plano semejante, otro monje de nombre André se propuso, después de 1041, contar los nuevos milagros y lo hizo combinando con ellos, al igual que los cronistas, alusiones frecuentes a los acontecimientos políticos, a las intemperies, a los meteoros.[8]

b) Bernardo, antiguo alumno de la escuela episcopal de Chartres y en 1010 director de la de Angers, visitó asombrado las reliquias de Santa Fe conservadas en Conques; en dos nuevas ocasiones realizó la peregrinación y ofreció al obispo Fulberto de Chartres, uno de los grandes intelectuales de la época, un relato de las maravillas que tenían lugar Junto a la famosa estatua. Este texto constituye los dos primeros libros del *Liber miraculorum sante Fidis*;[9] los otros dos son obra de un continuador el siglo XI.

4.º En cuanto a verdaderas *Historias* redactadas por entonces, conocemos sólo tres,

a) Dudo, decano de la colegiata de San Quintin en Vermandols, redactó para los "duques de los piratas" una *Historia de los normandos*, "tres libros sobre las costumbres y los altos hechos de los primeros duques de Normandía", que él lleva hasta 1002.

b) Cuatro libros de *Historias*, que abarcan un periodo comprendido entre 888 y 995, son obra de Richer, monje de San Remigio de Reims.[10]

c) Otro monje, éste indócil e inquieto. Raoul, llamado Glaber, anduvo por diversos monasterios borgoñoneses donde su talento literario le valió ser bien recibido a pesar de sus defectos. En San Benigno de Dijón, se liga a Guillermo de Volpiano, protagonista feroz de la reforma religiosa, quien lo incita a dedicarse a historiador. Al parecer, habría completado en Cluny, hacia 1048, cinco libros de historias, una historia del mundo desde el comienzo del siglo X dedicada al abate san Odilón.[11] Raoul no goza de buena reputación. Se le considera charlatán, crédulo, torpe y su latín es calificado de difuso. Conviene no juzgar su obra en función de nuestros hábitos mentales y de nuestra propia lógica. Si aceptamos introducirnos en su modo de pensar, de inmediato se nos aparece como el mejor testigo de su tiempo, y de muy lejos.

III. Los testimonios y la evolución cultural

Raoul pertenece a lo que triunfa, es decir, al monacato cluniacense; Richer, a lo que muere, a ese tipo de cultura episcopal que había brillado en Reims en el siglo IX, en tiempos de Hincmar, pero que después del Año Mil pierde toda influencia; la vieja escuela histórica carolingia muere con él y con los anales que se amarillean. Así, pues, basta hacer el inventario de esta literatura histórica y observar la forma en que se reparte por el espacio de la cristiandad latina, para aprehender un movimiento de los cimientos culturales que participa en la gran conmoción de las estructuras de que fue sede Occidente en los tiempos del milenio.

Una visión monástica

Como ya he dicho, todas estas obras proceden del renacimiento carolingio. Ahora bien, éste dio un gran impulso al episcopado, las catedrales y las escuelas que de ellos dependían. En 840, cuando estaba dando sus más bellos frutos, todos los grandes hombres —todos los grandes escritores— eran obispos. Pero la bella época de los obispos termina a finales del siglo X: su papel se desdibuja al mismo tiempo que el de los reyes. El poco brillo que conservan está junto a los tronos. Efectivamente, en nuestra lista de obras literarias ya no figuran más que dos nombres de obispos, que son prelados reales: Thietmar, ligado a los reyes del Este, los emperadores sajones y Adalberón, dependiente del rey del Oeste, Roberto de Francia. En los países occidentales, cuya evolución es más precoz, donde son más poderosas las fuerzas de disolución que, a la vez, minan los fundamentos del poder monárquico e impregnan el oficio sacerdotal con los intereses temporales, el repliegue de la función episcopal se muestra más marcado. Por otra parte, el panfleto de Adalberón es una crítica acerca del debilitamiento real, ligado a la intrusión de los monjes en los asuntos públicos. En cuanto a la biografía del rey Roberto, no proviene de un clérigo de la corte; escrita en Saint-Benoît-sur-Loire, es monástica y exalta lo que en el comportamiento del soberano concuerda con el ascetismo y con la vocación litúrgica del monacato. Pues el Año Mil es sin duda, otra vez, el tiempo de los monjes. Todos los historiadores que he citado se formaron en monasterios; la mayoría no salieron de ellos. Las abadías de Occidente, mejor adaptadas a los marcos puramente rurales de la vida material, mejor dispuestas a responder a las exigencias de la piedad laica —ya que albergaban reliquias, estaban rodeadas de necrópolis, se oraba en ellas el día entero por los vivos y los muertos, acogían a los hijos nobles y los viejos señores se retiraban a ellas para morir—, fueron ganadas más tempranamente que los cleros catedralicios por un espíritu de reforma que reedificó sus ruinas,

restauró la regularidad, reforzó su acción salvadora e hizo afluir las limosnas hacia ellas. Las donaciones piadosas no van entonces a los obispos sino a los abates, y los cartularios episcopales son mucho más pobres que los de los monasterios. Entre estos últimos se sitúan las cimas de la cultura; los grandes monumentos del arte románico fueron abaciales y no catedralicios. Casi todo lo que podemos barruntar de esa época, lo percibimos por los ojos de los monjes.

De las observaciones locales

A este desplazamiento de los polos culturales se le suma otra transferencia, ésta de carácter geográfico. El renacimiento carolingio había favorecido a los países propiamente francos, la región situada entre el Loira y el Rin. Un examen atento de la literatura histórica muestra que la zona antaño privilegiada ha perdido brillo y que los fermentos de actividad intelectual tienden a dispersarse hacia la periferia del antiguo imperio. Hacia Sajonia, que en el siglo X fue un refugio para las comunidades religiosas que escapaban de los saqueadores normandos o húngaros y cuyos príncipes, ahora emperadores, atrajeron hacia ellas las reliquias, los libros y los hombres de ciencia, y donde se formaban los misioneros consagrados a la conversión de los cristianos paganos del norte y del este. Hacia la vieja Neustria, agobiada poco antes por las incursiones escandinavas pero cuyos fecundos potenciales se están reconstituyendo en torno a Ruán, Chartres u Orleans. Sobre todo hada la Galia del sur, Borgoña y Aquitania, comarcas romanas largo tiempo sometidas a la explotación franca, siempre reacias pero que ahora se han liberado del yugo carolingio y son capaces de explotar sus viejos patrimonios culturales en torno de los grandes monasterios y sus reliquias, entre los cuales se extiende poco a poco la influencia de la congregación cluniacense. Esta dispersión refleja el decisivo hundimiento del Imperio.

Todos los historiadores de la época, analistas, cronistas y, más que todos los otros, los que se esforzaron por construir una auténtica historia, siguieron persuadidos de la unidad del pueblo de Dios, identificado con la cristiandad latina, y fascinados por el mito imperial, expresión de esa misma cohesión.

Así pues, dice Raoul Glaber, *desde el año 900 del Verbo encarnado que crea y vivifica todo hasta nuestros días, hablaremos de los hombres ilustres que brillaron en el mundo romano, de los servidores de la fe católica y de la justicia, fundándonos en relaciones dignas de fe y en lo que hemos visto; hablaremos también de los acontecimientos numerosos y memorables que se produjeron tanto en las santas iglesias como en uno y otro pueblo; y, en primer lugar, consagramos nuestro relato al Imperio que fue antaño el del mundo entero, el Imperio romano*.[12] Pero. en realidad, la propia materia de estas diversas obras históricas traduce el reciente fraccionamiento de Occidente. La alta aristocracia que en otro tiempo se agrupaba enteramente alrededor de un único jefe, el amo del Imperio franco, y de la que cada familia poseía dominios dispersos por todas las provincias de Occidente, ahora se muestra dividida; algunas grandes estirpes dominan, cada una de ellas, un principado territorial. En los escritos de Dudo de San Quintin se inaugura una historiografía local enteramente consagrada a celebrar un linaje. No ya el del rey, sino el de un príncipe. Thietmar habla casi únicamente de Sajonia y sus confines eslavos, y si se ocupa mucho de los emperadores es porque son precisa-

mente sajones. Aquitania sola, y más exactamente la Angulema y el Limosín, aparecen en la crónica de Ademar cuando éste cesa de utilizar los trabajos de otros. Este estrechamiento progresivo de la curiosidad y la información históricas procede del gran movimiento que se desarrolla en el Año Mil, movimiento que fracciona el poder, lo localiza, instalando así a Europa en las estructuras feudales.

IV. Para una historia de las actitudes mentales

Como casi todas las piezas de este dossier han sido tomadas de obras literarias, conviene precisar qué pueden aportar hoy a la construcción de la historia.

1. Inútil es interrogarlas sobre las condiciones de la vida material. En el Año Mil lo cotidiano no interesa en absoluto a los historiadores ni a los cronistas y menos aun a los analistas. Por el contrarío —volveré sobre esto—, lo único que les merece alguna atención es lo excepcional, lo insólito, lo que rompe el orden regular de la cosas. A decir verdad, las actas jurídicas levantadas en las cancelarlas no suministran prácticamente más indicio sobre lo común y corriente ni sobre los marcos normales de la existencia; a lo sumo, algunos rasgos aislados cuya significación no se aclara más que por referencia a lo que por otros medios podemos adivinar de los tiempos que precedieron y siguieron a esta época. Así es posible entrever un mundo salvaje, una naturaleza casi virgen, hombres muy poco numerosos, provistos de herramientas elementales y luchando a brazo partido contra las fuerzas vegetales y las potencias de la tierra, incapaces de dominarlas, penando por arrancarles un paupérrimo alimento, arruinados por las intemperies, acosados periódicamente por la escasez y la enfermedad, atenazados constantemente por el hambre. Así es posible discernir también una sociedad extremadamente jerarquizada, tropas de esclavos, un pueblo campesino trágicamente carenciado, sometido por entero al poder de unas cuantas familias abiertas en ramales más o menos ilustres, pero sólidamente reunidas en torno de un tronco único por la fuerza de los lazos de parentesco. Así es posible adivinar a unos cuantos jefes, amos de la guerra o de la oración, recorriendo a caballo un universo miserable y apoderándose de sus pobres riquezas para adornar su persona su palacio, las reliquias de los santos y las moradas de Dios.

2. La política se discierne más claramente en estos textos muchos de los cuales fueron escritos en alabanza de los príncipes, esos hombres a quienes Dios había encomendado conducir al pueblo y cuyos actos parecían inaugurar entonces el curso de la historia:

Así como recorriendo las vastas tierras del mundo o navegando sobre la inmensa extensión de los mares, cada cual se vuelve a menudo hacia las cimas de los montes o hacia las copas de los árboles y dirige a ellas su mirada a fin de que estos indicadores, reconocidos de lejos, lo ayuden a llegar sin extraviarse al fin de su viaje, así también, en nuestra ambición

de hacer conocer el pasado a la posteridad, nuestras palabras y nuestra atención se concentran a menudo, en el curso de nuestro relato, en la persona de los grandes hombres, a fin de que gracias a ellos ese mismo relato gane en claridad y presente más firmeza.[13]

En el primer plano se yerguen el Emperador y el Rey [es decir, el rey de Francia), los dos monarcas herederos de Carlomagno y César que velan conjuntamente por la salvación del mundo. Pero también aparecen ya los jefes de provincias a quienes los progresos de la dislocación feudal van instalando en situación de autonomía, un duque de los normandos, un conde de Angulema. Ademar de Chabannes reviste a Guillermo e Grande, duque de los aquitanos, con todos los atributos de la soberanía y emplea, para trazar su retrato, las formas retóricas antaño reservadas a las biografías imperiales.

El duque de Aquitania y conde de Poitiers, el muy glorioso y poderoso Guillermo, se mostraba amable con todos, de sabio consejo, admirable por su sabiduría, de una muy liberal generosidad, defensor de los pobres, padre de los monjes, constructor y amigo de las iglesias y sobre todo amigo de la santa iglesia romana…

Allí donde iba, allí donde realizaba asambleas públicas, daba la impresión de ser u rey más que un duque, por el honor y la gloria ilustre que cubrían su persona. No sólo sometió a su poder a toda el Aquitania hasta el punto de que nadie osaba levantar la mano contra él, sino que además el rey de Francia le tenía enorme aprecio. Más aun, el rey de España Alfonso, el rey Sancho de Navarra y también el rey de los daneses y de los anglos, experimentaban por él tanta seducción que todos los años le enviaban embajadas cargadas de preciosos presentes, y él mismo las despedía con regalos más preciosos aun. Con el emperador Enrique le unía tal amistad que uno y otro se honraban con presentes magníficos. Y, entre otros innumerables regalos, el duque Guillermo envió al emperador una gran espada de oro fino que llevaba grabadas estas palabras: "Enrique, emperador César Augusto". Cuando venía a Roma, los pontífices romanos lo recibían con la misma reverencias que si hubiese sido su emperador augusto, y todo el senado romano lo aclamaba como su padre. Como Foulque, el duque de Anjou, le había hecho un regalo, él le concedió en feudo Ludún y varios otros castillos del país de Poitiers, así como Saintes y algunos castillos. Este mismo duque, cuando veía brillar a un clérigo por su saber, lo rodeaba de las mayores consideraciones. Fue

así que el monje Reinaldo, apodado Platón, debió a la ciencia que lo ornaba ser nombrado por él abate del monasterio de Saint-Maixent. Asimismo, hizo venir de Francia al obispo de Chartres Fulberto, notable por su ciencia, le otorgó la tesorería de San Hilario y exhibió públicamente toda la reverencia que le inspiraba… Este duque había sido instruido en las letras desde su infancia y conocía muy bien las Escrituras. Conservaba en su palacio cantidad de libros y, cuando por azar la guerra le daba algún respiro, lo consagraba a leer él mismo, dedicando largas noches a meditar entre sus libros hasta que el sueño lo vencía. Esta costumbre era igualmente la del emperador Luis y la de su padre, Carlomagno. Teodoro también, el emperador victorioso, se entregaba con frecuencia en su palacio no sólo a la lectura sino a la escritura. Y Octavio César Augusto, cuando terminaba de leer, no mostraba pereza para escribir de mano propia la historia de sus combates, los altos hechos de los rumanos y toda clase de otras cosas.[14]

Sin embargo, como todos estos escritos sólo dirigen su interés a los muy excelsos soberanos y como lo excepcional retiene toda su agudeza, revelan muy poco de lo que, en ese mismo momento, transformaba de arriba abajo el juego y el reparto de los poderes de mando. De lo político muestran el acontecimiento, la superficie, no las estructuras. Por este entonces, en la Galia meridional, los propios principados regionales sufrían los ataques de las fuerzas disolventes que poco antes los habían liberado de la autoridad monárquica. Sin embargo, los relatos históricos no enseñan prácticamente nada sobre los castillos, puntos de apoyo de las nuevas potencias, ni sobre ese grupo social que en Francia tomó cuerpo precisamente entre 980 y 1040, la clase de los caballeros. Repugna a los historiadores más lucidos emplear términos que entonces comenzaban a aparecer en la cartas y documentos de la práctica para calificar las nuevas situaciones sociales. Estos títulos les parecen demasiado vulgares, demasiado indignos de un texto que pretende igualar a los clásicos; prisioneros de su vocabulario y de su retórica, son completamente incapaces de describir en su actual verdad la jerarquía de los estatutos personales.

3. Pero, al menos estos textos, y en ello reside su valor principal, aportan una contribución sin igual a la historia de las actitudes mentales y de las representaciones de la psicología colectiva. Su testimonio sigue siendo limitado sin duda, porque emana de un círculo muy restringido, el de los “intelectuales”, porque ofrece solamente el punto de vista de la Iglesia o, para ser más precisos, de los monjes. Mentalidad cerrada por definición; retirarse entre los muros de un claustro, ¿no era dar la espalda al mundo carnal, romper con él, huir? ¿Y no era vivir sólo desde ahora, en la estrecha concentración comunitaria que prescribe la regla benedictina, para un único oficio, la celebración por la liturgia de la gloria divina? Visión deformada, ensombrecida por un pesi-

mismo inherente a la vocación monástica, que rechaza la sociedad de los hombres por corrupta y elige las privaciones de la penitencia.

Añado que la necesidad de traducir estos textos empobrece singularmente su mensaje. En efecto, ¿las propias modalidades de expresión, no se muestran acaso desde las perspectivas de una historia psicológica, por sí sola muy instructivas? Esta retórica ampulosa que quienes desprecian a Raoul Glaber condenan por su hinchazón, sus términos, su ilación, por el vuelo de la frase, sus enlaces, sus ritmos, cuya elección decidía entonces todo el arte de escribir, propone a los especialistas en lingüística y en psicología de las mediaciones todo un material aún inexplorado y cuyo atento análisis promete ser apasionante. Exigencias técnicas imponen traducir estos documentos, o mejor dicho ofrecer de ellos una transposición no desprovista de arbitrariedad. Dejémoslos hablar ahora y tratemos de adivinar por su intermedio de que modo vieron sus autores el Año Mil, de qué modo vivieron ese momento de esperanza y temor y se prepararon para afrontar lo que para ellos significó una nueva primavera del mundo.

1. El sentido de la historia

I. El milésimo año de la Encarnación

No queda, de la época feudal, mas que una sola crónica que habla del Año Mil como un año trágico: la de Sigeberto de Gemloux. Se viven en ese momento —leemos en su texto— muchos prodigios, un terrible temblor de tierra, un cometa de estela futgurante; la irrupción luminosa invade hasta el interior de las casas y, por una fractura del cielo, aparece la imagen de una serpiente. El autor de ese texto había hallado en los *Annales Leodienses* una mención del sismo. Pero el resto ¿de dónde lo sacaba? No en cualquier caso de su propia experiencia; él escribió mucho después, a comienzos del siglo XII: personalmente no había visto nada. Subsiste un hecho: sobre su caución se apoyó la leyenda cuyas primeras huellas aparecen en el siglo XVI. Redactarlos en este momento, los Annales de Hirsau reproducen, adornándolo, el contenido de la *Cronología* de Sigeberto: *En el año mil de la Encarnación violentos temblores de tierra sacudieron Europa entera, destruyendo por doquier edificios sólidos y magníficos. Ese mismo año apareció en el cielo un horrible cometa. Muchos que lo vieron creyeron que era el anuncio del día final…* Aquí tenemos la adición gratuita: de los terrores del Año Mil, la crónica de Sigeberto de Gembloux no decía nada.

Pero cuando se examinan los escritos históricos compuestos por los contemporáneos, sorprende descubrir la poca importancia que dan, prácticamente todos, al milésimo año de la Encarnación. Éste pasa desapercibido en los *Anales* de Benevento, en los de Verdún, en Raoul Glaber. Sí leemos, en los *Anales de S. Benoît-sur-Loire* una noticia bastante extensa sobre el año 1003, que se hizo notar por inundaciones insólitas, un espejismo, el nacimiento de un monstruo ahogado por sus padres; pero el emplazamiento del milésimo año de la Encarnación sigue estando vacío. En verdad, no es mucho lo que dice este silencio. ¿Acaso no son todos textos escritos pasado ya el fin de ese año, es decir, pasado ya el espanto, si es que tuvo lugar, y en un momento en que, considerando que tales temores habían sido injustificados, parecía absolutamente innecesario hablar de ellos? Así, pues, nada permite descuidar otros indicios. Veamos dos de ellos.

El sueño de Otón III

Sin precisión de fecha, uno de los manuscritos de la crónica de Adema de Chabannes evoca uno de los sucesos mayores que se produjeron en el Año Mil y que también relatan Thietmar y la *Chronique de Novalaise*.

En esos días el emperador Otón III fue advertido en sueños de que había que exhumar el cuerpo del emperador Carlomagno, que estaba enterrado en Aix. Pero el tiempo había traído el olvido y se ignoraba el lugar exacto en que reposaba. Y, después de un ayuno de tres días, fue descubierto en el mismo sitio en que el emperador lo había visto en sueños, sentado sobre un trono de oro en la cripta abovedada que se hallaba bajo la basílica Santa María; lo coronaba tuna corona de oro fino y su cuerpo estaba perfectamente conservado. Fue exhumado y expuesto a la vista del pueblo. Sin embargo, un canónigo del lugar, Adalberto, hombre de una cultura colosal, tomó la corona de Carlos y, como si lo hiciera para medirla, ciñó con ella su propia cabeza; se vio entonces que su cráneo era más estrecho; la corona era tan ancha que le rodeaba toda la cabeza. Comparando después su pierna con la del soberano, se encontró con que era más pequeña; y de inmediato, por obra de la potencia divina, su pierna se quebró. Adalberto vivió aún cuarenta años y quedó lisiado para siempre. El cuerpo de Carlos fue depositado en el ala derecha de la misma basílica, detrás del altar de san Juan Bautista; encima fue construida una magnífica cripta dorada, donde se hizo célebre por los muchos milagros que realizó. Pero no es objeto de ninguna solemnidad especial; simplemente se celebra su aniversario, como el de los difuntos corrientes…[1]

Para captar todo el sentido de esta ceremonia conviene remitirse al Pequeño tratado del Anticristo, escrito en 954 por Adson, abate de Montie-en-Der. Este abate se dirigía a quienes vivían preocupados por el día del Juicio; apoyándose en san Pablo, él los tranquilizaba afirmando que el final de los tiempos no iba a sobrevenir antes de que todos los reinos del mundo se hayan separado del Imperio romano, al que habían sido precedentemente sometidos. Así pues, para los letrados del siglo X, el destino del universo perecía íntimamente ligado al del Imperio; la disgregación de esta estructura maestra de la ciudad terrestre precedería al retorne al caos y a la destrucción de todo. De este modo, la elevación de las reliquias de Carlomagno en Aix-la-Chapelle, como por otra parte todo el comportamiento del emperador Otón III en los cuatro años que precedieron al milenario, su espíritu de penitencia, su voluntad de restablecer en Roma la sede del Imperio y de "renovar" a éste en sus fundamentos ligándolo más estrechamente con los precedentes romanos y carolingios, ¿no pueden ser interpretados como medidas propiciatorias destinadas a conjurar un inminente peligro?… Cuando fue a instalar su sede sobre el Aventino, cuando tomó de los despojos de Carlomagno la cruz de oro, signo de victoria, para llevarla él mismo, no era empujado el Emperador

del Año Mil por la angustia del pueblo, y por su propia angustia, a consolidar con gestos simbólicos los cimientos del mundo?

Apropósito del fin del mundo…

Otro testimonio, más explícito, acerca de la creencias populares y de una ansiedad latente de la que los predicadores de la penitencia sacaban partido: lo que dice el abate de Saint-Benoît-sur-Loire, Abbón. Él menciona un recuerdo de su juventud, un suceso que podemos fechar alrededor del 975.

> *A propósito del fin del mundo, oí predicar al pueblo en una iglesia de París que el Anticristo llegaría al final del Año Mil y que en poco tiempo le sucedería el Juicio general. Yo combatí vigorosamente este parecer, basándome en los Evangelios, el Apocalipsis y el Libro de Daniel.*[2]

Ciertamente Abbón era un sabio, un erudito y no compartía estos temores; como él mismo escribe en 998, es legitimo pensar que si éstos, ante la inmediata proximidad del milenio, hubieran sido realmente violentos en el pueblo cristiano, él habría tenido que enfatizar mucho más, para disiparlos, sus argumentos. Pero al menos sigue siendo indudable, que, al borde del siglo XI, en el centro de la conciencia colectiva se había instalado un sentimiento de espera.

II. La espera

Para el cristianismo, la Historia está orientada. El mundo tiene una edad. Dios, en determinado momento, lo creó. Entonces eligió para sí un pueblo, cuya marcha él guía. En cierto año, cierto día, él mismo tomó cuerpo entre los hombres. Hay textos, los de la Sagrada Escritura, que permiten calcular fechas, la de la creación, la de la encarnación, y por tanto discernir los ritmos de la Historia. Estos mismos textos —los que utiliza Abbón—, los Evangelios y el Apocalipsis, anuncian que alguna vez el mundo terminará. Surgirá el Anticristo que seducirá a los pueblos de la tierra. Después el cielo se abrirá para el retorno de Cristo en gloría, viniendo a juzgar a los vivos y a los muertos. En el Reino, en la Jerusalén celeste culminará la larga procesión del pueblo de Dios. Conviene estar listos para afrontar el día de la cólera. Los monjes dan el ejemplo: visten el hábito de abstinencia y se han apostado a la vanguardia de la marcha colectiva. Su sacrificio no tiene sentido sino en la espera. Ellos la mantienen. Ellos exhortan a cada cual a acechar los preliminares de la Parusía.

Milenium

Ahora bien, una página de la Escritura, el capítulo XX del Apocalipsis, proporciona la clave de una cronología prospectiva: *Vi un ángel que descendía del cielo, trayendo la llave del abismo y una gran cadena en su mano. Tomó al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo, Satanás, y le encadenó por mil años. Le arrojó al abismo y cerró, y encima de él puso un sello para que no extraviase más a las naciones hasta terminados los mil años, después de los cuales será soltado por poco tiempo.*

…Cuando se hubieren acabado los mil años, será Satanás soltado de su prisión y saldrá a extraviar a las naciones que moran en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y a Magog, y reunirlos para la guerra, cuyo ejército será tan numeroso como las arenas del mar…

Es decir que “cuando se hubieren acabado los mil años”, el mal invadirá el mundo y comenzará el tiempo de las tribulaciones. He aquí el fundamento del milenarismo. Monje, instruido en las técnicas del cómputo, es decir precisamente en el cálculo de los ritmos del tiempo, penetrado por el sentimiento de que la historia está ordenada según cadencias regulares, acostumbrado a dilucidar el misterio recurriendo a las analogías y a las virtudes místicas de los números, Raoul Glaber propone para la historia de la humanidad estos periodos:

Y como ese mismo Creador, cuando puso en marcha todas las piezas de la máquina del mundo tomó seis días para completar su obra y, hecho eso, descansó el séptimo, de igual modo, durante siete veces mil años, trabajó en la enseñanza de los hombres multiplicando a sus ojos los prodigios significativos. Así pues, en los siglos pasados, ninguna época transcurrió sin que se vieran aquellos signos milagrosos que proclaman al Dios eterno, hasta aquella en que el gran príncipe de todas las cosas apareció sobre esa tierra revestido de forma humana, y que es la sexta de la historia del universo. Y se cree que en la séptima tocarán a su fin las diversas agitaciones de este bajo mundo, sin duda para que todo lo que ha tenido un comienzo encuentre en el autor de su ser el fin más conveniente a su reposo.[3]

El año 1033

Pero ¿de qué milenio se trata, en verdad? ¿Del milenio del nacimiento, o del de la muerte de Jesús? ¿Del de la Encarnación o del de la redención? En el cristianismo del siglo XI, Semana Santa tenía mucha más importancia que Navidad. Alrededor de esta fiesta se organizaba el ciclo litúrgico; ella marcaba el comienzo del año. Y en la existencia de los hombres, en un tiempo en que se desarrollaban los ritos de los funerales y de la celebración de los difuntos, el objeto de atención y ceremonia era el aniversario del deceso del hombre y no aquel otro, mal conocido, de su entrada en el mundo. La era cristiana partía, ciertamente, de la Encarnación. Pero, pasado el Año Mil sin perjuicio, ¿no había que trasladar la espera hasta el año 1033, tenido por el milenario de la Pasión?

Raoul Glaber —que escribe con posterioridad a estas fechas— ordena su historía en función de un doble *millenium*. Optó por recoger *los hechos que, según dicen, se multiplicaron en las proximidades del milésimo año de Cristo nuestro Salvador.* Parte del año 900; avanza tanto como le está dado hacerlo. Descubre alrededor del Año Mil signos de corrupción *que concuerdan con la profecía de Juan, según la cual Satanás será soltado tras cumplirse mil años.*

Pero después de los numerosos signos y prodigios que, o bien antes o bien después se produjeron en el mundo alrededor del Año Mil del señor Cristo, no faltaron hombres ingeniosos y de mente penetrante que predijeran otros no menos considerables al aproximarse el milenio de la Pasión del Señor; lo que se produjo en efecto con evidencia.[4]

Pues, a decir verdad, lo que importaba a estos hombres no eran los acontecimientos sino en realidad los “signos y prodigios”. La historia, en efecto, no cumplía para ellos otro papel que el de alimentar la meditación de los fieles, aguzar su vigilancia: y para esto pone en evidencia las advertencias que Dios prodiga a sus criaturas por medio de

“milagros”, “presagios”, “profecías”. *Hay que hacer notar, en efecto, de qué modo progresivamente, desde el comienzo del género humano, se manifestó el conocimiento del Creador. Primero Adán y con él toda su raza, proclama a Dios su creador cuando, privado por su culpable desobediencia a los preceptos divinos de las alegrías del Paraíso y condenado al exilio, llora con sonoros gritos su miseria. Pero desde que el género humano se multiplicó a través de toda la tierra, si la previsora bondad de su Creador no lo hubiese atraído al seno de su misericordia, hace mucho tiempo que todo él se hubiese sumido sin recurso en el abismo de su error y su ceguera. Por eso, desde sus comienzos, los divinos decretos de su buen Creador suscitaron para él prodigiosos milagros en las cosas, presagios extraordinarios en los elementos y también, en boca de los más grandes sabios, profecías destinadas a inculcarle por vía divina a la vez la esperanza y el temor.*[5]

> *Cuanto más se acerca el fin del mundo, más vemos multiplicarse esas rosas de las que hablan los hombres.*[6]

Ellos hablan de esas cosas; se inquietan por ellas; se interrogan sobre su sentido oculto, sobre las advertencias que encierran. Escuchan a aquellos cuyas virtudes y saber los guían hacia el Reino, esos clérigos y monjes que nos han dejado su testimonio. Pero éstos, para descifrar la historia, utilizaban los recursos de su espíritu. Así pues, antes que cualquier otra cosa, importa informarse sobre sus hábitos mentales.

2. Los mecanismos mentales

I. Los estudios

Todos nuestros testigos pertenecen al pequeño grupo de los letrados, de los privilegiados que habían frecuentado las escuelas. Ahora bien, ciertas fuentes nos permiten conocer la formación que habían recibido. Sea como fuere, tanto en este punto como en los otros, estos documentos no hablan más que de lo excepcional: de quien mejor nos informan es de Geriberto, el más sabio de los hombres de su tiempo. Antes de ser nombrado arzobispo de Reims, después de Ravenne y de llegar a ser por último, bajo el nombre de Silvestre II, el papa del Año Mil, Geriberto había dirigido la escuela episcopal de Reims, Richer, que fue su alumno, habla largamente de la ciencia del maestro.

Describe primero la forma en que Geriberto se instruyó. El arzobispo de Reims, Adalberón, empeñado en la reforma de su clero, *intentaba educar convenientemente a los hijos de su iglesia en las artes liberales. Mientras deliberaba en sí mismo sobre esto, la propia Providencia llevó hasta él a Geriberto, hombre de gran genio y admirable elocuencia. Por éste muy pronto toda la Galia resplandeció y extendió sus rayos como una antorcha encendida. Aquitano de nacimiento, se educó desde su infancia en el monasterio del santo confesor Geraldo [en Aurillac] y fue instruido en la gramática. Mientras, siendo adolescente, proseguía allí sus estudios, ocurrió que Borrell, duque de España citerior [Cataluña] vino a orar a este mismo monasterio. El abate del lugar lo recibió con mucha urbanidad y en el curso de la conversación le preguntó si había en España hombres muy expertos en las artes [liberales]. El duque respondió de inmediato en forma afirmativa; el abate lo convenció rápidamente de que tomara a uno de los religiosos y lo llevara consigo para aprender las artes. El duque asintió generosamente a esta petición; con el consentimiento de los hermanos, se llevó a Geriberto y lo confió para su instrucción al obispo Hattón [de Vich]. A su lado, Geriberto estudió las matemáticas con profundidad y eficacia.*

Pero como la providencia quería que la Galia, aún entenebrecida, relumbrara con grandes luces, indujo en el espíritu del duque y del obispo la idea de ir a orar a Roma. Terminados los preparativos, se pusieron en camino y llevaron consigo al adolescente que les habían confiado. Llegados a la ciudad, tras orar ante los santos apóstoles, fueron a presentarse al

papa… de buena memoria y a ofrecerle a su bien lo que le fuera agradable.

No escaparon al papa ni la inteligencia del adolescente ni su voluntad de aprender. Como por entonces la música y la astronomía eran completamente ignoradas en Italia, pronto el papa hizo saber por un legado a Otón, rey de Germania e Italia, la llegada de un joven que conocía muy bien las matemáticas y podía enseñarlas con ahínco. Pronto el rey sugirió al papa que le cediera al joven y no le dejara medio alguno para volver a partir. Al duque y al obispo que habían venido de España con él, el papa le dijo simplemente que el rey quería hacerse por un tiempo del muchacho, que en poco tiempo lo restituiría con honor y que sus gracias lo recompensarían. De este modo, duque y obispo fueron persuadidos de que debían volver a España dejando al muchacho con esa condición.

Dejado con el papa, el joven fue ofrecido por éste al rey. Preguntado sobre su arte, respondió que dominaba las matemáticas pero que quería aprender la ciencia de la lógica. Como se empeñó en lograrlo, no permaneció aquí mucho tiempo enseñando.

En esa época. G., archidiácono de Reims, tenía gran reputación de lógico. En ese mismo momento acababa de ser enviado por Lotario, rey de Francia, a Otón, rey de Italia. A su llegada, el joven se presentó pleno de entusiasmo ante el rey y logró que se lo confiara a G. Estuvo con éste algún tiempo y fue conducido por él a Reims. Aprendió de él la ciencia de la lógica y progresó rápidamente. En cambio, G., que se había propuesto aprender las matemáticas, fue vencido por las dificultades de este arte y renunció a la música.[1]

Este texto sumamente esclarecedor pone al descubierto:

1. Que los estudios se hallaban integrados en el marco de la siete artes liberales, tomado en otro tiempo por los pedagogos carolingios de las escuela del Bajo Imperio. Del *trivium*, en san Geraldo de Aurillac sólo se enseñaba la gramática (es decir, el latín), pero no la retórica ni la dialéctica (lógica). En Cataluña, a orillas del Islam, el conocimiento del *quadrivium* (Richel habla de “matemáticas”, y precisa: “música y astronomía”) estaba mucho más avanzado que en ningún otro país.

2. Que no existía escuela estrictamente hablando, pero que el joven clérigo que deseaba progresar en sus estudios buscaba por toda la cristiandad maestros a quienes ligarse sucesivamente. También buscaba libros. Otros dos testimonios nos permitirán

juzgar esta extrema movilidad, esta incesante persecución de los instrumentos del saber.

Richer llamado a estudiar en Chartres

Reflexionaba yo mucho y con frecuencia sobre las artes liberales y deseaba aprender la lógica de Hipócrates de Cos, cuando un día me encontré en la ciudad de Reims con un escudero de Chartres. Le pregunté quién era y de quién, por qué y de dónde venía, y me dijo que lo enviaba Hildebrando, clérigo de Chartres, y que debía hablar con Richer, monje de San Remigio. Sorprendido por el nombre del amigo y por el objeto de la misión, le indiqué que yo era a quien buscaba. Nos dimos un beso y nos apartamos para conversar. Pronto sacó una carta donde se me invitaba a la lectura de los Aforismos. Lleno de contento, tomé un sirviente y me apresté a partir para Chartres…

Así que estudié asiduamente en los Aforismos de Hipócrates junto al maestro Hildebrando, hombre de gran generosidad y gran ciencia… Como allí sólo podía encontrar el diagnóstico de las enfermedades y como este simple conocimiento de las enfermedades no respondía a mi expectativa, le solicité la lectura de su libro intitulado Del acuerdo de Hipócrates, Galeno y Surano. *Lo obtuve, pues para un hombre tan experto en el arte, las propiedades de la farmacia, la botánica y la cirugía no tenían secretos.*[2]

La correspondencia de Geriberto:

"de los copistas y de los libros…"

A Evrardo, abate de S. Julián de Tours.

…es de la más grande utilidad saber hablar de tal forma que se persuada y contenga el arrebato de espíritus extraviados con la dulzura de la elocuencia. Con este fin estoy dedicado a formar una biblioteca. En Roma desde hace largo tiempo, en toda Italia, en Germania y en Bélgica, empleé mucho dinero para pagar copistas y libros, ayudado en cada provincia por la benevolencia y solicitud de mis amigos. Permíteme pues rogarte hacerme el mismo servicio. Conforme lo que me digas, enviaré al copista el pergamino y el dinero necesarios, y te quedaré reconocido por tu favor…

A Reynaldo, monje de Bobbio.

…Sabes con qué ardor busco libros por todas partes; también sabes cuántos copistas encuentra uno en la ciudades y campos de Italia. Ponte pues en marcha y, sin decírselo a nadie, de tu bolsillo, hazme copiar M. Manilius, De la Astrología, *Victorinus,* De la Retórica, *Demóstenes,* Oftálmica. *Te prometo guardar un silencio inviolable sobre tu fiel servicio y loable cortesía, y me comprometo a devolverte con creces lo que hayas gastado, según tus cálculos y cuando tú lo establezcas…*[3]

II. La enseñanza de Geriberto en Reims

Geriberto, que se había recomendado al arzobispo por la nobleza de su saber, se granjeó todos sus favores. Por petición suya, fue encargado de instruir en las artes a los equipos de escolares.

"En qué orden utilizó los libros para enseñar": este título del capítulo 46 de las *Historias* de Richer *insiste* en el papel que cumplía en las técnicas escolares la "lección", la lectura de un autor por el maestro. Richer describe también la marcha de los estudios: los alumnos de Geriberto ya han recibido la enseñanza elemental del gramático; son sucesivamente iniciados en las otras dos ramas del *trivium*. Las lecturas del maestro se orientan primero a la dialéctica.

Lógica

Él explicó la dialéctica y aclaró el sentido de las palabras recorriendo por orden estos libros: primero comentó la Isagoge de Porfirio, es decir las Introducciones *según la traducción del retórico Victorinus y también según Boecio, estudió el libro de Aristóteles sobre las* Categorías, *es decir los predicados, después expuso perfectamente lo que es el* Peri Hermeneías, *es decir el libro* De la interpretación; *por último enseñó a sus oyentes los* Tópicos, *es decir el fundamento de las pruebas, traducidos por Cicerón del griego al latín y aclarados por los seis libros de comentarios de Boecio.*

Leyó también y explicó útilmente los cuatro libros sobre los diferentes tópicos, los dos libros sobre los silogismos categóricos, los tres sobre los hipotéticos, un libro sobre las definiciones y un libro sobre las divisiones.

Retórica

Prácticamente todos los trabajos sobre los que se basa la enseñanza de la lógica son de Boecio. Geriberto pasa luego a la retórica. En una carta al monje Bernardo de Aurillac. *dice haber trazado un cuadro de la retórica desplegado en veintiséis hojas de pergamino ensambladas y formando un todo en dos columnas yuxtapuestas, cada una de trece hojas. Este trabajo sin objeción parece admi-*

rable a los ignorantes; es útil a los escolares estudiosos para hacerles comprender las reglas muy sutiles de la retórica y para fijarlas en su memoria.

Sin embargo,

temiendo que sus alumnos pudiesen alcanzar el arte oratorio sin conocer los modos de elocución que sólo pueden aprenderse en los poetas, utilizó pues a éstos, con los cuales juzgó oportuno familiarizar a sus alumnos. Leyó, pues, y comentó a los poetas Virgilio, Estacio y Terencio, así como a los satíricos Juvenal, Persio y Horacio, y por último al historiador Lucano. Cuando sus alumnos los hubieron conocido bien, y advertidos que fueron de sus modos de elocución, los introdujo en la retórica.

Astronomía

Sin embargo, donde Geriberto sobresalía era en el *quadrivium*, denominado aquí matemáticas y compuesto, en este orden, por la aritmética, la música, la astronomía y la geometría.

Comenzó por iniciar a sus alumnos en la aritmética, que es la primera parte de las matemáticas. Después enseñó a fondo la música, antes completamente ignorada en Galia. Disponiendo las notas sobre el monocordio, distinguiendo en sus consonancias y sinfonías los tonos y semitonos, los dítonos y diesis, y distribuyendo racionalmente los tonos en sonidos, hizo perfectamente claras sus relaciones.

Construcción de una esfera plena: —Para manifestar la sagacidad de este gran hombre y hacer sentir más cómodamente al lector la eficacia de su método, no es inútil mencionar al precio de cuántos esfuerzos reunió él los principios de la astronomía. Siendo que esta ciencia es casi ininteligible, logró, para admiración de todos, hacerla conocer gracias a unos cuantos instrumentos. Representó primero la esfera del mundo en modelo reducido mediante una esfera redonda toda de madera; la inclinó, con sus dos polos, oblicuamente sobre el horizonte; proveyó al polo superior de las constelaciones septentrionales y al polo inferior de las constelaciones australes; reguló su posición según el círculo que los griegos llaman "horizonte" y los latinos "limitante" o "determinante" porque gracias a él se distinguen y delimitan las constelaciones visibles de las que no lo son. Colocó la esfera sobre el horizonte a fin de mostrar de manera útil y convincente la salida y puesta de las constelaciones. Inició también a los

alumnos en las ciencias naturales y les enseñó a comprender las constelaciones. Por la noche, se volvía hacia las estrellas brillantes y se aplicaba a hacer medir su oblicua sobre las diversas regiones del mundo, tanto a su salida como a su puesta.

Significación de los círculos intermedios: —En cuanto a los círculos que los griegos llaman "paralelos" y los latinos "equidistantes" y cuyo carácter incorporal no es dudoso, he aquí de qué modo los explicaba. Fabricó un semicírculo cortado por un diámetro, constituyó este diámetro por un tubo, en cuyas extremidades hizo marcar los dos polos, boreal y austral. Dividió de un polo al otro el semicírculo en treinta partes. En la sexta a partir del polo, colocó un tubo representando el círculo ártico. Después, habiendo saltado cinco divisiones, añadió un tubo que indicaba el círculo de los países cálidos. Cuatro divisiones más adelante, puso un tubo idéntico para marcar el círculo equinoccial. Dividió según las mismas dimensiones el resto del espacio hasta el polo sur.

La estructura de este instrumento, con el diámetro dirigido hacia el polo y la convexidad del semicírculo vuelto hacia arriba, permitía aprehender los círculos invisibles y los grababa profundamente en la memoria.

Construcción de una esfera muy útil para conocer los planetas: —Encontró un artificio para mostrar la revolución de los planetas, aunque éstos se muevan en el interior del mundo cruzándose. Fabricó primero una esfera circular, es decir constituida sólo de círculos. Situó allí los dos círculos que los griegos llaman "coherentes" y los latinos "incidentes" porque se recortan. En sus extremos, fijó los polos. Después hizo pasar por los coluros otros cinco círculos, llamados paralelos, de tal modo que, de un polo al otro, la mitad de la esfera quedase dividida en treinta partes. Y esto de manera ni vulgar ni confusa: sobre las treinta partes del hemisferio, determinó seis del polo al primer círculo, cinco del primero al segundo, cuatro del segundo al tercero, otros cuatro del tercero al cuarto, cinco del cuarto al quinto, seis del quinto al polo. En relación con estos círculos, colocó oblicuamente el círculo llamado por los griegos "loxos" o "zoe" y por los latinos "oblicuo" o "vital", pues contiene las figuras de

animales que representan a las estrellas. En el interior de este oblicuo, suspendió los círculos de los planetas mediante un admirable artificio. Demostró de manera muy eficaz a sus alumnos sus revoluciones, sus alturas y sus distancias respectivas. ¿De qué manera? Para decirlo haría falta un desarrollo que nos apartaría de nuestro propósito.

Construcción de otra esfera para explicar las constelaciones: —Aparte de esa esfera, hizo otra circular en cuyo interior no dispuso dos círculos sino que representó sobre ella a las constelaciones utilizando hilos de hierro de cobre. La atravesó con un tubo que hacía de eje y que indicaba el polo celeste. Cuando se lo miraba, el aparato figuraba el cielo. Estaba hecho de tal modo que las estrellas de todas las constelaciones estuviesen representadas por signos sobre la esfera. Este aparato tenía esto de divino: incluso aquél que ignoraba el arte podía, sin maestro, y si se le mostraba una de las constelaciones, reconocer a todas las otras sobre la esfera. Así Geriberto instruía noblemente a sus alumnos. Esto en cuanto a la astronomía.

Geometría

Confección de un ábaco: —No se tomó menos trabajo para enseñar la geometría. Para introducir a sus alumnos en esta ciencia, hizo fabricar por un armero un ábaco, es decir, una tabla con compartimentos. Estaba dividida a lo largo en veintisiete partes. Dispuso en ellas las nueve cifras que representaban a todos los números. Fabricó también mil caracteres de cuerno, a imagen de estas cifras. Cuando se los desplazaba por los veintisiete compartimientos del ábaco, indicaban la multiplicación y la división de números. De esta suerte, se multiplicaba y dividía una multitud de números y se llegaba al resultado en menos tiempo del que se habría necesitado para formular la operación. Aquél que quisiera conocer plenamente esta ciencia, que lea el libro escrito por Geriberto al gramático Constantino de Saint-Benoît-sur-Loire; encontrará el punto ampliamente tratado.[4]

En las escuelas episcopales, el estudio de la lengua latina y de sus giros, apoyada en ejemplos clásicos, y el del razonamiento demostrativo según los breves tratados de lógica don Boecio, en el umbral de los tiempos medievales, había resumido en latín la dialéctica griega, formaban el primer ciclo de enseñanza. Aprendizaje de los medios de

expresión y de persuasión, apuntaba, como el antiguo sistema escolar del que había nacido, a formar oradores. En cuanto al segundo ciclo, pretendía comunicar ciertos conocimientos prácticos (la música era de inmediata utilidad a los hombres de Iglesia, cuya función primera consistía entonces en cantar, a cada hora del día, la gloria de Dios). Pero ofrecía también una visión global e íntima de la creación. En efecto, orientado hacia la astronomía, el estudio de los números y concordancias tonales mostraba el orden profundo del universo, reflejado por el movimiento circular de los astros, por relaciones matemáticas y por ritmos acordados.

III. La Instrucción de los monjes

En la mayoría de los monasterios —especialmente el de Cluny—, una reacción ascética que había tenido su inicio a comienzos del siglo IX restringió considerablemente la importancia del estudio. En Saint-Benoît-sur-Loire, Abbón profundizó la enseñanza, pero en Aurillac, por ejemplo, ésta se interrumpía en la gramática. Geriberto tuvo que ir a buscar maestros a otros sitios, cerca de alguna catedral. Pero la "escuela" monástica difería generalmente de la "escuela" episcopal y la mentalidad de los monjes no era la misma que la de los clérigos. Los monjes, en efecto, habían escapado a los placeres del mundo y vivían en forma silenciosa. ¿Por qué iniciarlos en las artes (perversas) de la elocuencia y la persuasión? Les bastaba con conocer bien el latín, lengua de la Escritura, y dejar que su espíritu caminara libremente, tanto en la meditación como en la oración, por los vocablos de la lengua sagrada. Como su existencia entera estaba consagrada al canto coral en las ceremonias ininterrumpidas de la liturgia, la experiencia musical y la ciencia de las relaciones armónicas obraba en su comportamiento mental con más fuerza que en el medio catedralicio. Para ellos, entonces, ni retórica ni dialéctica. Esta particular orientación de los estudios repercutió inmediatamente en su manera de expresarse, es decir, en sus libros y, por consiguiente, en la mayoría de los textos aquí reunidos.

Del peligro de leer a los poetas

Desde comienzos del siglo X, los abates de Cluny no cesaban de poner en guardia a los hermanos contra las perniciosas seducciones de las letras profanas. La misma actitud se observa en Raoul Glaber.

Hacia la misma época surge en Ravena un mal comparable. Un tal Vilgard se entregaba con pasión poco común al estudio del arte gramatical (siempre fue costumbre de los italianos descuidar las otras artes para seguir aquélla). Inflado de orgullo por los conocimientos de su arte, comenzó a dar señales crecientes de estupidez: una noche, los demonios tomaron la apariencia de los poetas Virgilio, Horacio y Juvenal y se presentaron ante él: fingieron agradecerle el amor con que estudiaba lo que habían dicho en sus libros y por servir con tanta fortuna a su renombre a los ojos de la posteridad. Por añadidura, le prometieron que algún día iba a compartir su gloria. Corrompido por esta mistificación diabólica, se

puso a ensenar con énfasis muchas cosas contrarías a la Santa Fe: declaraba que las palabras de los poetas deben ser creídas de punta a punta. Finalmente, Pedro, pontífice de la ciudad, lo juzgó hereje y lo condenó. Se descubrió entonces por toda Italia a numerosos sectarios de este dogma pernicioso, que también sucumbieron por el hierro o por el fuego…[5]

Al hilo de la meditación

En lo que respecta a los mecanismos lógicos que gobernaban el pensamiento monástico, se los puede descubrir en ciertos pasajes de las *Historias*, especialmente en la larga disertación con la que Glaber pretende refutar los errores de los herejes de Orleans.

Pero nosotros también, con los pequeños medios de nuestra inteligencia, hemos decidido responder, así sean unas pocas cosas, a estos errores que acabamos de exponer. Primeramente, sin embargo, exhortamos a todos los fieles a sosegar su corazón con estas palabras proféticas del apóstol que, previendo en el futuro tales traiciones, dijo esto: "Es necesario que haya herejías para que distingamos a los que poseen fe". Por lo tanto, lo que caracteriza al máximo la necedad de esos herejes y nos los muestra realmente desprovistos de toda ciencia y de toda sabiduría, es que niegan la existencia del autor de todas las criaturas, es decir, de Dios. Pues está claro que, si toda cosa, sea cual fuere su espesor o su grandor, se encuentra dominada por el grandor de otra, en ello se conoce que todo procede de un ser más grande que todo. Y este razonamiento vale a la vez para las cosas corporales e incorporales. También ha de saberse que toda cosa, corporal o incorporal, puede ser modificada por algún accidente, algún impulso o la acción que se quiera y no por ello deja de proceder del inmutable amo de las cosas y será por él, si un día deja ella de existir, por lo que hallará su fin. Como efectivamente el autor de todas la criaturas es por propia esencia inmutable, por su propia esencia bueno y verídico; como es él quien con su omnipotencia distribuye y ordena de manera inefable las diversas especies de la naturaleza, nada hay fuera de él en donde ellas puedan encontrar reposo, y ellas no pueden sino volver a aquél de quien proceden. Está claro que nada en el universo ha sido destruido por el Creador, a no ser las especies que transgreden insolentemente el orden asignado por él a la naturaleza. Además, toda cosa es

tanto mejor y tanto más verdadera cuanto que obedece más sólida y firmemente al orden de su propia naturaleza. Y así sucede que todas las cosas que obedecen en forma inquebrantable a la disposiciones de su Creador, lo proclaman de manera continua sirviéndole. Pero si hay una que, por haberle desobedecido temerariamente, ha caído en la degradación, ofrece así advertencia a las que permanecen en el recto camino. Entre todas estas criaturas, la especie humana ocupa en cierto modo el medio, por encima de todos los animales y por debajo de los espíritus celestes. Esta especie, pues, al estar como a medio camino entre las superiores y las inferiores, se vuelve semejante a aquella a la que se aproxima más. Por eso sobrepasa tanto más a los seres inferiores cuanto que mejor imita la naturaleza de los espíritus superiores. Sólo fue dado al hombre, sobre todos los otros animales, el elevarse espiritualmente; pero en cambio, si no acierta a conseguirlo, pasa a ser el más despreciable de todos. Esta condición particular, desde el origen, fue sabiamente prevista por la bondad del Creador todopoderoso; dicha sabiduría observó que las más de las veces el hombre se apartaba de los cielos y rodaba en exceso hacia abajo; y por eso suscitó, en la sucesión de los tiempos, para instruirlo y permitirle elevarse, numerosos prodigios.

Ni encadenamiento lógico ni “razones”; pero sí el hilo de una meditación moral. Al final —una vez más— los prodigios.

Deseo de Dios

De esto dan testimonio todo el libro, todas las páginas de las divinas Escrituras. Estas Escrituras, debidas a la enseñanza del propio Todopoderoso y cuyo objeto particular es ofrecer de su existencia toda clase de pruebas, elevan al mismo tiempo el espíritu y la inteligencia del hombre, que se nutre de ellas en el afán de conocer a su Creador. Al mostrar a este hombre en qué cosa es superior y lo que tiene por encima de él, lo colman de un deseo insaciable. Pues cuanto más se asquea de lo que encuentra a su alcance, más se inflama de amor por los bienes que le faltan; cuanto más lo acerca su amor a estos bienes, más se perfecciona y se embellece; cuanto más bueno es, más se asemeja al Creador que es la bondad suprema. Es fácil comprender entonces que todo hombre al que le falte el deseo

de ese amor se vuelve ciertamente más miserable y más vil que cualquier animal; pues, si es el único de todos los seres animados que puede perseguir la beatitud de la eternidad, no hay animal viviente que arriesgue como él conocer el castigo eterno de sus errores y sus crímenes. Pero si un hombre desea en su alma conocer a su Creador, primero es necesario que aprenda a tomar conciencia de aquello que lo hace superior; pues, al testimonio de una autoridad venerable, el hombre lleva en sí la imagen de su Creador, principalmente en el hecho de poseer, sólo él entre los seres vivos, el don precioso de la razón. Pero si las ventajas de esta razón son salvaguardadas por la moderación de sí mismo y el amor del Creador, es decir la humildad verdadera y la caridad perfecta; en cambio sus buenas acciones son anuladas por la despreciable concupiscencia y por el arrebato. El hombre que no triunfa sobre estos vicios se vuelve semejante a las bestias; el que practica estos virtudes está moldeado a imagen y semejanza del Creador: la humildad le da la noción de lo que él es, la caridad le hace acceder a la semejanza de su Creador. Y si los hombres dirigen a éste ruegos y ofrendas, es para pedirle que preserve intacto en ellos el don de la razón, o al menos que su bondad incremente y restablezca este don cuando se ha alterado. Y sin embargo, alabanzas y bendiciones ascienden hacia ese mismo Creador y son para los hombres sanos de espíritu y de razón sólida otros tantos testimonios de su conocimiento.

Estos signos están contenidos en la sagrada Escritura y están ahí para sostener el deseo de Dios, ese impulso de amor del que habla el abate Juan de Fecamp y que es la vía del verdadero conocimiento, intuitivo y no racional. Todo monje piensa que no se conoce por la inteligencias sino por el amor y por la práctica de las virtudes.

El estudio, vía de perfección

Cuanto más logre cada uno de nosotros progresar en el conocimiento del Creador, más constatará que ese conocimiento lo ha agrandado y mejorado. Y no podrá blasfemar en nada la obra de su Creador quien a fuerza de conocerlo se haya vuelto mejor de lo que era. Así está claro que quienquiera que blasfeme la obra divina, es extraño al conocimiento divino. De donde resulta como consecuencia indudable que, si el conocimiento del Creador conduce a todo hombre al bien supremo, su ignorancia lo precipita en los peores males. Muchos, por su estupidez, no tienen

más que ingratitud por sus buenas acciones, dilapidan las obras de su misericordia y se ubican por su incredulidad por debajo de los animales; éstos están sumidos para siempre en las tinieblas de su ceguera. Y lo que para la mayoría de los hombres es el mejor remedio que los conduce a su salvación, no es para otros, por su culpa, sino ocasión de una desdicha eterna.

Como el saber se inscribe en las vías de la ética y no tiene sentido mas que si es instrumente de salvación, el estudio no puede ser otra cosa que un ejercicio espiritual, uno de los que preparan para penetrar en el Reino.

Todo esto se hoce comprender en forma particularmente clara en esa gracia singular del Padre todopoderoso, espontáneamente por él enviada del cielo a los hombres por intermedio del hijo coeterno de su majestad y divinidad, Jesucristo. Al mismo título que su Padre, fuente de toda vida, de toda verdad y de toda excelencia, él ha ofrecido a quienes creen en él sin rodeos un documento desconocido por todos durante siglos, velado de enigmas y misterio: el de las Escrituras, lleno de testimonios que lo señalan. En este documento, con palabras verídicas y prodigios, muestra que él mismo, y su Padre, y su Espíritu, no son los tres indubitables personas distintas sino un solo y mismo ser, de una sola eternidad y de un solo poder, de una sola voluntad y de una sola acción y, lo que es a la vez todo eso, de una sola bondad y participando igualmente en todas las cosas de la misma esencia. De él, por él y en él existen todas las cosas reales; y él siempre existió plena e igualmente antes de toda la sucesión de los tiempos, siendo el principio de las cosas; y él es la plenitud de todo y el fin de todo. Pero mientras que el Todopoderoso mismo había elegido entre las criaturas aquella que ocupa el medio, es decir el hombre, para reproducir en él su propia imagen, lo dejó a su libre arbitrio y por añadidura le sometió todas las riquezas del mundo, este hombre, sin preocuparse por conservar la medida de su condición, pretendió ser más u otra cosa que la que había decidido la voluntad de su Creador, y cayó inmediatamente en una degradación tan grande como su presunción. Y fue para volver a elevarlo por lo que ese mismo Creador envió al mundo a la persona del Hijo de su divinidad a revestir la Imagen de él mismo que había primitivamente formado. Misión tan benefactora y sublime como

delicada y admirable. Pero la mayoría de los hombres no supieron o no quisieron concederle ni creencia ni amor, siendo que habrían podido hallar en ella la inteligencia suficiente para su salvación; y, más aún, aferrados a sus errores diversos, se mostraron tanto más rebeldes a la verdad cuanto que estaban evidentemente cerrados a su conocimiento. Están sin duda ninguna en el origen de todas las herejías, de todas la sectas de error esparcidas por toda la tierra. En cuanto a aquellas que no se transforman, que no se ponen a seguir a Cristo tras haber hecho penitencia, más valdría para ellos no haber existido jamás. Pero aquellos cuyo espíritu está lleno de fe y que obedecen al Señor, lo aman y creen en él, pasan a ser tanto mejores cuanto que han adherido más perfectamente a aquel que es el origen y la perfección de todo bien. Son ellos los que constituyen toda la loable congregación de los afortunados, cuya venerable memoria honra la sucesión toda de los siglos. A éstos les fue dado existir y vivir para siempre felices junto al Creador de todas las cosas; y sentir crecer sin fin su beatitud al contemplarlo. Pero creemos ahora haber cumplido lo que nos proponíamos y respondido suficientemente con estas pocas palabras a las locuras de esos condenados.[6]

Simbólica

Por lo tanto, lo esencial es descifrar los mensajes, "palabras verídicas y prodigios" a la vez, de los que están llenos el universo visible y la historia y que abundan en el texto de la Escritura. En igual afán de elucidación se reúnen el saber de las escuelas catedralicias y el saber de los monasterios, así como en un método sobre el cual se basan en esta época toda pedagogía y toda aventura intelectual: la exégesis. El maestro que lee a un autor ante sus alumnos, Geriberto que traza sobre la esferas los signos de las constelaciones, el monje que rumia las palabras de los salmos, esperan, según la palabra de san Pablo, acceder "por lo visible a lo invisible", penetrar por fin el enigma del mundo, es decir, alcanzar a Dios. La lógica casi no interviene en semejante búsqueda: sino antes bien y puesto que la creación, en sus dimensiones espaciales y temporales, aparece como un tejido de correspondencias, el descubrimiento de las analogías y el recurso a los símbolos. De este método, que proporciona la clave de todas la creaciones de este tiempo, las del arte, la literatura o la liturgia, tomamos nuevamente un ejemplo en Raoul Glaber:

Algunos tienen la costumbre de preguntar por qué los tiempos de la nueva fe o de la gracia ya no son, como los antiguos, lugar de visiones de la cosas divinas y de milagros. A éstos cabe responderles brevemente in-

vocando testimonios sacados de la sagrada Escritura misma, si por lo menos su corazón está abierto a los dones del Espíritu Santo. Elegiremos primeramente en el Deuteronomio un testimonio evidente. Después de haberse alimentado durante cuarenta años del maná celestial, el pueblo de los hebreos atravesó el Jordán y llegó a la tierra de Canaán; el cielo cesó entonces de verterles el maná, y los hijos de Israel no consumieron en lo sucesivo esa clase de alimento. ¿Qué nos prueba eso, a nosotros para quienes casi todo consiste en figuras, sino que tras haber cruzado, nosotros también, nuestro Jordán, es decir desde el bautismo de Cristo, ya no debemos intentar ver caer del cielo signos y presagios? Y debemos contentarnos, por el contrario, con este pan viviente, por quien aquel que se alimenta de él recibe la vida eterna y la posesión de la tierra de los vivos. Por otra parte, obedeciendo la orden del Señor, Moisés ordenó que todas las vasijas que cayeran como botín de guerra en las manos de su pueblo fueran purificadas, por el agua si eran de madera y por el fuego si eran de bronce. Esto significa también que las vasijas, dicho de otro modo los hombres que, tomados como botín sobre el antiguo enemigo, fueron a engrosar la parte del Salvador, deben ser purificados por el agua del bautismo y por el fuego del mártir, y ese palo, transformado en serpiente, que asustó tanto a Moisés que le hizo emprender la huida y al que luego, asiéndolo por la punta de la cola, volvió a convertirlo en palo, debe ser igualmente interpretado como símbolo tipológico. Esa serpiente hecha de un palo designa la potencia de la divinidad revestida con la carne de la santa Virgen María. Moisés representa al pueblo judío que, viendo al Señor Jesús verdadero Dios y verdadero hombre, se aleja de él con incredulidad; pero lo reconocerá hacia el tiempo del fin del mundo, lo que está expresado por la cola de serpiente. Y ese paso del mar Rojo, en el cual este mar es dividido o levantado; y luego los pueblos pasados por el filo de la espada, por orden del Señor, significan evidentemente el reino del pueblo israelita, que subsiste por un tiempo y luego se marchita y se aniquila. Al comienzo de la nueva alianza, al comienzo del reino de Cristo, el Señor Jesús, de pie y caminando sobre las olas del mar, permitió a Pedro, a quien había puesto a la cabeza de su Iglesia, marchar con él;

pero ¿qué demuestra esto a todos los fieles sino que todas las naciones, sometidas y no completamente destruidas o exterminadas, servirán de fundamento al reino de Cristo que debe durar en todos los siglos? Hay en efecto en las palabras de Dios frecuentes pasajes según los cuales el mar es la figura del mundo presente.

A menudo, cuando se quiere elucidar con palabras una muy grande cuestión, se fracasa menoscabándose uno, a sí mismo; como dice la Escritura: "Aquel que quiere escrutar la majestad del Señor es aplastado por su gloria".[7]

3. Lo visible y lo invisible

1. Las correspondencias místicas

La materia y los métodos de enseñanza imprimen hondamente en el espíritu de Jos eruditos del Año Mil la convicción de un a cohesión y una armonía esencia les entre la parte del universo que el hombre puede captar por los sentidos y aquella que escapa a éstos. Entre la naturaleza y la supernaturaleza no hay barrera, sino por el contrario conexiones permanentes, íntimas e infinitas correspondencias. A través de las palabras, progresando de su significación exterior hacia aquélla, cada vez más interna, por la cual se aventura uno en el dominio de lo incognoscible, el comentario de los gramáticos y retóricos, la glosa que encierra y prolonga la lectura de los "autores", buscan desanudar paso a paso la embrollada maraña de estas relaciones ocultas. En cuanto a las ciencias asociadas del *quadrivium*, ellas conducen a discernir los vínculos ocultos que unen con los tonos de la música los números y el curso regular de las estrellas; es decir, a captar la ordenación del cosmos, o sea, a descubrir de Dios una imagen menos infiel.

"Conexiones especulativas"

Insertemos pues aquí, típica de esa actitud mental y de los marcos en los que por entonces se halla prisionero el pensamiento erudito, esta meditación sobre la "cuaternidad divina". Raoul Glaber la introduce a la cabeza de sus *Historias*, como para situar su obra de historiador en la juntura del mundo visible y de lo invisible, en la encrucijada del espacio y del tiempo, en el encuentro del cosmos y del microcosmos, de la naturaleza, la moral y la fe.

Distinguiendo entre sus criaturas por la multiplicidad de figuras y formas, Dios, creador de todo, quiso ayudar, por medio de lo que los ojos ven o de lo que aprehende el espíritu, al alma del hombre erudito a elevarse a una intuición simple de la divinidad. En la búsqueda y el conocimiento profundo de estas cuestiones brillaron en un principio los Padres griegos católicos que no eran mediocres filósofos. Al ejercer sobre numerosos objetos su perspicacia, llegaron a la noción de ciertas cuaternidades, por las cuales el actual bajo mundo y el mundo superior que ha de venir son explicados a la inteligencia. Las cuaternidades y sus acciones de unas sobre otras, una vez discernidas por nosotros con nitidez, harán más ágiles los espíritus y las inteligencias que las estudian. Así pues, hay cuatro

Evangelios, que constituyen, en nuestro espíritu el mundo superior; hay otros tantos elementos, que constituyen el bajo mundo; y también cuatro virtudes, que son soberanas sobre todas las demás y que, una vez inculcadas en nosotros, nos forman para practicarlas todas. Asimismo, hay cuatro sentidos, sin incluir el tacto, que está al servicio de los otros, más sutiles. Así lo que es el éter, elemento del fuego en el mundo sensible, la prudencia lo es en el mundo intelectual: ella se eleva en efecto hacia lo alto, palpitante del deseo de acercarse a Dios. Lo que el aire es en el mundo corporal, la fuerza lo es en el mundo intelectual, manteniendo todo lo que vive y fortificando a cada uno en los actos que se propone. De la misma manera como el agua se comporta en el mundo corporal la templanza se comporta en lo intelectual: nodriza de los buenos, aportando consigo una multitud de virtudes y sirviendo a la fe por el deseo del amor de Dios. Y la tierra, en el mundo inferior, da una imagen conforme de la justicia en el mundo intelectual, permanente e inmutable regla de una equitativa distribución.

Así, por todas partes se distingue una estructura semejante a la estructura espiritual de los Evangelios: el Evangelio de Mateo contiene la figura mística de la tierra y la justicia, puesto que muestra más claramente que los otros la substancia de la carne de Cristo hecho hombre. El Evangelio de Marcos da una Imagen de la templanza y del agua, haciendo ver la penitencia purificadora que emana del bautismo de Juan. El de Lucas hace aparecer la similitud del aire y la fuerza; pues está difundido en el espacio y corroborado por numerosos relatos. Por último, el de Juan, más sublime que los otros, significa el éter, fuente de fuego, y la prudencia, puesto que para él un conocimiento simple de Dios y la fe se insinúan en nuestras almas. A estas conexiones especulativas de los elementos, las virtudes y los Evangelios, sin duda hay que asociar con buen derecho al hombre, a cuyo servicio están puestas todas estas cosas. Pues la substancia de su vida fue llamada por los filósofos griegos microcosmos, es decir, pequeño mundo. La vista y el oído, que sirven, a la inteligencia y a la razón, se relacionan con el éter superior, que es el más sutil de los elementos y, más sublime que todos los otros, es asimismo más noble y

claro. Viene después el olfato, que da significación del aire y de la fuerza. El gusto se aviene muy bien a dar del agua y de la templanza una significación apropiada. Y el tacto, que es más bajo que toda cosa, más sólido y más pesado que los otros, da perfecta expresión de la tierra y la justicia.

Raoul Glaber parte de una figura simple, el cuadrado, signo místico de la creación material (en el centro de la Iglesia, la nave y el crucero establecen por su intersección una figura semejante y la escultura románica sitúa aquí de buen grado, en los cuatro ángulos, las imágenes de los Evangelistas). Mediante comparaciones analógicas, se esfuerza en poner en evidencia las "conexiones especulativas" entre el bajo mundo y el mundo "intelectual". Lo cual, mediante un proceder semejante al de la creación, conduce a la intuición de lo divino e implica, por añadidura, una definición mística de la historia:

Estas indiscutibles relaciones entre la cosa nos predican a Dios de una manera a la vez evidente, bella y silenciosa; pues mientras que, por un movimiento inmutable, tal cosa presenta otra en sí misma, al predicar el principio primero del que ellas proceden, todas piden reposar en él de nuevo. Es preciso también, a la luz de esta reflexión, examinar con espíritu atento el río que sale del Edén al Oriente y se divide en cuatro cursos muy bien conocidos: el primero, el Fisón, cuyo nombre quiere decir abertura de la boca, significa la prudencia, la cual está siempre difundida y es útil en los mejores: pues el hombre perdió el Paraíso por su propia inercia y sólo con ayuda de la prudencia ha de reconquistarlo. El segundo, el Geón, cuyo nombre significa abertura de la tierra, significa la templanza, nodriza de la castidad, que extirpa las ramas de los vicios. Y el tercero, el Tigris, cuyas orillas están habitadas por los asirios, es decir los dirigentes, significa por su parte la fuerza que, tras haber expulsado a los vicios prevaricadores, dirige, con la ayuda de Dios, a los hombres hacia las alegrías del reino eterno. En cuanto al cuarto, el Eufrates, cuyo nombre quiere decir abundancia, designa, evidentemente a la justicia, que alimenta y reconforta a toda alma que la desee con ardor. Ahora bien, así como la denominación de estos ríos lleva en sí las imágenes de las cuatro virtudes y al mismo tiempo la figura de los cuatro Evangelios, así estas virtudes están contenidas en figura en las épocas en la historia de este mundo, que están divididas en cuatro. Pues, desde el comienzo del mundo hasta la venganza del diluvio, en aquellos al menos que, en la bondad de la simple naturaleza, conocieron a su Creador y lo amaron, la prudencia fue reina, como en Abel, en Enoch, en Noé o en todos los otros que, por la potencia de su razón, comprendieron lo que le era útil hacer; es indudable que la templanza constituyó la parte de Abraham y de los otros patriarcas que fueron favorecidos por signos y visiones, como Isaac, Jacobo, José y los otros que, en la buena y la mala fortuna, amaron por encima de todo a su Creador; la fuerza es afirmada por Moisés y por esos otros profetas, hombres verdaderamente llenos de solidez, que fundaron las prescripciones de la ley, pues nosotros los vemos ocupados en aplicar sin vacilación los duros preceptos de la ley; por último, desde la llegada del Verbo Encarnado, todo el siglo está colmado, regido y rodeado por la Justicia, culminación y funda-

mento de todas las otras virtudes, según las palabras que dice al Bautista la voz de verdad: "Conviene que cumplamos toda justicia".[1]

II. Orden social y supernaturaleza

Hay otras manifestaciones de la conformidad de lo visible con lo invisible. Se la encuentra, por ejemplo, en la estructura de la sociedad humana, que resulta ser homóloga a esa otra sociedad que, en el más allá, puebla el Reino de los cielos. Hacer perceptible una coordinación tan íntima es precisamente el propósito del obispo Adalberón de Laón, cuando describe para el rey Roberto el Piadoso la ordenación de las relaciones humanas. El pensamiento del prelado tiende a perderse en las virtuosidades verbales y rítmicas a las que empujaban, en las escuelas episcopales, los refinamientos de la retórica. Consigue no obstante describir la nueva jerarquía de clases cuyo rigor, en ese mismo momento, durante el segundo cuarto del siglo XI, viene a imponerse a lodos los hombres capaces de reflexión; en lo sucesivo, ninguno de ellos dudará nunca que el género humano está repartido, desde la creación, en tres órdenes, el orden de los que oran, el orden de los que combaten y el orden de los que trabajan. No es éste el sitio apropiado para determinar en qué medida esta representación mental traduce la realidad vivida y se ajusta a los nuevos comportamientos inducidos por el avance de la descomposición feudal. Y puesto que nos mantenemos en el plano de las actitudes intelectuales y de las reacciones sentimentales, basta con indicar que, para Adalberón, la legitimidad del nuevo reparto de las condiciones sociales reside en que responde armoniosamente al orden que rige la sociedad espiritual. Dios, al crear al hombre a su imagen, ¿no dispuso de jerarquías semejantes en el cielo y sobre la tierra? En cualquier caso, sería inadmisible que las dos ciudades, la natural y la sobrenatural, la terrestre y la divina, manifestaran entre sí alguna discordancia.

Adalberón se dirige al rey Roberto como a su igual: por una ceremonia semejante, la de consagración o coronación, el obispo y el soberano han recibido de Dios, en efecto, la sabiduría que les permite rasgar el velo de las apariencias.

La Jerusalén celeste

Acuérdate de la gran gloria con que te colmó el Rey de reyes: él te concedió en su demencia un don más precioso que todos los otros: te dio la inteligencia de la verdadera sabiduría, gracias a la cual puedes comprender la naturaleza de las cosas celestes y eternas. Estás destinado a conocer la Jerusalén celeste, con sus piedras, sus muros, sus puertas, toda su arquitectura, y los ciudadanos que ella espera y para quienes ella ha sido edificada. Sus numerosos habitantes están separados, para su mejor go-

bierno, en clases distintas; la omnipotencia divina impuso aquí una jerarquía. Te ahorro el detalle, que sería largo y fastidioso.

EL REY

La ciencia no es asunto mio: dejemos esto como siempre a la divina Providencia. Pero el espíritu humano tiene de cerca a la divinidad: y no puede conocerse aquel que quiera ignorar lo que está por encima de él. Esa poderosa Jerusalén no es otra, pienso, que la visión de la serenidad divina; el Rey de reyes la gobierna, el Señor reina sobre ella, y con este fin la repartió en clases. Ninguna de sus puertas está clausurada por metal alguno: los muros no están hechos de piedras y las piedras no forman muros; son piedras vivientes, viviente el oro que cubre las calles y cuyo brillo pasa por más resplandeciente que el del oro más fino. Edificada para ser la morada de los ángeles, se abre también a multitudes de mortales: una parte de sus habitantes la gobierna, otra vive en ella y en ella respira. Esto es todo lo que sé de ella, pero me gustaría que me dijesen más.

EL OBISPO

El lector asiduo anhela conocer el mayor número de cosas posible; mientras que un espíritu somnoliento y sin ardor acostumbra olvidar incluso lo que aprendió en otro tiempo. Rey muy querido, compulsa los libros de san Agustín; él pasa legítimamente por haber explicado lo que es la sublime ciudad de Dios.

EL REY

Dime, obispo, te lo ruego, ¿quiénes son los que la habitan?; los príncipes, si los hay, ¿son iguales entre sí o, de lo contrario, cuál es su jerarquía?

EL OBISPO

Pregunta a Denys, llamado el Areopagita: se tomó el trabajo de escribir dos libros sobre este tema. El santo pontífice Gregorio habla también de ello en sus Moralia*, donde procura analizar la fe del bienaventurado Job; también trata de ello muy claramente en sus homilías, e incluso al final de su Ezequiel, no menos claramente; estos escritos la Galia los recibió de él como presente. Tales cosas escapan a las concepciones*

de los mortales. Voy a exponértelas; después te contaré el sentido alegórico de mis palabras.

San Agustin, Denys el Areopagita y Gregorio el Grande son sin duda los tres autores fundamentales en los que se apoya, dentro de los claustros del Año Mil, todo el esfuerzo de elucidación del misterio; y ellos impulsan la meditación hacia las iluminaciones divinas. Adalberón se remite a ellos para definir los dos rasgos capitales de la Jerusalén celeste, esa morada radiante que al final del mundo la humanidad resucitada contemplará: se dispone en jerarquía como la ciudad terrestre; "morada de los ángeles" está abierta de par en par a los mortales que se encaminan a ella puesto que, en el plano divino, la comunicación entre las dos partes del universo debe finalmente establecerse.

La sociedad eclesiástica

Así pues, el pueblo celeste forma varios cuerpos y el de la tierra está organizado a su imagen. En la ley de la Antigua Iglesia de su pueblo. Iglesia que lleva el nombre simbólico de Sinagoga. Dios, por intermedio de Moisés, estableció ministros y reguló su jerarquía. La historia sagrada dice qué ministros se instituyeron en ella. El orden de nuestra Iglesia es llamado reino de los cielos. Dios mismo estableció en él ministros sin tacha y esta es la nueva ley que se observa allí bajo el reino de Cristo. Los cánones de los concilios, inspirados por la fe, determinaron de qué modo, según qué títulos y por quién los ministros deben ser instituidos. Ahora bien, para que el Estado goce de la paz tranquila de la Iglesia es necesario someterlo a dos leyes diferentes, definidas una y otra por la sabiduría, que es la madre de todas las virtudes. Una es la ley divina: ella no hace ninguna diferencia entre sus ministros: según ella, son todos iguales de condición, por diferentes entre sí que los hagan el nacimiento o el rango; en ella el hijo de un artesano no es inferior al heredero de un rey. A éstos, esta ley clemente le prohíbe toda vil ocupación mundana. Ellos no hienden la gleba; no marchan tras la grupa de los bueyes; apenas se ocupan de las viñas, de los árboles, de los jardines. No son carniceros ni posaderos, ni tampoco cuidadores de puercos, conductores de chivos o pastores; no criban el trigo, ignoran el penetrante calor de una olla grasienta; no zarandean a los puercos sobre el lomo de los bueyes; no son lavanderos y desdeñan poner a hervir la ropa blanca. Pero deben purificar su alma y su cuerpo; honrarse por sus costumbres y velar por las de los demás. De

este modo, la ley eterna de Dios les ordena no cumplir faena alguna; los declara exentos de toda condición servil. Dios los ha adoptado; son sus siervos; él es su único juez; desde lo alto de los cielos les impone ser castos y puros. Les ha sometido por sus mandamientos al género humano entero; ni un solo príncipe está exceptuado puesto que él ha dicho "entero". Les ordena enseñar a conservar la verdadera fe y a sumergir a sus discípulos en el agua santa del bautismo; los constituyó médicos de las llagas que pueden gangrenar a las almas y están encargados de aplicarles los cauterios de sus palabras. Él ordena que sólo el sacerdote tenga cualidad para administrar el sacramento de su cuerpo. Le confía la misión de ofrecerlo él mismo. Lo que la voz de Dios ha prometido no será rehusado, lo creemos, lo sabemos; a menos que se los expulse por sus propios crímenes, estos ministros han de tomar asiento en los primeros lugares de los cielos. Deben pues velar, abstenerse de muchos alimentos, orar sin descanso por las miserias del pueblo y por las propias. He dicho aquí poca cosa del clero, poca cosa de su organización; el punto esencial es que los clérigos son iguales en condición.

Mientras que en la Iglesia, situada en la intersección de lo carnal y lo sagrado. Dios quiere que se anulen todas las distinciones sociales, la sociedad civil, más enraizada en lo material, se divide en órdenes, y es la autoridad conjunta del rey (de Francia) y del Emperador (rey de Germania), uno y otro imágenes de Dios sobre la tierra, la que garantiza la estabilidad de un semejante ordenamiento.

Los tres órdenes

EL REY

¿Así la casa de Dios es una y regida por una sola ley?

EL OBISPO

La Sociedad de los fieles forma un único cuerpo; pero el Estado comprende tres. Pues la otra ley, la ley humana, distingue otras dos clases: nobles y siervos, en efecto, no estén regidos por el mismo estatuto. Dos personajes ocupan el primer rango: uno es el rey, el otro el emperador; su gobierno asegura la solidez del Estado. El resto de los nobles tiene el privilegio de no sufrir la coacción de ningún poder, a condición de abstenerse de los crímenes reprimidos por la justicia real. Son los guerreros, protectores de las Iglesias; son los defensores del pueblo, de los grandes como de

los pequeños, de todos en fin, y aseguran al mismo tiempo su propia seguridad. La otra clase es la de los siervos: esta raza desdichada no posee nada sino al precio de su esfuerzo. ¿Quién podría, con las bolillas de la tabla de cálculo, contar los cuidados que absorben a los siervos, sus largas marchas, sus duros trabajos? Dinero, vestimenta, alimento, los siervos suministran todo a todo el mundo; ni un solo hombre libre podría subsistir sin los siervos.

La casa de Dios, que se cree es una, está pues dividida en tres; unos oran, los otros combaten y los otros trabajan. Estas tres partes que coexisten no sufren por estar separadas; los servicios brindados por una son la condición de la obras de las otras dos; cada una a su vez se encarga de aliviar al conjunto. Así, este ensamblaje triple no por ello deja de ser uno; y es así como la ley ha podido triunfar, y el mundo disfrutar de la paz.[2]

III. Presencia de los difuntos

Lo político y lo social se conciben así como proyecciones de un orden inmanente; a los eclesiásticos les toca la misión fundamental de establecer ritualmente los nexos entre el mundo de los reyes, caballeros y campesinos; y el de los ángeles. Pero, por la misma profunda razón, existen también relaciones constantes entre el país de los muertos y el de los vivos. Los difuntos viven, en efecto; lanzan llamadas; y hay que estar atentos a escucharlas. Precisamente en el Año Mil, la Iglesia de Occidente acoge por fin las antiquísimas creencias en la presencia de los muertos, en su supervivencia, invisible pero sin embargo poco diferente de la existencia carnal. Ellos habitan un espacio impreciso entre la tierra y la ciudad divina. Ahí esperan, de sus amigos y parientes, socorros, algún servicio, oraciones, gestos litúrgicos capaces de aliviar sus penas. En el relato de Raoul Glaber se los ve aparecer en repetidas ocasiones. Pero los mismos que perciben tales mensajes del más allá son prontamente atrapados por la muerte.

En la época siguiente (995), la nación de los sarracenos, con su rey Al Manzur, dejó las comarcas africanas, ocupó casi todo el territorio español hasta los confines meridionales de la Galia e hizo grandes masacres de cristianos. Pese a la inferioridad de sus fuerzas, Guillermo, duque de Navarra, llamado el santo, los atacó repetidamente. La escasez de efectivos obligó incluso a los monjes del país a tomar las armas temporales. Hubo graves pérdidas por ambas partes; por último, la victoria fue concedida a los cristianos y, tras haber sacrificado a muchos de los suyos, los sarracenos que quedaban se refugiaron en África. Pero en esta larga serie de combates sucumbieron evidentemente muchos religiosos cristianos, que al tomar la armas habían obedecido a un sentimiento de caridad fraterna mucho más que a vaya a saberse qué pretencioso deseo de gloria.

En esta época un hermano llamado Goufier, de costumbres tranquilas y caritativas, vivía en el monasterio de Moûtiers-Saint-Jean, en Tardenois. Un domingo, tuvo una visión divina bien digna de crédito. Cuando después de celebrarse los maitines se recogía para orar en el monasterio mientras los otros hermanos se retiraban a reposar un poco, de

pronto la iglesia entera se llenó de hombres vestidos con túnicas blancas y adornados con estolas de color púrpura, cuyo grave continente informaba bastante de su calidad a quien los veía. Marchaba a su cabeza, con la cruz en la mano, un hombre que se decía obispo de numerosos pueblos, asegurando que ese mismo día tenían que celebrar en este sitio la santa misa. Él y los otros declaraban haber asistido esa noche a la celebración de los maitines con los hermanos del monasterio. Y añadían que el oficio de laudes que allí habían oído convenía perfectamente a este día. Era el domingo en la octava de Pentecostés, día en el cual, en festejo de la resurrección del Señor, de su ascensión y de la llegada del Espíritu Santo, se acostumbra en la mayoría de los países a salmodiar responsos con palabras verdaderamente sublimes, de una melodía deliciosa y tan dignas de la divina Trinidad como puede serlo una obra del espíritu humano. El obispo se acercó al altar de san Mauricio mártir y, entonando la antífona de la Trinidad, se puso a celebrar la santa misa. Sin embargo nuestro hermano preguntó quiénes eran, de dónde venían, la razón de su visita. No pusieron escollo alguno para contestarle:

"Somos, dijeron, religiosos cristianos; pero por proteger a nuestra patria y defender al pueblo católico, en la guerra de los sarracenos fuimos separados por la espada de nuestra humana envoltura corporal. Por eso ahora Dios nos llama a todos juntos a compartir la suerte de los bienaventurados; pero tuvimos que pasar por este país porque aquí hay muchas personas que en breve plazo, irán a unirse a nuestra compañía".

El que celebraba la misa, al final de la oración dominical, dio la paz a todos y envió a uno de ellos a dar también el beso de la paz a nuestro hermano. Recibido el beso, éste vio que el otro le hacía señas de que lo siguiera. No bien se dispuso a marchar tras ellos, desaparecieron. Y el hermano comprendió que en poco tiempo iba a abandonar este mundo, lo que no dejó de suceder.

En efecto, cinco meses después de haber tenido esta visión, es decir en diciembre, viajó a Auxerre por orden de su abate a fin de atender a algunos hermanos del monasterio de san Germán, que se hallaban enfermos; pues estaba instruido en el arte de la medicina. En cuanto llegó, invitó a

sus hermanos, por quienes había venido, a realizar con la mayor rapidez lo que su curación exigía. Sabía, en efecto, que su muerte estaba próxima. Ellos le respondieron:

"Haznos el favor de descansar hoy de las fatigas del viaje, así mañana te encontrarás en mejores condiciones".

El respondió:

"Si no termino hoy lo que me queda por hacer, tanto como me es posible, veréis que mañana no haré nada de todo eso".

Ellos creyeron que estebe bromeando, pues siempre había tenido un carácter alegre; y olvidaron sus consejos. Pero al amanecer del día siguiente, un dolor punzante lo asaltó; llegó como pudo al altar de la bienaventurada María siempre virgen para celebrar ahí la santa misa. Una vez que la dijo, retornó a la enfermería y, presa ya de insoportables sufrimientos, se tendió en su lecho. Como ocurre en igual caso, el sueño se volcó sobre sus párpados en medio de grandes sufrimientos. De pronto vio ante él a la Virgen en su esplendor que, irradiando una luz inmensa, le preguntó de qué tenía miedo. Como él la miraba fijamente, ella agregó:

"Si lo que te asusta es el viaje, nada tienes que temer; te serviré de protectora".

Tranquilizado por esta visión, rogó que viniera junto a él el preboste del lugar, llamado Achard, hombre de profundo saber, quien después fue abate del monasterio, y le contó con detalles la visión y también la precedente, Achard dijo:

"Reconfortáos, hermano mío, en el Señor; pero como habéis visto lo que rara vez está dado a los hombres ver, es preciso que paguéis el tributo de toda carne a fin de que podáis compartir la suerte de quienes se os aparecieron".

Y los otros hermanos, convocados, le hicieron la visita que conviene en igual caso. Al final del tercer día, al caer la noche, abandonó su cuerpo. Todos los hermanos lo lavaron según la costumbre, le prepararon una mortaja, hicieron sonar todas la campanas del monasterio. Un laico, hombre no obstante muy religioso, que vivía en la vecindad, ignorando

la muerte del hermano creyó que las campanas sonaban maitines y se levantó como lo hacía habitualmente para ir a la iglesia. En el momento de llegar a un punto del bosque que se hallaba más o menos a medio camino, varias personas de la vecindad oyeron del lado del monasterio voces que gritaban: "¡Tira, tira! ¡Tráenoslo rápido!".

A estas voces, otra respondía:

"Este, no puedo, pero os traeré otro si es posible".

En el mismo instante, el hombre que se dirigía a la iglesia creyó ver ante sí, sobre el puente, a uno de sus vecinos (era un diablo) que iba hacia él y del que no podía tener miedo: lo llamó por su nombre y le dijo que cruzara con precaución. Pero acto seguido el espíritu maligno, tomando la forma de una torre, se irguió en el aire queriendo tender una trampa a nuestro hombre, que seguía con los ojos sus falaces prestigios. Ocupado por entero en lo que veía, el desdichado dio un tropezón y cayó bruscamente sobre el puente. Se incorporó con gran rapidez y se protegió persignándose; reconociendo en esta sucia jugada toda la malignidad del demonio, volvió a su casa, más prudente. Poco después, murió a su vez en paz.[3]

IV. Reliquias

Las palabras del texto sagrado y la música de la salmodia, con sus ritmos y la diversidad de su sentido, no son las únicas que abren las vías de lo invisible. También las cosas abren estas puertas en ocasiones. Y entonces el mas allá se revela a los ojos y los oídos del hombre no ya por medio de símbolos, sino por fenómenos. Los eclesiásticos mas eruditos prestan atención a los encantamientos, a los sortilegios, a la ambigüedades características del pensamiento salvaje y a todas las mediaciones magreas. Para ellos no cabe ninguna duda: influjos extraños que emanan del otro mundo perturban, de tanto en tanto, los ritmos regulares de la naturaleza. El misterio está constantemente presente y es visible, tangible.

Reyes taumaturgos

Indiscutiblemente, en efecto, lo maravilloso brota sin cesar de objetos y personas sagrados. Y ante todo de la mano real. Pues el día de la coronación, la unción del óleo santo impregnó el cuerpo del rey con la gloria y la fuerza divinas. Desde entonces, está lleno de un poder sobrenatural. A su contacto, la enfermedad desaparece. Helgaud fue quien primero describió los milagros del rey de Francia:

El bello palacio que se encuentra en París había sido construido por orden del rey Roberto. En el santo día de Pascua, queriendo honrarlo con su presencia, ordenó instalar la mesa según la usanza real. Cuando tendía sus manos a las abluciones, un ciego surgió de la multitud de pobres que, apiñada a su alrededor, le hacía perpetuo cortejo y le suplicó humildemente que le rociara el rostro con agua. Y él, de inmediato, tomando en broma el ruego del pobre, no bien recibió el agua en sus manos se la arrojó a la cara. Acto seguido, ante la vista de todos los grandes del reino que se hallaban presentes, el ciego se curó al recibir el agua; y mientras todos lo congratulaban bendiciendo al señor, el rey se sentó a la mesa y fue el más alegre de todos los comensales. Quienes participaron en el festín hablaron de ello todo el día, loando al Dios todopoderoso; y tal vez habrían hablado sólo de cosas vanas y ociosas si ese día no los hubiese iluminado una luz tan intensa. Y puede creerse no sin razón que

este palacio merece ser honrado con frecuencia por la estada real, ya que la virtud divina lo ilustró con tal milagro y lo consagró por la alegría del pueblo, el primer día en que el rey muy devoto quiso divertirse en él.

Poderes de los cuerpos santos

Sin embargo, existen entonces objetos donde, más aun que en la aparición de Jos muertos y en los poderes maravillosos del rey, se ve al otro mundo penetrar en el cotidiano de la vida de aquí abajo y operarse en el encuentro entre el cristianismo y las creencias profundas del pueblo. Estos objetos son lo que queda de la existencia terrestre de los santos, su cuerpo, sus osamentas, su tumba: las reliquias. Sobre el respeto que estos restos inspiran descansa de hecho todo el orden social; puesto que todos los juramentos que intentan disciplinar el tumulto feudal se prestan, en efecto, con la mano sobre un relicario.

Valido de una justicia rigurosa, este mismo rey serenísimo (Roberto el Piadoso) se aplicaba a no manchar su boca con mentiras sino por el contrario a establecer la verdad en su corazón y en su boca; y juraba asiduamente por la fe de Dios nuestro Señor. Por eso, queriendo hacer tan puros como él mismo [sustrayéndolos al perjurio] a aquellos de quienes recibía el juramento, mandó fabricar un relicario de cristal decorado en todo su contorno con oro fino, pero que no contenía reliquia santa alguna, sobre el cual juraban todos los grandes, ignorantes de su piadoso fraude. Mandó hacer otro de plata en cuyo inferior puso un huevo del pájaro llamado grifón y sobre el cual hacía prestar juramento a los menos poderosos y a los campesinos.[4]

Privado de las reliquias que contiene, un santuario pierde inmediatamente lo que le confiere su valor:

Por esos días, Godofredo, abate de san Marcial y sucesor de Aubaut, acompañado por el conde Boson, acudió con una gran tropa de guerreros a una iglesia que algunos señores habían quitado injustamente a san Marcial; se apoderó del cuerpo de san Vaulry y lo llevó consigo a Limoges. Allí conservó las reliquias de este santo confesor hasta el día en que los culpables señores reconocieron y proclamaron el buen derecho de san Marcial. Y entonces, puesto de nuevo éste en posesión de su patrimonio, el abate devolvió el cuerpo santo al santuario del que lo había retirado; y, en presencia del duque Guillermo, estableció en él la disciplina monástica.[5]

Las más bellas ceremonias de este tiempo y todos los fastos de la creación artística secundan el descubrimiento y traslado de las reliquias, las cuales, rodeadas de leyendas, parten a veces de viaje y se visitan entre sí.

Invención del cráneo de Juan Bautista

En estos días, cuenta Adem de Chabannes, el Señor se dignó arrojar un vivo destello sobre el reino del serenísimo duque Guillermo [de Aquitania]. Fue en efecto en su tiempo cuando se descubrió la cabeza de san Juan en la basílica de Angély, encerrada en un cofre de piedra moldeado en forma de pirámide, por el ilustrísimo abate Audouin: se dice que esta santa cabeza es propiamente la del Bautista Juan. Enterado de ello, el duque Guillermo, que volvía de Roma tras las festividades de Semana Santa, ardió de contento y decidió exponer la santa cabeza a la vista del pueblo. La cabeza se conservaba en un relicario de plata en cuyo interior se leían estas palabras: "Aquí descansa la cabeza del Precursor del Señor". Pero en cuanto a saberse por quién, en qué época y desde qué lugar fue traída la reliquia, o incluso si se trata verdaderamente del Precursor del Señor, esto no está determinado con toda certeza. En la historia del rey Pipino, donde pueden leerse todos los menores detalles, no se hace mención a este acontecimiento que sin embargo es de los más considerables; y el relato que se ha hecho de él de ningún modo ha de ser tomado en serio por las personas instruidas. En este escrito antojadizo se cuenta, en efecto, que en el tiempo en que Pipino era rey de Aquitania, un tal Félix trajo por mar, de Alejandría a Aquitania, la cabeza de san Juan Bautista; y que por ese entonces Alejandría estaba gobernada por el arzobispo Teófilo, de quien san Lucas hace mención al comienzo de los Actos de los Apóstoles, cuando dice: "Primero he hablado de todo, oh Teójilo…; habría tenido lugar después un combate entre el rey Pipino y los vándalos. Y esa misma cabeza, impuesta por el rey a sus compañeros muertos, los habría resucitado inmediatamente. Ahora bien, Pipino no vivió en la época de Teófilo ni en el tiempo de los vándalos y en ninguna parte se lee que la cabeza del santo Precursor del Señor hubiese sido hallada nunca en Alejandría. Vemos por el contrario, en antiguas leyendas, que la cabeza del santo Precursor fue descubierta primero por dos monjes a quienes se reveló el lugar en que se hallaba; luego, el emperador

Teodosio la transfirió a la ciudadela real de Constantinopla y allí se la ofreció a la veneración de los fieles.

Así pues, volviendo a nuestro tema, cuando se expuso la cabeza de san Juan que acababa de ser descubierta, toda la Galia, Italia y España, conmovidas por la noticia, se precipitaron a cual más hasta llegar al sitio. El rey Roberto y la reina, el rey de Navarra, el duque de Gascuña Sancho, Eudes de Champaña, los condes y los grandes, con los obispos, los abates y toda la nobleza de estos países, afluyeron. Todos ofrecían valiosos presentes de toda clase; el rey de Francia ofreció un plato de oro fino que pesaba treinta libros y paños tejidos en seda y oro para decorar la iglesia; fue recibido con honras por el duque Guillermo y luego retornó a Francia por Poitiers. Nunca se había visto nada más alegre ni más glorioso que ese gran concurso de canónigos y monjes que, cantando salmos al portar las reliquias de los santos, se apresuraban desde todas partes para honrar la memoria del santo precursor. En el curso de estas fiestas, las reliquias del gran príncipe que es padre de Aquitania y primer fecundador de la fe en las Galias, es decir, el bienaventurado apóstol Marcial fueron traídas hacia aquí con las reliquias de san Esteban, desde la catedral de Limoges. Cuando, en un relicario de oro y piedras preciosas, se sacaron las reliquias de san Marcial de su propia basílica, muy pronto toda Aquitania, que venía sufriendo desde larguísimo tiempo inundaciones causadas por lluvias excesivas, recuperó con alegría, al paso de su padre, la serenidad de su cielo. Haciendo cortejo a esas reliquias, el abate Godofredo y el obispo Geraldo, con numerosos señores y una incontable multitud de pueblo, llegaron a la basílica del Salvador, en Charroux. Los monjes del lugar y todo el pueblo vinieron a su encuentro a una milla de la ciudad y, celebrando con gran pompa este día de fiesta, entonando las antífonas a plena voz, los condujeron hasta el altar del Salvador. Y, pronunciada la misa, los acompañaron de la misma manera. Y, una vez en el interior de la basílica del santo Precursor, el obispo Geraldo celebró allí ante la cabeza del santo la misa de la Natividad de san Juan Bautista; pues era octubre. Los canónigos de San Esteban cantaron, alternándose con los monjes de San Marcial tropos y laudos como se acos-

tumbra en los días de fiesta; y después de la misa el obispo bendijo al pueblo con la cabeza de san Juan; y así llenos de vivo regocijo por los milagros realizados en el camino por san Marcial, todos regresaron, el quinto día previo a la fiesta de Todos los Santos. Hacia esta época, el santo confesor Leonardo, de Limoges, y el santo mártir Antonino, de Quercy, se hicieron notar por increíbles milagros y desde todas partes convergían los pueblos hacia ellos.

Maravillas

… Cuando las reliquias de san Cibardo fueron trasladadas al santo Precursor, se transportó al mismo tiempo el báculo de este santo confesor. Este báculo pastoral tiene la extremidad superior encorvada; y durante las horas de la noche hasta la salida del sol, se veía resplandecer en el cielo, por encima de las reliquias del santo, un bastón de fuego igualmente doblado en su extremidad superior; el prodigio duró hasta la llegada ante la cabeza de san Juan; y después de que san Cibardo realizase milagros curando a los enfermos, todos emprendieron la vuelta con gran alborozo. Mientras los canónigos de San Pedro de Angulema hacían el camino con sus reliquias, aquellos que las llevaban, cubiertos con túnicas consagradas, atravesaron un río profundo sin mojarse; como si hubieran marchado por terreno seco, no apareció sobre ellos, ni en sus ropajes ni en sus calzados, ningún rastro de agua.

Mientras tanto, después de ser suficientemente expuesta a la vista del pueblo la cabeza de san Juan, fue retirada por orden del duque Guillermo y colocada en la pirámide donde se hallaba primitivamente y en el interior de la cual se la conserva dentro de su relicario de plata suspendido de cadenetas del mismo metal. La propia pirámide es de piedra y está cubierta por paneles de madera enteramente revestidos de plata proveniente de aquella que el rey Sancho de Navarra ofreció en abundancia al bienaventurado Precursor.

Y en las grandes solemnidades, muchedumbres de fieles exaltados se apretujan en los pasillos de las criptas alrededor de los relicarios:

En mitad de Cuaresma, durante las vigilias nocturnas, cuando al entrar en ese mismo santuario una gran muchedumbre se apiñó en torno

a la tumba de san Marcial, más de cincuenta hombres y mujeres se pisotearon entre sí y expiraron en el interior de la iglesia; al día siguiente los enterraron.[6]

V. Milagros

En los más altos niveles de la conciencia religiosa puede resultar entonces indudable que los milagros no son necesarios a la fe ni a la salvación, que lo que cuenta es lo espiritual, y que lo maravilloso no es más que la espuma de lo eterno. Hervé, tesorero de San Martin de Tours, hizo reconstruir la basílica para depositar en ella el relicario del santo.

Cuentan que, unos días antes del traslado, Hervé rogó al Señor manifestara su afecto por esta iglesia su esposa, dignándose, como lo había hecho en otro tiempo, realizar por intermedio de san Martin algún milagro. Sumido estaba en su oración cuando el santo confesor se le apareció y se dirigió afectuosamente a él en estos términos:

"Lo que pides, queridísimo hijo, has de saber que es poco comparado con lo que el señor tiene el poder de acordarte; pero por el momento los milagros que se vieron antaño deberán bastar, pues lo más urgente es recoger la mies ya sembrada. Sólo los bienes que elevan a las almas deben ser objeto de las oraciones de todos. Para las almas, nunca olvides implorar la misericordia divina. Sabrás que por mi parte intercedo ante el señor en favor de los que, en el presente, sirven asiduamente a esta iglesia. Algunos de ellos, ocupados más de lo razonable en los asuntos de este mundo y además cumpliendo su servicio por las armas y la guerra, perecieron degollados en un combate. No te ocultaré que me dio mucho trabajo obtener de la clemencia de Cristo que se libraran de los servidores de las tinieblas y obtuviesen su lugar en los ámbitos del remozamiento y de la luz. En cuanto al resto, termina de cumplir tu voto, que es muy grato al señor".

El día señalado para la consagración, se vio arribar a los obispos y abates, así como a una incontable multitud de fieles hombres y mujeres, clérigos y laicos; antes de comenzar las ceremonias, el muy venerable

Hervé llevó aparte a los más santos de los sacerdotes presentes y se esmeró en transmitirles su visión. Cumplida la ceremonia según los usos y cuando todos los objetos de culto estuvieron colocados, el santo hombre comenzó a infligirse las mortificaciones de una vida más ascética todavía y a pasar su vida en soledad en una estrecha celda vecina a la iglesia recitando salmos y oraciones. Al cabo de cuatro años, sintió que pronto iba a dejar este mundo; su salud empeoraba cada día; muchos acudieron a visitarlo y, a juzgar por el mérito que veían en este hombre, daban por descontado que su muerte estaría marcada por algún milagro. Pero él, con sagacidad, los invitó a ocuparse en otra cosa y les previno que no debían esperar ningún signo extraordinario; y en rigor los conjuró a poner más celo en los ruegos por él al Señor santísimo. Cercana la hora de su muerte, con las manos y los ojos elevados al cielo, no cesaba de repetir: "¡Piedad, Señor! ¡Piedad, Señor!". Y, pronunciando estas palabras, exhaló el último suspiro; fue enterrado en esa misma iglesia en el mismo sitio en que antaño se encontraba la sepultura del bienaventurado Martin.[7]

Pero, en esta época, la fe del pueblo se alimenta de maravillas. La necesidad del prodigio, del contacto físico con las fuerzas sobrenaturales empuja a las multitudes a los santuarios favorecidos por la frecuencia de milagros y *martyria*. Esta inclinación irresistible y todos los favores que hacía posibles, explican el intenso comercio de reliquias y tantas supercherías por las que no todos los hombres de la época se dejaban engañar.

Imposturas

La autoridad divina, por voz de Moisés, hace a los judíos esta advertencia: "Si se encuentra entre vosotros un profeta que, hablando en el nombre de un dios cualquiera de los gentiles, predice algún suceso futuro y por azar este suceso ocurre, no creáis en ese hombre: pues es el Señor vuestro Dios quien os tienta para ver si lo amáis o no". Nuestro tiempo ofrece, en un caso diferente, un ejemplo del mismo valor. En la época que nos ocupa vivía un hombre del pueblo, astuto cambalachero, cuyo nombre y patria por lo demás se ignoraban; pues cambiaba constantemente de residencia para no ser reconocido, poniéndose nombres falsos y mintiendo sobre su provincia de origen. A escondidas, exhumaba de las tumbas huesos pertenecientes a difuntos muy recientes los metía en diversos cofres

y los vendía a cantidad de personas como reliquias de santos mártires o confesores. Tras cometer innumerables estafas en las Galias, tuvo que huir y llegó a la región de los Alpes, donde habitan las tribus estúpidas que de ordinario pasan su estancia en las montañas. Allí tomó el nombre de Esteban, así como en otros sitios se había hecho llamar Pedro o Juan. Y también allí, según su costumbre, fue de noche a recoger en un lugar de los más comunes los huesos de un hombre desconocido; los puso en un relicario y en una montura; pretendió saber, por una revelación que le habrían hecho los ángeles, que se trataba de los restos del santo mártir llamado Justo. Muy pronto, el pueblo se comportó como solía hacerlo en tales casos y todos los campesinos de espíritu basto acudieron al enterarse de la noticia; acongojados incluso si no tenían alguna enfermedad cuya curación pudiesen implorar. Trajeron a los inválidos, aportaron sus pobres ofrendas, esperando día y noche algún súbito milagro. Sin embargo, como hemos dicho, los espíritus malignos tienen a veces permiso para hacerlos. Son las tentaciones que los hombres se atraen por sus pecados. Se tuvo entonces un ejemplo manifiesto. Pues se vio toda clase de miembros torcidos enderezarse, y balancearse pronto en el aire exvotos de todas las formas. Sin embargo, ni el obispo de Maurienne, ni el de Uzès, ni el de Grenoble, cuyas diócesis servían de teatro a semejantes sacrilegios, pusieron ninguna diligencia en investigar el asunto. Preferían mantener coloquios en los que sólo se ocupaban de imponer al pueblo injustos tributos, y al mismo tiempo de favorecer esta superchería.

Entre tanto Manfredo, el riquísimo marqués, oyó hablar del asunto; envió su gente para que se apoderara de viva fuerza del ilusorio objeto de culto, ordenando que le trajeran lo que se tomaba por un venerable mártir. En efecto, este marqués había iniciado la construcción de un monasterio en el burgo fortificado de Suse, el más antiguo de los Alpes, en honor de Dios todopoderoso y de su Madre María siempre virgen. Tenía la intención, cuando el edificio estuviese terminado, de depositar allí a ese santo y todas las otras reliquias que pudiera encontrar. Muy pronto los trabajos de la iglesia quedaron terminados y él fijó el día de la consagración; invitó a los obispos de la vecindad, con los cuales vinieron el abate

Guillermo de Volpiano, ya tan frecuentemente nombrado, y algunos otros abates. Nuestro cambalachero también estaba ahí; se había ganado los favores del marqués prometiéndole descubrir en poco tiempo reliquias mucho más preciosas aún, procedentes de santos cuyos actos, nombres y detalles de su martirio, como todo el resto, inventaba embusteramente. Cuando los hombres más sabios le preguntaban en qué forma había aprendido tales cosas, soltaba ruidosas inverosimilitudes; también yo estaba ahí, que había venido tras mi abate tantas veces nombrado. Él decía:

"Por la noche se me aparece un ángel y me cuenta y me enseña todo lo que sabe que deseo saber; y se queda conmigo larguísimo rato hasta que lo invito a marcharse".

Como a estas palabras respondíamos preguntándole si veía esto despierto o dormido, añadió:

"Casi todas las noches el ángel me saca de mi cama sin que mi mujer lo advierta; y, tras una larga conversación, se despide de mí con un saludo y un beso".

Advertimos en estas palabras una torpe mentira y supimos que el hombre no era un hombre angélico sino un servidor del fraude y la malignidad.

Pero los prelados, al efectuar ritualmente la consagración de la iglesia objeto de su viaje, pusieron con las otras reliquias los huesos descubiertos por el sacrílego impostor, no sin gran alborozo de todo el pueblo que había acudido tras ellas en tropel. Ahora bien, esto sucedía el 16 de la calendas de noviembre. Se había elegido ese día porque los partidarios de la superchería pretendían que se trataba de los huesos del propio san Justo, quien sufrió el martirio en esa fecha en la ciudad de Beauvais, Galia y cuya cabeza fue trasladada y está conservada en Auxerre, donde el santo nació y fue criado. Pero yo, que me había dado cuenta de todo, dije que eran puros cuentos. Además, los personajes más distinguidos habían descubierto la impostura y suscribían mi opinión. Ahora bien, a la noche siguiente, unos monjes y otras personas religiosas tuvieron en esta iglesia

apariciones monstruosas; y del relicario que encerraba la osamenta vieron surgir figuras de siniestros negros que se retiraron de la iglesia. Pero desde entonces, por más que muchas personas provistas de buen sentido condenaran a la abominación la detestable superchería, ello no impidió a la multitud campesina venerar en la persona del corrupto cambalachero el nombre de un hombre injusto como si hubiese sido justo mismo, ni perseverar en su error. En cuanto a nosotros, hemos contado esta historia para que se tenga cuidado con las formas tan variadas de las supercherías diabólicas y humanas que abundan por todo el mundo; y que tienen particular predilección por esas fuentes y esos árboles que los enfermos veneran sin discernimiento.[8]

Victorias del culto de las reliquias

El curso de tales creencias mostraba ser a veces tan poderoso que hasta los más sabios se dejaban ganar por él. Bernardo, maestro de las escuelas de Angers, cuando descubrió Aquitania, al principio quedó profundamente impresionado ante las formas que adoptaba en esta región la devoción popular por las reliquias. Los primeros relicarios antropomórficos que vio parecieron ídolos a sus ojos, tan perniciosos como las estatuas del paganismo. Pero, muy pronto, él mismo quedó cautivado. Esto es lo que aparece en los *Milagros de santa Fe*:

QUE ESTÁ PERMITIDO, A CAUSA DE UNA COSTUMBRE INDESARRAIGABLE DE LAS PERSONAS SIMPLES, ELEVAR ESTATUAS DE SANTOS PORQUE DE ELLAS NO RESULTA NINGÚN DAÑO PARA LA RELIGIÓN; Y DE UN EJEMPLO DE VENGANZA CELESTE.

Existe un hábito venerable y antiguo tanto en los países de Auvergne, Rodez y Toulouse, como en las regiones vecinas: cada cual eleva a su santo, según sus recursos, una estatua de oro, plata u otro metal en la que se encierra o bien la cabeza del santo, o bien alguna otra parte venerable de su cuerpo. Debido a que esta práctica parecía con razón supersticiosa a las personas eruditas —pensaban que en ellas se perpetuaba un rito del culto de los antiguos dioses o más bien de los demonios— creí yo también, ignorante, que la costumbre era mala y totalmente contraria a la religión cristiana, cuando contemplé por primera vez la estatua de san Geraldo instalada sobre un altar. Estatua notable por su oro finísimo y sus piedras de gran valor y que reproducía con tamaño arte los rasgos de un rostro humano que los campesinos que la miraban se sentían atrave-

sados por una mirada clarividente y creían apreciar a veces, en los rayos que sus ojos despedían, el índice de un favor más indulgente a sus votos. Muy pronto, sonriéndome y mismo de mi error, me vuelvo hacia mi compañero Bernier y le dirijo en la latín estas palabras: "¿Qué piensas, hermano, de este ídolo? ¿Júpiter o Marte no habrían aceptado una estatua parecida?". Bernier entonces, ya guiado por mis palabras, respondió con mucho ingenio, disimulando la crítica bajo la alabanza. No estaba equivocado. Pues allí donde se rinde al Dios único, todopoderoso y verdadero un justo culto, parece nefasto y absurdo fabricar estatuas de yeso, madera o metal, salvo cuando se trata del señor en la cruz. Que se moldee con piedad una tal imagen para hacer vivir el recuerdo de la Pasión del señor, sea con cincel, sea con pincel, esto la santa Iglesia Católica lo permite. Pero el recuerdo de los santos, los ojos humanos no deben contemplarlo más que en los relatos verídicos o en las figuras pintadas sobre las paredes, en colores oscuros. No tenemos razón de aceptar las estatuas de santos, si no es por la fuerza de un abuso antiguo y de una costumbre fijada de manera inextirpable entre las personas simples. Este abuso tiene tal fuerza en los lugares de los que hablé, que si entonces yo hubiera dado en voz alta mi opinión sobre la estatua de san Geraldo, tal vez me habrían castigado como a un criminal

Por fin, al tercer día llegamos ante santa Fe. Ocurrió por azar y por suerte que, cuando entramos al monasterio, el sitio retirado donde se guarda la venerable imagen estaba abierto. Al llegar ante ella, estábamos tan apretados a causa del gran número de fieles prosternados, que nosotros mismos no pudimos inclinarnos. Esto me enfadó y permanecí de pie mirando la imagen. En estos términos exactos formulo mi oración: "Santa Fe, tú cuya reliquia reposa en este simulacro, socórreme el día del Juicio". En ese momento echo una mirada disimulada y sonriente a mi alumno Bernier. Yo pensaba entonces que era verdaderamente inepto y ajeno al sentido al que tantos seres dotados de razón suplicasen a un objeto mudo y desprovisto de inteligencia. Pero eran ésas palabras vanas, concepción mezquina, que no brotaban de un corazón recto: la sagrada imagen no es tratada como un ídolo con sacrificios, sino que se la reve-

rencia en recuerdo de la venerable mártir en nombre de Dios todopoderoso. Pero yo, al despreciarla como si fuera Venus o Diana, la traté de simulacro.

Y me arrepentí después, amargamente, de mi estúpida conducta para con la santa de Dios. El reverendo Augier, hombre probo y venerable, deán en ese momento (supe que poco después se hizo abate) me contó, entre otros milagros, la aventura del clérigo Ulrico. Este hombre se creía sensiblemente más sabio que los demás: un día en que se debió trasladar la santa imagen a otros sitios, se trastornó tanto que, deteniendo la procesión de los peregrinos, despotricó contra la santa mártir y formuló incontables sandeces sobre su imagen.

A la noche siguiente, renunciaba a sus piernas reventadas de fatiga cuando le pareció que una señora se le aparecía en sueños exhibiendo una majestad aterradora. "Pues bien, dijo ella, miserable, ¿cómo te has permitido denigrar mi imagen?". Tras pronunciar estas palabras, pegó a su enemigo con la vara que se veía en su mano y lo dejó. Durante el resto de su vida acontó él esta historia para la posteridad. Así pues, no queda ningún argumento para discutir si la estatua de santa Fe debe ser venerada, puesto que está claro que sus detractores atacan en realidad a la propia santa mártir; agrego que no se trata de un ídolo impío propiciando un rito de sacrificio o adivinación, sino del devoto monumento de una virgen santa ante el cual los fieles hallan con más dignidad y abundancia la compunción que los hace implorar para sus pecados su poderosa intercesión. Esta es quizá la explicación más sensata. Ciertamente, tal envoltura de reliquias santas se fabrica con forma de figura humana cualquiera según el deseo del artista, pero contiene un tesoro mucho más valioso que antaño el arca de la Ley. Si es verdad que en esa estatua se conserva intacta la cabeza de una mártir tan grande, está fuera de dudas que allí se tiene una de las más bellas perlas de la Jerusalén celeste. Y la bondad suprema opera incluso, en virtud de sus méritos, tales milagros que no hemos podido hallar su equivalente en nuestra época en ningún otro santo por testimonio directo o indirecto.

Por consiguiente, la estatua de santa Fe no contiene nada que *exija interdicción o censura, puesto que, al parecer, con ella no se reincidió en ningún error antiguo, los poderes de los santos no fueron reducidos y la religión no sufrió perjuicio alguno* .[9]

Milagros de santa Fe

Bernardo, por fin convencido, aplicó pu es su talento a relatar los asombrosos prodigios que la osamenta, encerrada en la estatua de oro, suscitaba a su alrededor.

DE LOS BRAZALES DE ORO

Añado ahora que nadie pudo enumerar todos los milagros que el señor se dignó operar por intermedio de santa Fe; los que la memoria conservó, un solo hombre no bastaría para escribirlos. Quiero no obstante añadir unas palabras sobre los hechos ya conocidos de que me hablaron, a fin de que no se me acuse de mutismo por culpa de una discreción excesiva, ni de importuno por mi prolijidad. Conozco el antiguo refrán: "Todo lo que es raro es precioso". Es así que sólo escribo un pequeño número de hechos destinados a la edificación del conjunto de la comunidad, por darles valor. Cristo me perdonará la falta de dejar en silencio, voluntariamente, un gran número de milagros.

Se trata de Arsinda, esposa del conde Guillermo de Toulouse, hermano de aquel Pons que fue muerto por astucia, después de estos sucesos, por su yerno Artaud. Esta mujer llevaba unos brazaletes de oro o, mejor dicho, ya que montaban hasta el codo, unos brazales magníficos maravillosamente cincelados y ornados de piedras preciosas. Una noche en que descansaba sola en su noble lecho, ve aparecer en sueños a una bellísima muchacha. Sin dejar de admirar su extraordinaria hermosura, le hace esta pregunta:

"Dime, oh señora, ¿quién eres?".

Con dulce voz, santa Fe respondió:

"Soy santa Fe, mujer, no lo dudes".

Arsinda, de inmediato, con voz suplicante le dijo:

"Oh, santa señora, ¿por qué te has dignado venir a una pecadora?". Santa Fe hizo conocer entonces a su interlocutora el motivo de su llegada:

“Dame, dijo, los brazales de oro que posees; dirígete a Conques y depositalos en el altar del santo Salvador. Pues ése es el motivo de mi aparición”.

Ante estas palabras, la mujer, advertida, no queriendo dejar escapar tamaño don sin ser compensada, replicó: “Oh, santa señora, si por tu intercesión Dios me concede un hijo, ejecutaré contenta lo que me ordenas”.

Santa Fe le respondió:

“El Creador todopoderoso lo hará muy fácilmente por su sierva, a condición de que no me niegues lo que te pido”.

La mujer, al día siguiente, tomando a pecho esta respuesta, indagó con celo sobre el país en que está situado el burgo llamado Conques: en esa época, en efecto, la reputación del poder singular de Conques no había pasado, salvo en raros casos, su territorio. Unos iniciados le informaron y ella llevó a cabo en persona la peregrinación; llevando los brazales de oro con gran piedad, los ofreció a Dios y a la santa. La digna mujer pasó las fiestas de la Resurrección del Salvador en esos sitios participando y realzando la ceremonia con su presencia; luego volvió a su país. Acto seguido vio realizarse la promesa hecha por la aparición y trajo al mundo un varón. Nuevamente encinta, dio a luz un segundo hijo y sus nombres fueron: para el mayor Raimundo y para el segundo Enrique.

Seguidamente, los brazales fueron fundidos para fabricar un retablo. [10]

DE UNA VENGANZA CELESTE CONTRA PERSONAS QUE QUERÍAN ROBAR EL VINO DE LOS MONJES

…El caballero Hugo, que ejerce el poder en este burgo, ordenó a dos criados y luego a un tercero apoderarse del vino de los monjes, almacenado en el dominio de Molières. Este dominio se hallaba próximo al burgo en cuestión: la distancia no superaba las dos millas.

Los siervos se separaron y recorrieron los diferentes caminos que había entre las casas del pueblo, buscando carretillas donde transportar el vino; el primero de ellos, un tal Benito, se cruzó con un inocente campesino

que lo exhortó con todo su corazón a no llevar a término la mala acción emprendida. Pero él respondió, dicen, de esta manera blasfematoria: "¿Así que santa Fe bebe vino? ¡Qué idiotez! ¿Ignoras que quien no bebe vino no lo necesita?". Desdichado el que es ajeno a la significación propia de las palabras e ignora que quien agravia a los ministros de los santos, lesiona con toda evidencia a los santos mismos y atenta no sólo contra éstos sino también contra el señor Cristo, el cual padece los sufrimientos en el cuerpo de otro y del que los santos no son otra cosa que miembros íntimamente ligados a él. Como se le dijo que el guardián de la bodega no se encontraba, se jactó de llevar la tranca en la punta del pie y dijo que en ninguna parte los batientes eran tan sólidos que no se los pudiese partir con sólo dar una patada. Mientras hablaba y sin hacer el menor esfuerzo, sacudió la pared de la casa en que entraba, mostrando con evidencia el vigor con el que iba a derribar las puertas de la bodega. Sin embargo, cuando se puso a patear por segunda vez, su rodilla se aflojó y sus nervios, paralizados por su propia mezcla, perdieron toda capacidad de movimiento y quedaron completamente rígidos; inmovilizadas las articulaciones, se desplomó miserablemente en el suelo. El orificio inmundo se ensanchó hasta la oreja; las porquerías salieron de su vientre y, derramadas de manera innoble, claramente se vio cuán horrenda y punzante era su angustia. El desdichado, torturado así por un suplicio espantoso, arrastró su miserable existencia sólo dos días más.[11]

DE UN MULO RESUCITADO

La manifestación de la omnipotencia divina en oportunidad de la resurrección de un mulo por mediación de santa Fe, no es menos digna de encomio y publicación. Es impropio que una criatura razonable enrojezca al contar lo que el Creador supremo no tuvo vergüenza de hacer. No ha de sorprendernos que el Creador misericordioso de los seres vele por sus criaturas de toda especie, pues está escrito: "Señor, socorrerás a bestias y gentes". La historia que voy a contar es de esta clase.

Un caballero del país tolosano llamado Bonfils (su hijo, que aún vive, es conocido por el mismo nombre), acudía al lugar consagrado a la Santa cuando, a unas dos millas del burgo de Conques, su montura, herida no

sé cómo, cayó muerta en redondo. Bonfils llamó a dos campesinos para que desollaran al animal. En cuanto a él, que había hecho el viaje por amor a la Santa, continuó hasta el santuario: allá, echándose por tierra, prodigó sus rezos y expuso sus votos. Al final, se quejó ante la estatua dorada de la santa mártir por la pérdida de su mulo. Pues justamente se trataba de un mulo notable, casi incomparable, y fue precisamente cuando él se entregaba a las obras piadosas cuando el enemigo, victorioso, le había hecho este daño. La solidez de esta fe merece alta exaltación; pues cuando el hombre acabó su oración, el mulo, deshaciéndose de los dos campesinos que lo tenían por las patas para desollarlo, se incorporó, oh milagro, con un salto pleno de vida y, galopando a través de las colinas por la huella de sus compañeros de viaje, irrumpió en el burgo.

[...] Hace algún tiempo, un grupo de angevinos emprendió viaje para realizar sus devociones en esa ciudad célebre y poblada cuyo nombre antiguo casi se ha borrado (salvo error, era Anicium), pero el pueblo la llama "Nuestra Señora del Puy". Aquí, las personas de que hablamos se encontraron con un individuo impío y hereje que declaraba residir en las cercanías de Conques. Enterado de que se trataba de angevinos: "¿Conocéis, les dijo, a un tal Bernardo que al regresar este año de Conques dejó ahí no sé cuántos escritos mentirosos sobre santa Fe? ¿Qué razonamiento podrá conceder fe alguna vez a historias de ojos arrancados y vueltos a colocar o de animales resucitados? He oído sin duda atribuir a santa Fe, como a los otros santos, otros prodigios, incluso extraordinarios. ¿Pero por qué razón, por qué necesidad habría resucitado Dios a las bestias? Cuando se tiene buen sentido, no se puede ni debe resolver tamaños enigmas".

¡Ciego e insensato el hombre que así habla! Tiene el corazón de piedra aquel que transforma en tinieblas la luz recibida, desdichado que conserva intacto, después de las aguas del bautismo, el viejo hombre salido del seno materno, intacto, pero mucho peor aún tras la regeneración del Espíritu. Si este hombre hubiera vivido en tiempos de la Pasión del Señor, seguramente habría negado con los judíos la resurrección de Lá-

zaro o la curación de la oreja cortada. Si este hombre se ha mostrado como hijo del Diablo, enemigo de la Verdad, servidor del Anticristo.[12]

Milagros de san Benito

San Benito no procede de otro modo que santa Fe contra quienes atentan contra sus derechos:

En la región borgoñona, en el territorio de Troyes, había un dominio perteneciente a san Benito, llamado Taury, que un procurador [señor que asume la guarda de una propiedad eclesiástica] llamado Godofredo defendía contra los intrusos del exterior, pero que también él mismo devastaba con más violencia que cualquier extranjero. Los monjes solían exhortarlo a abstenerse de tales fechorías, pero él no les hacía caso. Así pues, el santo padre Benito obtuvo de Dios que este hombre fuese golpeado por el látigo del castigo antes de que el fundo desapareciese por su malicia. Un día en que residía en su propia morada, en el interior de dicha ciudad de Troyes, y en que ejercía la justicia sobre los campesinos, un perro negro, totalmente rabioso, se aproximó y, sin tocar a ningún otro de la asistencia, se arrojó sobre él, le desgarró la nariz y la cara con sus mordeduras y se alejó. Enloquecido, el procurador fue llevado por sus amigos a la basílica de san Denis; recobró un poco, no por completo, sus facultades y volvió a su casa. Como a los males que infligía a los pobres de san Benito añadía otros peores, fue tomado por un demonio, encadenado y encerrado en una pequeña habitación donde exhaló el último suspiro. Todos quienes le conocían dijeron que había sufrido este destino a causa de su crueldad para con los campesinos del precioso confesor Benito. [13]

Puesto que el universo forma un todo coherente, puesto que contiene una inmensa porción de invisible y puesto que reflejos, señales, llamadas, venidos de estas provincias misteriosas, resuenan en el seno de las apariencias sensibles, corresponde a los hombres de Iglesia, que tienen la misión de mediar entre lo sagrado y lo profano, estar atentamente al acecho de todas estas advertencias. Sin duda son, ante todo, sensibles al orden que rige todo el mundo creado, y para ellos la historia, normalmente, sigue un curso regular como el de los astros, estable como debería serlo el poder imperial. Sin embargo, es evidente que este orden a veces se trastorna que en el agua, el aire, la tierra o el fuego, o en los humores del hombre, se manifiestan alteraciones, que la trayectoria de un cometa viene a cortar los círculos concéntricos donde se mueven la estrellas y que la guerra rompe con frecuencia el equilibrio político. Tales sucesos revelan,

en la superficie de las apariencias, los conflictos, las agitaciones secretas de las que es sede, en sus profundidades, el mundo invisible. Y el trastorno que ellos hacen patente es el del propio Dios. Es decir que conciernen directamente a cada hombre y a su salvación. He aquí por qué razón los escritores del Año Mil, acostumbrados a la exégesis, preparados por el estudio de la gramática y de la música a percibir armonías y correspondencias, persuadidos todos ellos de la cohesión cósmica y viviendo a la espera del fin de los tiempos, se dedicaron a registrar lo insólito y darle un sentido. Y por eso su relato toma el aspecto de un entramado de prodigios.

4. Los prodigios del milenario

I. Los signos en el cielo

Los relatos de los historiadores antiguos, cuyo texto sirve al estudio de la gramática, acostumbraron hallar natural que la muerte de los héroes, es decir de los santos, el emperador y los reyes, viniese acompañada por un cortejo de fenómenos inhabituales. Así, parece en todo normal que, en memoria de Cristo, el tiempo del milenario sea el de los mayores prodigios. El orden del mundo se muestra entonces perturbado por trastornos diversos pero vinculados entre sí. No es, en absoluto, que se encadenen mediante una serie de relaciones causales. Estos trastornos se corresponden entre sí, son hermanos: proceden todos de un mismo y harto profundo malestar.

Cometas

La alteración es, en primer lugar, cósmica. Los analistas siempre habían registrado cuidadosamente los meteoros. Raoul Glaber y Ademar de Chabannes dedican amplio espacio al cometa de 1014, y asocian con este signo de fuego los incendios que estallaron conjuntamente.

Durante el reinado del rey Roberto apareció en el cielo, del lado de Occidente, una de esas estrellas que llaman cometas; el fenómeno comenzó en el mes de septiembre, en un anochecer, y duró cerca de tres meses. De intenso brillo sus destellos, el cometa llenaba de luz una vasta porción del cielo y se ocultaba con el canto del gallo. En cuanto a saber si se trataba de un a estrella nueva que Dios enviaba, o de un a estrella cuyo resplandor Él había simplemente multiplicado como señal milagrosa, esto sólo puede saberlo Aquel que en su sabiduría gobierna todas la cosas mejor que cuanto pudiéramos expresarlo. Lo que no obstante no deja dudas es que, cada vez que los hombres ven producirse en el mundo un prodigio de esta clase, poco después se abate visiblemente sobre ellos algo asombroso y terrible. En efecto, pronto destruyó un incendio la iglesia de san Miguel Arcángel, que se levanta sobre un peñasco al borde del mar Océano y que es objeto hasta hoy de la veneración del mundo entero.[1]

En esa época, un cometa que tenía la forma de una espada, pero más ancho y más largo, apareció en el septentrión durante varias noches del

verano; y hubo en Galia y en Italia muchas ciudades, castillos y monasterios destruidos por el fuego, entre los que se hallaba Charroux, que fue, junto con la basílica del Salvador, presa de las llamas. De igual modo, la iglesia Santa Cruz de Orleans, el monasterio de Sen Benito de Fleury, y muchos otros santuarios, fueron devorados por el fuego.[2]

Eclipses

El mismo año del milenario de la Pasión, el 29 de junio de 1033, tuvo lugar el eclipse de sol del que también hablan Sigeberto de Gembloux y los Anales de Benevento, quienes lo llaman "muy tenebroso".

Ese mismo año, el milésimo de la Pasión del Señor, el tercer día de la calendas de julio, un viernes vigésimo octavo día de la luna, se produjo un eclipse u oscurecimiento del sol que duró desde la sexta hora de ese día hasta la octava y fue verdaderamente terrible. El sol tomó el color del zafiro y llevaba en su parte superior la imagen de la luna en su primer cuarto. Los hombres, al mirarse unos a otros, se veían pálidos como muertos. Todas las cosas parecían inmersas en un vapor azafranado. Entonces, un estupor y un espanto inmensos se apoderaron del corazón de los hombres. Bien comprendían que este espectáculo presagiaba que alguna lamentable plaga iba a abatirse sobre el genero humano. Y, en efecto, el mismo día, que era el del nacimiento de los apóstoles, en la iglesia de san Pedro algunos de la nobleza romana, conjurados, se alzaron contra el papa de Roma, pretendieron darle muerte y, aun que no lo consiguieron, lo expulsaron empero de su sede…

Por otra parte, se vio entones en todo el mundo, tanto en los asuntos eclesiásticos como en los seculares, muchos crímenes contra el derecho y la justicia. Una codicia desenfrenada hacía que no fuera posible hallar en casi nadie esa fe para con los otros que es el fundamento y sostén de toda buena conducta. Y para que fuese más evidente que los pecados de la tierra repercutían en los cielos: "la sangre cubrió a la sangre", como gritó el profeta ante las continuas iniquidades de su pueblo. Desde entonces, en efecto, en casi todos los órdenes de la sociedad, la insolencia se puso a cundir, la severidad y las reglas de la justicia atenuaron su rigor, de suerte que se pudo aplicar muy exactamente a nuestra generación las palabras

del apóstol: "Se oye hablar entre vosotros de fechorías desconocidas entre los pueblos". Una avidez descarada invadía el corazón humano, y la fe desfallecía en nosotros. De ahí nacían los pillajes y los incestos, los conflictos de ciegas codicias, los robos y los infames adulterios. ¡Ay!, a nadie le horrorizaba confesar lo que pensaba de sí mismo. Y, a pesar de esto, nadie se corregía de su funesta costumbre del mal.[3]

Combates de estrellas

Sucedió incluso, como observó Ademar de Chabannes en 1023, que las estrellas combatieran entre sí como lo hacían en ese mismo momento las potencias de la tierra.

En esos días, corriendo el mes de enero, hacia la sexta hora, se produjo un eclipse de sol de una hora; la luna también padeció entonces trastornos frecuentes, volviéndose una veces del color de la sangre, otras de azul oscuro y otras desapareciendo. Se vio también, en la parte austral del cielo, en el signo del León, dos estrellas que lucharon entre sí durante todo el otoño; la más grande y luminosa venía del Oriente, la más pequeña del Occidente. La más pequeña corría como furiosa y espantada hasta la más grande, que no le permitía acercarse sino que, golpeándola con su melena de rayos, fa rechazaba a lo lejos hacia el Occidente.

En el tiempo que siguió murió el papa Benito, al que sucedió Juan. Basilio, emperador de los griegos, murió y su hermano Constantino se hizo emperador en su lugar. Heriberto, arzobispo de Colonia, abandonó la vida humana y, una vez muerto, se hizo notar por sus milagros. El emperador Enrique murió a su vez sin dejar hijos, y dejó la insignias imperiales a su hermano Bruno, obispo de Augsburgo, y al arzobispo de Colonia así como al de Maguncia, para que eligiesen después de él un emperador. Los obispos reunieron una asamblea de todo el reino y ordenaron letanías y ayunos para granjearse el favor del Señor en este asunto. Los pueblos eligieron a Conrado, sobrino del difunto emperador Enrique. Los obispos, mejor inspirados, eligieron a otro Conrado, esposo de una sobrina de Enrique, porque tenía un carácter enérgico y un juicio muy recto. Lo ordenaron en el estado real por el óleo de la consagración en Maguncia, y le entregaron el cetro, la corona y la lanza de san Mauricio. Cerca de Semana Santa, el príncipe marchó sobre Roma con un ejército innumerable; los ciudadanos romanos se negaron a abrirle; viendo que no lograría entrar sin una gran masacre de hombres, el emperador Conrado no quiso manchar con sangre humana la fiesta de Semana Santa y se quedó en Ravena. Fue allí donde el señor papa le aportó la corona imperial y, el día de Pascua, lo coronó con sus manos emperador de los romanos. Al año siguiente, en ese mismo día de Pascua, el señor emperador Conrado hizo coronar a su hijo en Aix-la-Chapelle. Este rey coronado era entones muy pequeño y se llamaba Enrique. A la ceremonia asistieron obispos venidos tanto de Italia como de Galia. Así Conrado, por opinión del papa de Roma y de todos los obispos y grandes del reino, que lo veían provistos de la balanza de la justicia, asumió el Imperio. Sin embargo, aquel Conrado más joven elegido por los sufragios del pueblo enceguecido, emprendió contra él la guerra civil; pero el emperador consiguió capturarlo vivo y lo mantuvo en prisión to-

do el tiempo que lo creyó oportuno. Estos acontecimientos habían sido anunciados en los astros por el signo de la grande y de la pequeña estrella.[4]

II. Desórdenes biológicos

Monstruos

El trastorno repercute en los seres vivos y se manifiesta por la aparición de monstruos que anuncian también ellos discordias.

El cuarto año del milenario se vio una ballena de increíble grosor que surcaba las aguas sen el lugar llamado Berneval yendo desde las regiones del septentrión hacia las del occidente. Apareció una mañana de noviembre, al alba, semejante a una isla, y se la vio proseguir camino hasta la tercera hora del día, arrojando estupor y asombro en el espíritu de los espectadores. Tras la aparición de este presagio marino, el tumulto de la guerra comenzó súbitamente en toda la extensión del mundo occidental a la vez en los países de la Galia y en las islas de ultramar, la de los anglios, los bretones y los escoceses. Como ocurre tan a menudo, las fechorías del pueblo más pequeño sumieron en la discordia a los reyes y otros señores; llevados por la indignación, comienzan entonces a asolar las poblaciones y acaban finalmente por degollarse unos a otros.

Epidemias

Pero la complexión del hombre, ese microcosmos, también está sometida al desorden. El género humano, en primer lugar, se encuentra afectado en su estructura corporal. Bien sabemos que las epidemias y el hambre eran fenómenos normales en una cultura material de un nivel tan primitivo y entre poblaciones que padecían una completa indigencia. No obstante, en estas calamidades los contemporáneos vieron prodigios, signos entre otros, y asociados a los otros, del desarreglo general al que se abandonaba el universo.

En 1045, en la Francia del Norte, los príncipes y entre ellos el rey de Francia, no habían respetado la paz:

Un secreto juicio del Señor hizo que la venganza divina se abatiera sobre sus pueblos. Un fuego mortal comenzó a devorar muchas víctimas, tanto entre los grandes como en la clases medias e inferiores del pueblo; y

reservó algunas de ellas, amputadas de una parte de sus miembros, para ejemplo de las generaciones siguientes. Al mismo tiempo, la población de casi todo el mundo padeció graves penurias por la escasez de vino y de trigo.

Ya en 997, castigados por una epidemia semejante, el *mal des ardents* [forma de erisipela gangrenosa], los pueblos encontraron como único apoyo el de las potencias sobrenaturales encerradas en los relicarios.

En esa época hacía estragos entre los hombres un flagelo terrible, un fuego oculto que, cuando arremetía contra un miembro, lo consumía y lo separaba del cuerpo; en el espacio de una noche, la mayoría eran devorados completamente por esta horrenda combustión. Se halló entonces en la memoria de numerosos santos el remedio para peste tan aterradora; las muchedumbres acudieron sobre todo a las iglesias de tres santos confesores. Martín de Tours, Ulrico de Bayeux y por fin nuestro venerable padre Maïeul (de Cluny); y con su acción bienhechora encontraron la curación anhelada.[5]

En ese tiempo, el mal des ardents *se encendió entre los lemosinos. Un número incalculable de hombres y mujeres vieron consumirse su cuerpo por un fuego invisible y desde todas partes la lamentación cubría la tierra. Entonces Godofredo, abate de San Marcial que había sucedido a Guigue, y el obispo Audouin se concertaron con el duque Guillermo y ordenaron un ayuno de tres días a los lemosinos. Todos los obispos de Aquitania se reunieron en Limoges; allí fueron traídos de todas partes los cuerpos y reliquias de los santos; el cuerpo de san Marcial, patrono de la Galia, fue sacado de su sepulcro; una alegría inmensa invadió al mundo entero y por doquier el mal detuvo completamente su devastación; y el duque y los grandes concluyeron juntos un pacto de paz y de justicia.*[6]

Hambres

El propio Raoul Glaber pudo observar en 1033 el hambre que asoló la comarcas de Borgoña; la descripción que hizo de ella alcanzó justa celebridad:

En la época siguiente, el hambre comenzó a extender sus estragos por toda la tierra y se temió que el género humano fuera a desaparecer casi entero. Las condiciones atmosféricas se hicieron tan desfavorables que no se presentaba tiempo propicio para ninguna siembra y, sobre todo a causa

de las inundaciones, era imposible levantar las cosechas. En verdad se hubiese dicho que los elementos hostiles combatían entre sí; y no es dudoso que ejercían venganza por la insubordinación de los hombres. Lluvias continuas empaparon la tierra entera hasta el punto de que durante tres años no fue posible cavar surcos capaces de recibir la semilla. En el tiempo de la siega, las malas hierbas y la triste cizaña habían cubierto toda la superficie de los campos. Un moyo de simiente, donde mejor rendía, daba a recoger un sextario, y el propio sectario producía apenas un puñado. Esta vengadora esterilidad había tenido origen en la comarcas del Oriente; devastó Grecia, llegó a Italia y, desde ahí, pasó a la Galia, cruzó este país y alcanzó a las tribus de los ingleses. Como la escasez golpeaba a la población entera, los grandes y los de la clase media enflaquecían con los pobres; los pillajes de los poderosos debieron interrumpirse ante la indigencia universal. Si por azar hallaba alguien en venta algún alimento, quedaba al arbitrio del vendedor tomar el precio o exigir más. En muchos lugares, un moyo se vendía a sesenta cuartos y un sextario a quince. Entre tanto, une vez que fueron comidas fas bestias salvajes y los pájaros, los hombres se pusieron a recoger, bajo el imperio de un hambre devoradora, toda clase de carroñas y cosas horribles de decir. Algunos recurrieron, para escapar de la muerte, a las raíces de los bosques y a las hierbas de los ríos; pero en vano: el único recurso contra la venganza de Dios es ensimismarse. Finalmente, cundió el horror ante el relato de las perversidades que reinaron entones sobre el género humano. ¡Ay!, cosa rara vez oída en el curso de los tiempos, un hambre rabiosa empezó a los hombres a devorar carne humana. Los viajeros eran raptados por individuos más robustos que ellos, los que descuartizaban sus miembros, los cocían al fuego y los devoraban. Muchas personas que, huyendo del hambre, se trasladaban de un lugar a otro y en el camino hallaban hospitalidad, durante la noche fueron degolladas y sirvieron de alimento a quienes las habón albergado. Muchos atraían a los niños a lugares apartados, mostrándoles una fruta o un huevo, y los masacraban y devoraban. En muchos sitios los cuerpos de los muertos fueron arrancados a la tierra y sirvieron igualmente para aplacar el hambre. Este furor insensato adqui-

rió tales proporciones que las bestias que andaban sueltas estaban más amenazadas por los hombres que por los ladrones. Como si ya fuera usual comer carne humana, hubo alguien que la trajo toda cocida para venderla en el mercado de Tournus, como hubiese hecho con la carne de algún animal. Una vez apresado, no negó su vergonzoso crimen; acabó maniatado y entregado a las llamas. Otro fue de noche a desenterrar esa carne que habían sepultado en el suelo, la comió y fue quemado a su vez.

Existe une iglesia, distante unas tres millas de la ciudad de Mâcon, situada en el bosque de Châtenet, solitaria y sin parroquia y dedicada a san Juan; cerca de esta iglesia, un hombre salvaje instaló su cabaña; a todos los que pasaban por allí o se presentaban en su vivienda, los degollaba y convertía en abominables comidas. Ahora bien, llegó un día en que un hombre vino con su mujer a pedirle hospitalidad y tomó en su casa algún reposo. He aquí que al pasear su mirada por todos los rincones de la cabaña, vio cabezas cortadas de hombres y de mujeres y de niños. De inmediato palideció, procurando salir; pero el nefasto ocupante de la cabaña se opuso y lo hizo quedarse por la fuerza. Espantado por esta trampa mortal, nuestro hombre pudo reducir al otro y junto con su mujer alcanzaron a toda prisa la ciudad. Al llegar, contó lo que habla visto al conde Otón y a los otros ciudadanos. Éstos enviaron sin tardanza a varios hombres para que verificaran si era cierto; partieron a toda prisa, hallaron al sanguinario individuo en su cabaña con las cabezas de cuarenta y ocho víctimas, cuya carne ya había sido engullida por su hocico bestial. Lo condujeron a la ciudad, donde le ataron a un poste en un granero y después, como lo vi con mis propios ojos, lo quemaron.

Se hizo entonces en la misma región una experiencia que, por lo que sé, todavía no se había intentado nunca en ningún sitio. Muchas persona extraían del suelo une tierra blanca parecida a la arcilla, la mezclaban con lo que tenían de harina o de salvado, y con esta mezcla hacían panes suponiendo que, de este modo, no morirían de hambre; así se procuraban la esperanza de sobrevivir, pero no un alimento real. Lo único que se veía eran caras pálidas y demacradas; muchos tenían la piel estirada por las hinchazones; hasta la voz humana se volvía aguda, semejante

a pequeños gritos de pájaros agonizantes. Los cadáveres de los muertos, que por su cantidad eran dejados aquí y allá sin sepultura, servían de pitanza a los lobos, los que después siguieron buscando mucho tiempo a sus presas entre los hombres. Y puesto que no se podía, como he dicho, enterrar a cada uno individualmente a causa del gran número de muertos, en ciertos lugares hombres temerosos de Dios cavaron lo que llaman comúnmente fosas comunes, en las que se arrojaban los cuerpos de los difuntos de a quinientos o más, mientras quedara espacio, mezclados, en desorden, semidesnudos o incluso sin ningún velo: las encrucijadas y los lindes de los campos servían también de cementerios. Algunos oían decir que se hallarían mejor si se trasladaban a otras comarcas, pero muchos eran los que perecían de inanición en el camino.

El mundo, como castigo por los pecados de los hombres, fue presa de este azote de penitencia durante tres años. Se quitaron entonces, para venderlos en provecho de los indigentes, los ornamentos de las iglesias; se dispersaron los tesoros que, como se ve en los decretos de los Padres, se habían formado antaño con ese efecto. Pero aún quedaban demasiados crímenes por vengar; y casi siempre el numero de indigentes superó la posibilidades de los tesoros de las iglesias. Ciertos hambrientos estaban tan profundamente minados por la falta de comida que, si por azar hallaban con qué alimentarse, se hinchaban y morían ahí mismo. Otros, crispando sus manos sobre los alimentos, intentaban llevárselos a la boca pero sucumbían de impotencia, sin fuerzas para ejecutar lo que ansiaban. ¡Cuánto dolor, cuántas aflicciones, cuántos llantos, cuántas quejas para quienes vieron tales rosas, sobre todo entre los hombres de iglesia, obispos y abates, monjes y monjas, y en general entre todos aquellos, hombres y mujeres, clérigos y laicos, que tenían en el corazón el temor de Dios! Las palabras escritas no pueden reflejarlos. Creíase que el orden de la estaciones y elementos, que había reinado desde el comienzo sobre los siglos pasados, había vuelto para siempre al caos, y que esto era el fin del género humano. Y, cosa mejor hecha que todo el resto para inspirar un espantado asombro, bajo ese misterioso azote de la venganza divina era muy raro encontrar personas que, ante tales cosas, con el corazón contri-

to, en una postura humillada, hubieran sabido elevar correctamente sus almas y sus manos hacia Dios llamándolo en su socorro. Entonces nuestro tiempo vio realizarse la palabra de Isaías diciendo: "El pueblo no se ha vuelto hada el que lo golpeaba". Había en los hombres, en efecto, una suerte de dureza del corazón unida a un embotamiento del espíritu. Y es el juez supremo, el autor de toda bondad, quien da el deseo de rezarle, él que sabe cuándo debe tener piedad.

III. El trastorno espiritual: la simonía

Finalmente más severos, y configurando un síntoma más expresivo aun del desorden, otros trastornos sacudieron a la cristiandad pero, esta vez, no en su cuerpo si no en su alma. Para los historiadores de la época, estas singulares perversiones de la recta verdad constituían los prodigios más vigorosos del milenario. Empezando por la simonía, peste de la Iglesia: el amor a las riquezas que se apoderaba abiertamente de los siervos de Dios (y que Raoul Glaber denunció con toda la energía que cabía en un monje, y con obediencia cluniacense), ¿no era también el signo —y al mismo tiempo la causa (pero la inteligencia de esta época no distinguía bien entre las relaciones de causalidad y las de significado y significante)— de peligros inminentes?

A la luz de las enseñanzas de la palabra sagrada, se ve claramente que en el curso de los días nuevos, el enfriamiento de la caridad en el corazón de los hombres y el desborde de la iniquidad harán inminentes tiempos peligrosos para las almas. Numerosos pasajes de los Podres antiguos nos muestran de qué modo, gracias a una codicia creciente, los derechos y las órdenes de las religiones pretéritas se hallaron, en aquello mismo que debió ayudarlas a elevarse hacia una dignidad superior, las causas de su caída en la corrupción…

Comenzamos así porque casi todos los príncipes han estado cegados desde hace largo tiempo por las vanas riquezas, y esta peste ha hecho estragos de un lado a otro entre todos los prelados de las iglesias diseminadas por el mundo. Ellos convirtieron, como para afirmar su propia condenación eterna, el don gratuito y venerable de Cristo Señor todopoderoso en tráfico de codicia. Estos prelados parecen tanto menos capaces de realizar la obra divina cuanto que bien se sabe que no fue pasando por la puerta principal como alcanzaron sus funciones. Y por más que la audacia de tales personas esté reprobada por muchos textos de la santas Escrituras, es seguro que en nuestros días castiga más que nunca a las diversas órdenes de la Iglesia. Hasta los reyes, que deberían ser los jueces de la

capacidad de los candidatos a los empleos sagrados, corrompidos por los presentes que se les prodigan, prefieren, para gobernar iglesias y almas, a aquel de quien esperan recibir los más ricos regalos. Y si todos los turbulentos, todos los inflados por una vanidad engreída son los primeros en lanzarse a una prelatura cualquiera y no temen después descuidar su oficio pastoral, es porque su convicción se sostiene de los cofrecitos donde amontonan su dinero y no de aquellos dones que lleva consigo la sabiduría; obtenido el poder, se entregan tanto más asiduamente a la codicia cuanto que deben a este vicio la coronación de sus ambiciones; lo sirven como a un ídolo; lo establecen en el lugar de Dios; moldeados por él se precipitaron hacia tales honores sin poder invocar méritos ni servicios prestados; y otros menos hábiles conciben el deseo decepcionante de imitarlos, de lo que resultan odios recíprocos y tenaces. Pues en estas materias, todo lo que el uno logra cosechar con despiadada lucha, parece al otro, que lo envidia, robado en su perjuicio; y, como siempre sucede con los envidiosos, la felicidad de los demás los sume en incesantes tormentos. De aquí nacen las tumultos perpetuos de las impugnaciones, de aquí salen continuos escándalos y, a fuerza de ser transgredidas, las reglas fundamentales de las diversas órdenes periclitan.

En Francia, donde la descomposición feudal era más profunda que en otras partes, el progresivo debilitamiento de la autoridad real dejaba poco a poco en manos de los señores privados el patronato de los santuarios y la elección de los más altos dignatarios de la Iglesia. Raoul Glaber señala claramente las consecuencias: la intervención del dinero en la designación de los guias espirituales y de los ministros de lo invisible provoca la degradación de todo el pueblo de Dios; suscita en consecuencia la irritación divina, y atrae por tanto al bajo mundo un cortejo de calamidades vengadoras.

Así, extendiéndose los estragos de la impiedad por el clero, las tentaciones del orgullo y de la incontinencia aumentan su influjo sobre el pueblo. Pronto las supercherías embusteras, los fraudes y los homicidio se apoderan de casi todos y los arrastran a la muerte. Y como los ojos de la fe católica, es decir los prelados de la Iglesia, están ensombrecidos por una

ceguera culpable, el pueblo, dejado en la ignorancia de las vías de su salvación, cae en la ruina y en la perdición. En justo castigo, los prelados se vieron maltratados por aquellos de quienes debían recibir obediencia, experimentaron la insumisión de los que, siguiendo su ejemplo, se apartaron de los caminos de la justicia. Y no nos asombremos si, en medio de estas angustias, sus gritos no fueron oídos: ellos mismos, por los excesos de su codicia, se habían cerrado las puertas de la misericordia. Con todo, bien sabido es que en castigo de tales crímenes, casi siempre ha de esperarse que calamidades públicas golpeen a los pueblos y a todos los seres vivos, e incluso epidemias que destruyan los frutos de la tierra, es decir, la intemperies de la atmósfera. Así, los mismos que debieron asistir al rebaño de Dios todopoderoso confiado a sus cuidados en su marcha hacia la salvación, ponían obstáculo a la generosidad habitual del Señor. Pues, en efecto, cada vez que la piedad de los obispos flaquea y el rigor de la regla entre los abates se debilita, la disciplina cede de inmediato en los monasterios y, siguiendo su ejemplo, todo el resto del pueblo se vuelve infiel a Dios. ¿No es entonces todo el género humano a la vez el que retorna por propia voluntad al antiguo caos y al abismo de su perdición? Y ciertamente, la espera de este acontecimiento inspiró hace mucho tiempo al antiguo Leviatán la certeza de que la crecida del río Jordán llegaría un día hasta sus labios, cuando la multitud de los bautizados, por las seducciones de la codicia, desertara de los caminos de la verdad y se precipitara en el óbito. Y, tal como aparece plenamente en el testimonio autorizado de los apóstoles, el enfriamiento de la caridad, la profusión de la iniquidad en el corazón de los hombres enamorados de sí mismos sin medida, provocaron la frecuencia insólita de los males que hemos referido hacia el milésimo año del nacimiento del salvador nuestro Señor y, a continuación, en todas las partes del mundo.

IV. El malestar herético

Al igual que las pestes y el hambre, las primeras agitaciones de la herejía nos parecen naturales en este tiempo, en el seno de un pueblo desprotegido e infinitamente pobre pero que comenzaba a salir de un completo salvajismo y que, en sus élites religiosas, ganaba suficiente vigor intelectual como para interrogarse sobre sus creencias. Sin embargo, para todos los historiadores de entonces, estas primeras inquietudes liberadoras se emparentaban con los tumultos del cosmos, y, entre los signos anunciadores del fin de los tiempos, ¿no predecía la Escritura la llegada de falsos profetas?

"En el pueblo de Vertus"

Hacia finales del Año Mil, vivía en Galia, en el pueblo de Vertus, condado de Châlons, un hombre del pueblo llamado Leutardo que, como lo prueba el final del asunto, puede ser tenido por enviado de Satanás; su osada locura comenzó de la manera siguiente. Se hallaba un día solo en un campo, ocupado en algún trabajo de cultivo. La fatiga lo durmió, y le pareció que un gran enjambre de abejas penetraba en su cuerpo por su secreta salida natural; después volvían a salirle de la boca con un tremendo zumbido y lo atormentaban con incontables picaduras. Largo rato lo atormentaron con sus aguijones, cuando creyó oírlas hablar y ordenarle que hiciera muchas cosas imposibles a los hombres. Finalmente, extenuado, se incorpora, entra en su casa, expulsa a su mujer y pretende divorciarse en virtud de los preceptos evangélicos. Luego sale como si fuera a orar, entra en la iglesia, arranca la cruz y rompe la imagen del Salvador. Al ver esto, cundió el terror entre todos los presentes, que creyeron, con razón, que el hombre estaba loco; pero él logró persuadirlos, pues los campesinos son débiles de espíritu, de que había actuado por fidelidad a una asombrosa revelación de Dios. Se explayó en innumerables discursos tan inútiles como falsos e, intentando aparecer, como un doctor, hacía olvidar la doctrina de los maestros. Pagar los diezmos, decía, era una idio-

tez. Y mientras que las otras herejías, para engañar con más contundencia, se cubren con el manto de las sagradas Escrituras a las que son contrarias, ésta pretendía que en los relatos de los profetas, unos son útiles y los otros no merecen ningún crédito. Con todo, su engañosa reputación de hombre plenamente sensato y religioso le ganó en poco tiempo una considerable porción del pueblo. Al ver eso, el muy sabio Jéboin, viejo obispo de la diócesis de la que dependía nuestro hombre, ordenó que se lo trajeran. Lo interrogó sobre todo lo que se decía de su lenguaje y su conducta; el otro intentó disimular su venenosa infamia, tratando de invocar en su provecho los testimonios de la sagradas Escrituras, aunque jamás las hubiera aprendido. El muy sagaz obispo juzgó que esta defensa no tenía asidero y que el caso era tan condenable como vergonzoso; mostrando de qué modo la locura de ese hombre lo había conducido a la herejía, hizo que el pueblo en parte engañado se recobrara de esta locura y lo devolvió entero a la fe católica. Leutardo, viéndose vencido y despojado de sus ambiciones demagógicas, se dio muerte él mismo ahogándose en un pozo.[7]

Al oponerse a la riqueza de la Iglesia (incitando a no pagar el diezmo), al romper los crucifijos porque mostrar el cuerpo de Dios muerto en la cruz le parecía atentar contra la trascendencia del Todopoderoso, al abandonar a su mujer para vivir en la castidad, este "loco" —que, aunque salido del "pueblo", tenía instrucción y por lo tanto pertenecía a la orden eclesiástica— manifestaba exigencias espirituales curiosamente cercanas a las que iban a expandirse mucho después en el movimiento cátaro. Sin duda no estaba distante de los "maniqueos" cuya presencia se revela, aquí y allí, unos veinte años después.

Poco después de 1017 surgieron, por toda Aquitania, maniqueos que corrompieron al pueblo. Negaban el santo bautismo, la cruz, todo lo que constituye la santa doctrina. Al abstenerse de ciertos alimentos, parecían semejantes a monjes y simulaban castidad; pero entre sí se libraban a todos los desenfrenos. Eran los mensajeros del Anticristo y por su causa muchos hombres salieron de la órbita de la fe.

Herejía, hasta en Orleans

Adémar de Chabannes, que relaciona abiertamente esta pestilencia con los desastrosos preludios de la Parusía, habla además del suceso más grave, que fue también el más escandaloso porque estalló en Orleans: (*Esta ciudad,* dice Raoul Glaber, *era antiguamente, como hoy, la principal residencia de los reyes de Francia a*

causa de su belleza, de su población numerosa y también de la fertilidad de su suelo y de la pureza de las aguas del río que la baña).

En esta época, diez canónigos de santa Cruz de Orleans, que parecían más piadosos que los otros, se plegaron al maniqueísmo. Como se negaron a retornar a la fe, el rey Roberto los despojó primero de su dignidad sacerdotal, después los expulsó de la Iglesia y finalmente los mandó a la hoguera. Estos infelices habían sido descarriados por un campesino del Perigord que se decía capaz de sortilegio y llevaba consigo un polvo fabricado con cadáveres de niños mediante el cual, si podía aproximarse a alguno, lo convertía en maniqueo. Adoraban un diablo que se les aparecía primero en forma de un negro y luego en la de un ángel de luz, y que todos los días les proporcionaba mucho dinero. Obedeciendo a sus palabras, habían renegado completamente de Cristo, en secreto, y en la sombra se entregaban a horrores y crímenes cuyo mero relato sería un pecado, mientras que en público se mostraban engañosamente como verdaderos cristianos. Pero también se descubrieron maniqueos en Toulouse, donde fueron exterminados; estos mensajeros del Anticristo que surgían en diversas regiones de Occidente, cuidaban de disimularse en escondrijos y corrompían a tantos hombres y mujeres como podían. Un canónigo de Santa Cruz de Orleans, el chantre llamado Théodat, que había muerto tres años antes en esta herejía, había sido tenido, según testimonio de hombres dignos de fe, por muy piadoso. Probada su herejía, su cuerpo fue arrojado fuera del cementerio por orden del obispo Ulrico, quedando en la calle. En cuanto a los diez que antes se ha mencionado, fueron condenados a la hoguera lo mismo que Lisoius, por quien el rey había sentido un real afecto a causa de la santidad de que lo creía colmado. Seguros de sí mismos, no temían al fuego; anunciaban que saldrían indemnes de las llamas. Y riendo se dejaron atar en mitad de la hoguera. Pronto quedaron totalmente reducidos a cenizas y ni siquiera se halló resto alguno de sus huesos.[8]

De la herejía de Orleans, la imagen que ofrece Raoul Glaber es menos ingenua. También él ve en la fuente una seducción perversa, pero no habla de polvo encantado; para él, los canónigos de Orleans no son adoradores de Satanás sino unos seres agitados que tropiezan con el misterio de la Creación y la Trinidad y que encuentran problemática la presencia del mal en este mundo. Hombres, sin duda, de singular grandeza,

orgullosos del joven saber de las escuelas episcopales y ante los cuales los contradictorios argumentos expuestos por Raoul Glaber (véase más arriba, págs. 42-45) parecen ridículos.

En el vigésimo tercer año después del Año Mil (es decir 1022, contando el Año Mil como primero), se descubrió en Orleans una herejía muy densa e insolente, cuyos gérmenes largo tiempo encubiertos habían hecho crecer una espesa cosecha de perdición y que precipitó a gran número de hombres en las redes de su ceguera. Cuentan que esta herejía insensata nació por causa de una mujer llegada de Italia; estaba enteramente presa del diablo y corrompía a todos los que podía, no sólo a los necios y a las gentes simples, sino incluso a la mayoría de quienes en la propia orden de los clérigos pasaban por ser los más eruditos. Vino a la ciudad de Orleans, donde permaneció cierto tiempo e infectó a muchos hombres con el veneno de su infamia. Los portadores de estos gérmenes detestables volcaban todo su esfuerzo en propagarlos a su alrededor. Los dos heresiarcas de esta doctrina perversa fueron, por desgracia, quienes en la ciudad eran tenidos por los dos miembros más nobles y sabios del clero; uno se llamaba Heriberto y el otro Lisoius. Mientras el asunto permaneció ignorado, tanto el rey como los grandes del palacio les profesaban intenso afecto; lo cual les permitió corromper más fácilmente a todos aquellos cuyo espíritu no estaba bien consolidado por el amor a la fe universal. Pero no limitaban sus hazanas a esta ciudad, sino que intentaban difundir su doctrina maligna en las ciudades vecinas. En Ruán vivía un sacerdote de espíritu sano a quien pretendieron contagiar su locura; y le enviaron emisarios que deberían instruirlo en todos los secretos de su enseñanza perversa; decían que se acercaba el momento en que el pueblo entero iba a adoptar su doctrina. Puesto al corriente, ese mismo sacerdote se dirigió sin tardanza al muy cristiano conde de la ciudad, Ricardo [duque de Normandía] y le expuso todo cuanto sabía del asunto. El conde, sin perder un instante, envió al rey un mensaje donde le revelaba el mal secreto que asolaba en su reino a los corderos de Cristo. En cuanto lo supo, el rey Roberto, muy sabio y muy cristiano, se puso hondamente triste y melancólico, temiendo en verdad la ruina del país así como la muerte de las almas. Acudió prontamente a Orleans, reunió a

gran número de obispos, abates, religiosos y laicos. Y comenzó a buscar activamente a los autores de la perversa doctrina y a los que, ya corrompidos, se habían sumado a su secta. Cuando se indagó entre los clérigos el modo en que cada uno comprendía y creía lo que la fe católica conserva y predica inquebrantablemente según la doctrina de los apóstoles, esos dos hombres, Lisoius y Heriberto, no negaron ni por un instante que ellos lo entendían de otro modo e hirieron pública lo que habían ocultado por largo tiempo. Después de ellos, muchos confesaron públicamente que pertenecían a su secta y afirmaron que no iban a abandonarla por nada del mundo.

Estas revelaciones ahondaron aún más la tristeza del rey y de los obispos, que los interrogaron más en secreto; se trataba, en efecto, de hombres que hasta entonces habían prestado grandes servicios por sus costumbres en todo punto irreprochables; uno, Lisoius, que residía en el monasterio de Santa Cruz, era considerado el más caritativo de los clérigos; el otro, Heriberto, dirigía la escuela en la iglesia Saint-Pierre-le-Puellier. Les preguntaron quién o qué cosa los había inducido a semejante presunción; y respondieron poco más o menos en estos términos: "Nosotros, hace mucho tiempo que nos consagramos a esa secta que vosotros habéis venido muy tarde a descubrir; pero esperábamos el día en que caeríais vosotros también, como así los demás, de todas las naciones y de todas las órdenes; y ahora creemos asimismo que ese día llegará".

Dicho esto, se pusieron a exponer sin interrupción la herejía que los engañaba, más estúpida y miserable aún que todas las antiguas. Sus lucubraciones se basaban tan poco en argumentos valederos, que mostraron ser triplemente contrarias a la verdad. Trataban en efecto de extravagancias todo lo que a lo largo del Antiguo Testamento y del Nuevo, por señales indudables de los prodigios y testimonios antiguos, nos afirma sobre la naturaleza a la vez triple y una de la divinidad, la autoridad sagrada. El cielo y la tierra tal como se ofrecen a las miradas, decían, jamás habían sido creados y habían existido siempre. Y estos insensatos ladrando como perros tras la peor de todas las herejías, eran semejantes a los herejes epicúreos; no creían que el desenfreno mereciera un castigo

vengador. En toda la obra cristiana de piedad y justicia que pasa por merecedora de la recompensa eterna, no veían más que esfuerzos superfluos, y sin embargo estos insensatos, y todos los otros tan numerosos a los que habían inspirado hallaron frente a sí harto número de fieles y estimables testigos de la verdad perfectamente capaces, si hubiesen querido aceptar esta verdad, y con ella su propia salvación, de refutar su ceguera y sus falsas afirmaciones.

V. La subversión del templo

Por fin, último signo del desorden, última advertencia y no la menor: la destrucción del Santo Sepulcro.

En esa época, es decir el noveno año después del año mil, la Iglesia de Jerusalén en la que se hallaba el sepulcro del señor nuestro Salvador, fue destruido por completo por orden del príncipe de Babilonia, según se sabe, la destrucción tuvo por origen estos hechos que pasamos a relatar. Como multitudes de fieles acudían a Jerusalén, desde el mundo entero, a visitar este ilustre monumento del Señor, el diablo, lleno de odio y por mediación de su habitual aliado el pueblo judío, volvió a volcar el veneno de su infamia sobre los adeptos a la verdadera fe. Había en Orleans, ciudad real de la Galia, una considerable colonia de hombres de aquella raza que se mostraban mas orgullosos, más dañinos y más insolentes que sus otros congéneres. Con detestable designio, corrompieron por dinero a un vagabundo que llevaba el hábito de peregrino, un tal Roberto, siervo fugitivo del monasterio de Santa María de Moutiers. Lo enviaron con mil precauciones al príncipe de Babilonia, portador de una carta escrita en caracteres hebreos que fue introducida en su báculo bajo un pequeño rodillo de hierro, a fin de que no se la pudiesen sustraer. El hombre se puso en camino y trajo al príncipe esa carta llena de mentiras y de infamias donde se le decía que, si no se apresuraba a echar abajo la venerable casa de los cristianos, en breve plazo vería a estos ocupar su reino y despojarlo de todas sus divinidades. El príncipe, al leer esto, se enfureció y envió inmediatamente a Jerusalén a varios de sus súbditos para que destruyeran dicho templo. Estos, al llegar, hicieron lo que se les había ordenado; pero cuando intentaron derribar, con ayuda de picos de hierro, la tumba del sepulcro, les resultó imposible. Entonces destruyeron igual-

mente la iglesia de San Jorge in Ramulo, cuyo poder mágico espantaba tanto en otros tiempos al pueblo de los sarracenos; pues, según suele relatarse, quienes se introducían en ella para saquearla, quedaban ciegos. Así pues, cuando el templo quedó destruido, pronto resultó evidente que era la infamia de los judíos la que había fomentado el atentado. No bien se conoció la cosa, todos los cristianos del mundo entero decidieron unánimemente que expulsarían a todos los judíos de sus tierras y ciudades.[9]

Con la obra del mal coopera lo que hay de más despreciable en la humanidad: los infieles (el príncipe de Babilonia, es decir, el califa de El Cairo), los judíos y, por último, la chusma (ese siervo que, además, traicionó a sus amos y emprendió la fuga). El relato de Ademar de Chabannes difiere poco del de Raoul Glaber; aquél, sin embargo, establece una correlación inversa entre el *pogrom* y la decisión del califa. Se apoyaba sobre todo en un aviso que a él mismo lo favoreció: todas las calamidades cuya cohorte iba a ponerse en marcha después, estaban en germen en un accidente premonitorio, en un prodigio cósmico, esa cruz que se le apareció en pleno cielo, una noche.

En aquellos tiempos se mostraron señales en los astros, sequías desastrosas, lluvias excesivas, epidemias, hambres espantosas, numerosos eclipses de sol y de luna; y el Vienne, durante tres noches, desbordó sobre dos millas en Limoges. Y el monje Ademar, nombrado mas arriba, que entonces, con su tío el ilustre Rogelio, vivía en Limoges en el monasterio de San Marcial, habiéndose despertado durante la noche y mirando los astros afuera, vio, en la parte austral del cielo, como plantado en lo alto, un gran crucifijo, con la imagen del Señor colgada en la cruz y derramando un abundante río de lágrimas. Aquel que tuvo esta visión, aterrorizado, no pudo hacer otra cosa que dejar correr los llantos de sus ojos. Vio esa cruz y la imagen del Crucificado, color de fuego y de sangre, durante toda la mitad de una noche y luego el cielo se cerró. Y lo que había visto lo conservó siempre oculto en el fondo de su corazón, hasta el día en que escribió esas líneas y el señor le es testigo de que vio efectivamente eso.

Aquel año, el obispo Audouin obligó a los judíos de Limoges a bautizarse publicando una ley que los instaba, o bien a hacerse cristianos, o bien a abandonar la ciudad; durante un mes, por orden suya, los doctores en la ciencia divina discutieron con los judíos para demostrarles la falsedad de sus libros: tres o cuatro judíos se hicieron cristianos. La multitud

de los demás se apresuró a buscar refugio en otras ciudades, con mujeres y niños. Los hubo también que se degollaron a sí mismos con su espada antes que aceptar el bautismo. El mismo año, el sepulcro del señor en Jerusalén fue destrozado por los judíos y los sarracenos, el tercer día de las calendas de octubre, en el año 1010 de la Encarnación de este mismo señor. En efecto, los judíos de Occidente y los sarracenos de España habían enviado a Oriente una carta llena de acusaciones contra los cristianos y anunciando que unos ejércitos de Occidente se habían puesto en marcha contra los sarracenos del Oriente. Entonces el Nabucodonosor de Babilonia, a quien ellos llaman el Amirat, incitado a la cólera por los consejos de los paganos, vertió entre los cristianos una gran desolación al dictar una ley que condenaba a todos los cristianos de sus Estados, que se negaran a hacerse sarracenos, a la confiscación de sus bienes o la muerte. De ello resultó que innumerables cristianos se convirtieron a la ley sarracena; pero ni uno solo fue digno de morir por Cristo salvo el patriarca de Jerusalén, que fue ejecutado en medio de toda clase de suplicios, y dos jóvenes hermanos que fueron decapitados en Egipto, y se señalaron por numerosos milagros. La iglesia de San Jorge, que hasta entonces ningún sarraceno había podido profanar, fue destruida al igual que muchas otras iglesias de santos y, en castigo de nuestros pecados, la basílica del sepulcro del Señor fue arrasada hasta el suelo. No logrando partir la piedra del monumento, encendieron en ella una gran hoguera, pero la piedra permaneció inmutable y dura como un diamante.[10]

5. Interpretación

I. El desencadenamiento del mal

¿Cuál es la significación de estas señales, de estos prodigios? Como antaño a los sacerdotes de la antigua Roma, como a los brujos de la antigua Germania, en el Año Mil corresponde a los hombres de iglesia interpretarlos, adivinar su sentido y revelarlo al pueblo. Toda la enseñanza que recibieron y la inclinación natural que orienta todos los pasos de su inteligencia los preparan para esta exégesis. Así como en la glosa, ante cada palabra, el comentador progresa del sentido literal al sentido moral para arribar por fin al sentido mas intimo y mas oculto, que abre las vías de la iluminación mística, así Raoul Glaber y Ademar de Chabannes comienzan por reunir y confrontar ciertos hechos, una visión, el hambre, las lluvias excesivas, el descubrimiento de una secta herética; luego, citando a los Profetas, a los Apóstoles, a los Padres, avanzan hacia las causas morales, evocan el enfriamiento de la fe que suscitaron en el pueblo las flaquezas de su clero y el desarreglo de sus monjes. Pero necesitan ir más lejos aún y, traspasando el velo de las apariencias; llegar hasta el resorte primero. ¿Cómo explicar el malestar que, en este momento de la historia, sufre el universo?

El demonio

Estos hombres sienten horror por los "maniqueos". Sin embargo, ellos mismos están persuadidos de que, en el reino de lo invisible, dos ejércitos se enfrentan, el del Bien y el del Mal. "Cumplidos los mil años", según la palabra de la Escritura, no pueden dudar de que los poderes satánicos se han propiamente desencadenado. De este modo, los seduce considerar la perturbación de todas las cosas, cuyas manifestaciones revisten entonces tantas formas diversas, como una victoria del demonio, al que el Ángel ha librado de sus ataduras, como el hundimiento de todos los castillos donde se amparaban las fuerzas benéficas. El milenario es, ante todo, esa derrota del ejercito divino y el retorno al caos que le sucede. Así se explica que uno de los principales personajes del relato de Raoul Glaber sea el diablo. Al comienzo del libro V de las *Historias*, ocupa él solo el proscenio:

> *A las vicisitudes de toda clase, a las catástrofes variadas que ensordecían, aporreaban, embrutecían a casi todos los mortales de ese tiempo, se sumaban los ataques de los espíritus malos; sin embargo, solía contarse que, con sus fantasías, éstos habían hecho comprender claramente verdades útiles.*

El demonio, cuando interviene, procura seducir; es el espíritu que engaña, que trabaja insidiosamente para desviar a los buenos de la recta vía; es el agente del desánimo

y de la perversión doctrinaria:

Un monje creyó ver una noche, a la hora en que suena la campana de maitines, erigirse ante él un ser horroroso que lo colmaba de consejos y profería, poco más o menos, este lenguaje:

"¿Por qué vosotros, los monjes, os infligís tantos trabajos, tantas vigilias y ayunos, tristezas, salmodias y tantas otras mortificaciones que no pertenecen al uso común de los hombres? Las innumerables personas que creen en el mundo y perseveran hasta el final de su vida en viciosos de toda clase, ¿no hallarán un reposo semejante al que vosotros esperáis? Un día, una hora inclusive, bastaría para merecer la eterna beatitud, recompensa de vuestra rectitud. En lo que te concierne, me pregunto por qué, con tanto escrúpulo, no bien oyes la campana estás pronto para saltar de tu lecho y arrancarte a las dulzuras del sueño, cuando podrías sacrificar al reposo hasta el tercer campanazo. Tengo que revelarte un secreto verdaderamente memorable que, si es en nuestro detrimento, es para vosotros la puerta de la salvación. Se asegura que todos los años, el día en que Cristo al resucitar de los muertos devolvió la vida al género humano, vacía completamente los infiernos y se lleva a los suyos al cielo. Así, no tenéis nada que temer. Podéis abandonaros sin peligro a todas la voluptuosidades de la carne, a todos los deseos que os plazca". He aquí las palabras frívolas que, con muchas otras más, este demonio colmado de impostura soltó al monje; e hizo tanto que éste no se reunió con sus hermanos en el oficio de maitines. Sus falaces invenciones sobre la resurrección del señor son a todas luces desmentidas por las palabras del santo Evangelio, que dicen: "muchos cuerpos de santos que dormían se despertaron". No "todos", sino "muchos"; y ésta es en realidad la doctrina de la fe católica.

Raoul Glaber juzga oportuno responder aquí a quienes perciben la ambigüedad de las manifestaciones sobrenaturales y se asombran de que, a veces, del mal pueda salir el bien:

Si en ocasiones entra en los designios del Todopoderoso hacer expresar a los demonios hinchados de mentira otra cosa que falsedades, no es menos cierto que todo lo que dicen por sí mismos es peligroso y embustero; e, incluso si sucede que consigan realizar una parte de sus predicciones, és-

tas no son provechosas para la salvación de los hombres, a menos que la Divina Providencia las convierta hábilmente en ocasión de enderezamiento.

Encuentros de Raoul Glaber con Satanás

Ahora lo tenemos revelando su experiencia personal, sumamente rica: el diablo se le apareció tres veces, siempre en la penumbra de la aurora, entre los vapores del primer despertar, bajo el aspecto del monstruo desgreñado que plasmaron en los capiteles los escultores del siglo XI.

A mí mismo pues, no hace mucho tiempo, Dios quiso que semejante cosa sucediese varias veces. En la época en que vivía en el monasterio del bienaventurado mártir Léger, que llaman Champeaux, una noche, antes del oficio de maitines, se yergue al pie de mi lecho una especie de enano horrible de ver. Era, tanto como pude juzgarlo, de estatura mediocre, cuello menudo, rostro demacrado, ojos muy negros, frente rugosa y crispada, nariz encogida, boca prominente, labios hinchados, mentón deprimido y muy recto, barba de chivo, orejas peludas y aguzadas, cabellos erizados, dientes de perro, cráneo en punta, pecho salido, espalda gibosa, nalgas temblorosas, vestimentas sórdidas; y se le veía acalorado por el esfuerzo, con todo el cuerpo inclinado hacia adelante. Tomó la extremidad de la cama donde yo reposaba, le dio unos sacudones terribles y finalmente dijo:

"No seguirás mucho tiempo en este lugar".

Yo, espantado, me despierto en un sobresalto y lo veo tal como acabo de describirlo. Entre tanto, rechinando los dientes, él repetía sin parar.

"No seguirás mucho tiempo aquí".

Salté rápidamente del lecho, corrí al oratorio y me prosterné ante el altar del santísimo padre Benito, en el colmo del terror; permanecí allí largo rato acordándome febrilmente de todas las faltas y pecados graves que desde mi tierna edad había cometido por indocilidad o negligencia; para colmo, las penitencias aceptadas por amor o temor a la divinidad se reducían a casi nada. Y, así agobiado por mi miseria y mi confusión, no encontré nada mejor para decir que estas simples palabras:

"Señor Jesús, que habéis venido para salvar a los pecadores, en vuestra gran misericordia, tened piedad de mí".

Además, no me ruborizo al confesarlo, no sólo mis padres me engendraron en el pecado sino que además siempre me mostré difícil por mis costumbres e insoportable por mis actos, más de lo que podría decir. Un monje que era mi tío me arrancó por la fuerza a las vanidades perversas de la vida secular, a las que teniendo doce años me abandonaba más que cualquier otro; me puse el hábito de monje pero ¡ay!, cambié sólo de vestimenta, no de espíritu. Pese a todos los caritativos consejos de moderación y santidad que me daban mis superiores o mis hermanos espirituales, henchido de un orgullo feroz que envolvía mi corazón con un espeso escudo, esclavo de mi soberbia, yo me oponía a mi propia curación. Desobedeciendo a mis hermanos más antiguos, importuno con los de mi edad, fastidiando a los más jóvenes, en verdad puedo decir que mi presencia era un peso para todos y mi ausencia un alivio. Por fin, mi conducta decidió a los hermanos del monasterio de Saint-Léger a expulsarme de su comunidad; por lo demás, sabían que no dejaría de hallar asilo en otro convento, únicamente en mérito a mis conocimientos literarios. Eso ya se había visto muchas veces.

Por tanto, después de eso cuando me hallaba en el monasterio del santo mártir Benigno, en Dijon, un diablo idéntico, sin duda el mismo, se me aparecía en el dormitorio de los hermanos. La aurora comenzaba a despuntar cuando salió corriendo del edificio de las letrinas, gritando: "¿Dónde está mi asistente? ¿Dónde está mi asistente?".

Al otro día, sobre la misma hora, un joven hermano de espíritu muy ligero llamado Thieri, escapó del convento, dejó el hábito y llevó durante algún tiempo la vida secular. Después, la contrición se apoderó de su corazón y reingresó a la santa orden.

La tercera vez fue cuando residía en el convento de la bienaventurada Marta siempre virgen, llamado Moutiers-Saint-Jean; una noche, al sonar los maitines, fatigado por no sé qué trabajo, no me levanté como debía al primer tañido; algunos se quedaron como yo, prisioneros de esa

mala costumbre, mientras los otros corrían a la Iglesia. Los últimos acababan de salir cuando el mismo demonio subió la escalera resoplando; y, con las manos a la espalda, apoyado contra la pared, repitió dos o tres veces:

"Soy yo, soy yo que estoy con los que se quedan".

Al oír esta voz, levantando la cabeza, reconocí al que ya había visto dos veces. Ahora bien, tres días después, uno de esos hermanos que, como hemos dicho, se habían acostumbrado a quedarse en la cama a escondidas, impulsado por ese demonio, tuvo la audacia de salir del convento y permaneció seis días fuera llevando con la gente del mundo une vida desordenada; al séptimo, sin embargo, volvió arrepentido. Es indudable, como lo atestigua san Gregorio, que si estas apariciones son perjudiciales para unos, ayudan a los otros a enmendarse; a fin de que me suceda esto por mi salvación, anhelo que se rece con éxito, por el Señor Jesús nuestro Redentor.

II. Las fuerzas benéficas

Cuando al diablo uno lo ve, no hay ninguna duda. Pero, a decir verdad, en ciertos casos es complicado discernir de qué lado, fasto o nefasto, surgen las apariciones.

Ambigüedades

En todo caso hay que confiar cuidadosamente a la memoria que, cuando prodigios evidentes son mostrados a hombres que todavía habitan su cuerpo, ya sea por mediación de espíritus buenos, ya sea por la de espíritus malignos, a esos hombres no les queda mucho tiempo para vivir la vida carnal tras haber visto semejantes cosas. Hay cantidad de ejemplos de lo que afirmo, entre los cuales elegí algunos que voy a confiar a la memoria; así cada vez que alguno se produzca, servirá para inspirar prudencia antes que para inducir a engaño. En el burgo fortificado de Tonnerre vivía piadosamente un sacerdote llamado Frottier, en la época en que Brunon ocupaba la sede episcopal de Langres. Un domingo, al caer la noche, antes de la cena, fue a la ventana de su casa para distraerse un poco; y, al mirar afuera, vio venir del septentrión una incontable multitud de jinetes que parecían marchar al combate y se dirigían hacia el Occidente. Los miró atentamente durante un buen rato y luego llamó a alguno de su casa para que fuera testigo con él de semejante aparición. Pero apenas llamó, la visión se disipó y desapareció rápidamente. Con el espíritu presa del terror, apenas podía contener sus lágrimas. Pronto cayó enfermo y murió al año siguiente, tan bien como había vivido. Del presagio que había visto el difunto, los supervivientes iban a ver el cumplimiento. Al año siguiente, Enrique, el hijo del rey Roberto y que más tarde le sucedió, atacó furiosamente el burgo con un inmenso ejército y hubo en este sitio una gran masacre de hombres por ambas partes. Este

ejemplo deja ver con claridad que ese hombre fue testigo de lo que vio, a la vez para sí mismo y para los demás.

Los demonios son negros, como los que les sirven. Los combatientes del ejército del bien se reconocen por las vestiduras blancas que llevan.

Diferente, pero no menos maravilloso, es el hecho que recordamos ocurrió en Auxerre, en la iglesia de San Germán. Ahí vivía un hermano llamado Gerardo, que acostumbraba quedarse en el oratorio después del oficio de maitines. Una mañana se quedó dormido en mitad de sus oraciones. Sumido de inmediato en un profundo sueño, como inanimado, fue transportado fuera del santuario; cómo, por quien, son cosas que aún se ignoran. Al despertarse, se encontró depositado en el claustro, al exterior de la iglesia; un indecible asombro lo embargó al ver lo que le había sucedido. Una aventura semejante le ocurrió a un sacerdote que pasaba la noche en la misma iglesia; se había dormido en las criptas inferiores, donde descansan numerosos cuerpos de santos; y, hacia el canto del gallo, advirtió que lo habían transportado detrás del coro de los monjes. Ahora bien, en este convento, una regla muy conocida establece que si durante la noche llegan a apagarse las lámparas, los guardianes de la iglesia no deben tomarse ningún descanso hasta que se vuelvan a encender. Un hermano de este convento tenía la costumbre, cosa excelente, de ir al altar de la bienaventurada María a orar y deshacerse en gemidos y lágrimas de compunción. Pero tenía el defecto, común a casi todo el mundo, de escupir a menudo durante sus rezos y soltar su saliva. Una vez, muerto de sueño, se durmió. Entonces se le apareció, de pie junto al altar, un personaje envuelto en ropajes blancos llevando en las manos un lienzo blanquísimo, que le dirigió estas palabras:

"¿Por qué me cubres con esos escupitajos que lanzas? Sin embargo, como puedes observar, soy yo el que se encarga de tus oraciones y las llevo a la mirada del Juez muy misericordioso".

Trastornado por esta visión, el hermano no sólo cuidó en lo sucesivo sus maneras sino que además se ocupó de recomendar a los otros que cuidaran con gran esmero las propias en los lugares sagrados. Aunque sea una necesidad natural, no por ello las personas dejan de abstenerse en la

mayoría de los países de expectorar salivazos en una iglesia, a menos que no estén los recipientes que se colocan para recibirlos y que enseguida se vacían afuera: en este punto los más atentos son los griegos, cuyas reglas eclesiásticas siempre fueron escrupulosamente observadas.

Desde hace largo tiempo, cosa bien conocida, gracias a los méritos de san Germán y de los otros santos cuyo reposo alberga, este monasterio se distinguió por señales y prodigios; se vieron en él curaciones, se vieron también castigos vengadores golpear a quienes se apoderaban de sus bienes. Cada vez que señores del país osaron invadir o saquear los bienes de este monasterio. Dios siempre hundió su casta y su fortuna en el deshonor y casi los aniquiló. Una evidente prueba, entre otros, de lo que decimos, se ve en el castigo que golpeó a la casta de un tal Bovon y de su hijo Auvalon, y en los desastres que llovieron sobre el muy sacrílego castillo de Seignelav.

Raoul Glaber y san Germán

Y he aquí lo que me atañe personalmente: cierto día, mis colegas y hermanos de este lugar me suplicaron que restaurara las inscripciones de los altares, redactadas en otro tiempo por hombres instruidos pero que, gastadas por los años como casi todas la cosas, ya no eran visibles; el trabajo se avenía a mi competencia y me apliqué gustoso a ejecutarlo lo mejor que pudiera. Pero, antes de llevar a su término la obra emprendida, me atacó un mal causado, pienso, por el abuso de la posición vertical: una noche, acostado en mi jergón, sentí todos mis miembros tan contraídos por una afección, nerviosa que ya no podía ni, incorporarme ni volverme del otro lado. Tres días después, por la noche, era yo presa de angustias intolerables, cuando se me apareció un hombre de venerables cabellos blancos, me tomó dormido en sus brazos y me dijo:

"Termina cuanto antes lo que has comenzado, y no temas mayor enfermedad".

Me desperté de inmediato, maravillado, salí de mi lecho por mis propios medios y corrí al altar de los victoriosos mártires Víctor, Apolíneo y Jorge, cuya capilla lindaba con el edificio de la enfermería: y ahí, rin-

diendo humildemente gracias al Dios del universo, asistí con alegría al oficio de maitines. Cuando se hizo de día, en plena posesión de todas mis facultades físicas, compuse la inscripción que llevaba los nombres mismos de estos santos mártires. En la gran iglesia había veintidós altares; como convenía, restauré sus inscripciones, redactadas en versos hexámetros, así como los epitafios de los santos; luego me ocupé de adornar de la misma manera las tumbas de algunos religiosos personajes. Las personas de buen sentido hallaron esto por entero de su gusto. Pero ocurrió lo que el abate Odilón solía deplorar con frecuencia: "¡Ay!, decía, si bien la lepra de la envidia reina sobre todos los hombres, es sin embargo en el corazón de algunos de aquellos que han hecho profesión de vivir como monjes, donde eligió domicilio". Un monje que se había hecho odioso a los hermanos de su monasterio, los dejó y vino entre los nuestros; éstos, como siempre fue su costumbre, lo recibieron con caridad. Él no obstante, llenó de veneno de su envidia al abate y varios monjes y les inspiró a mi respecto una aversión tal que borraron todas las inscripciones que había yo grabado en los altares. Pero el Dios vengador no tardó en enviar su castigo a este instigador de la discordia entre hermanos. En el acto le acometió una ceguera vengadora y quedó condenado sin remedio a tropezar en la oscuridad hasta el final de su vida. Este desenlace, cuya noticia corrió por la vecindad así como por comarcas distantes, suscitó una gran admiración.[1]

Estar preparado

Así pues, en todas las maravillas, en todos los presagios —e incluso cuando se presenta el mismo demonio—, procede adivinar la mano de Dios. Pues el dualismo instintivo de los eruditos del Año Mil no llega al punto de negarle su omnipotencia. El mal existe y actúa libremente; tiene el poder de seducir a los hombres y de infectar su espíritu. Dios, no obstante, es el amo de todo. Así, cuando en las cercanías de los dos milenarios, el del nacimiento y el de la Pasión de Cristo, se ven multiplicarse los prodigios, es lícito ciertamente considerarlos efectos del desenfreno de Satanás, de la corrupción de los hombres y anuncio de los avances fulgurantes del Anticristo. Sin embargo, en estas señales se expresa, en último análisis, una voluntad superior, la del Señor, los cometas, el hambre, la herejía emanan indiscutiblemente de lo divino. Estos fenómenos, con todo, no dejan de ser ambiguos. Cuando lanza las plagas sobre la humanidad, ¿manifiesta Dios su cólera? ¿Persigue, como lo hacen cotidianamente los reyes de la tierra, los duques y los menores señores, una venganza brutal sobre quienes lo ultrajan? ¿Es el mal un castigo? ¿No es asimismo advertencia generosa del Amo, el cual

en su misericordia busca prevenir a sus criaturas antes de que se abatan sobre ellas los mas terribles de sus golpes?

¿Vindicta? ¿Amonestación? Sea como fuere, el desorden del universo exhorta a hacer penitencia. Pues los pensadores del siglo XI —y aun si, como Abbon de Fleury, se niegan a seguir a los defensores del milenarismo y a situar en un punto preciso del futuro el día de la cólera divina— interpretan todos la historia de su tiempo basándose en el discurso escatológico de Jesús, tal como se lo relata en los tres Evangelios sinópticos: "…Habrá grandes terremotos y, en diversos lugares, hambres, pestes, espantos y grandes señales del cielo (Lucas, 21)… Se levantarán falsos mesías y falsos profetas, y obrarán grandes señales y prodigios (Mateo, 24)". Los eclipses, las ballenas monstruosas, los maniqueos de Orleans, las apariciones de santos, las del diablo, las de los muertos, anuncian de manera permanente que el mundo es transitorio y está condenado y que su fin ha de sobrevenir. Vengan de donde vengan, las perturbaciones están ahí para arrancar al hombre de la tranquilidad, mantenerlo alerta e incitarlo a purificarse: "Velad pues, porque no sabéis cuándo llegará vuestro señor…; por eso vosotros habéis de estar preparados, porque a la hora que menos penséis vendrá el Hijo del hombre (Mateo, 24]". Es equivocado creer en los terrores del Año Mil. Pero debe admitirse, en cambio, que los mejores cristianos de este tiempo vivieron en plena ansiedad latente y que, meditando sobre el Evangelio, hacían de esta inquietud una virtud.

6. La purificación

I. Exclusiones

El sacrificio

Tal es el sentido de todas las obras históricas de esta época. Son morales; proponen ejemplos. Glaber, Helgaud, Ademar de Chabannes, todos los demás, compusieron su relato como un sermón de penitencia. Todo el universo resonaba entonces como una llamada al sacrificio; importaba que el género humano se despojara. Tres razones profundas inclinaban particularmente a estos hombres a sacar esta lección del curso reciente de la historia. En primer lugar, eran monjes; al menos en un momento de su vida, habían huido del mundo; se habían impuesto privaciones; para ellos la ascesis representaba sin discusión la vía triunfal; se sentían en el deber de arrastrar consigo a todo el pueblo de Dios en la marcha hacia la perfección. Por otra parte, en los umbrales del siglo XI las costumbres sociales, y en especial las prácticas judiciales, hacían del don, de la "multa" el acto por excelencia de reconciliación: ¿un hombre se había excluido de la comunidad por un crimen? Al despojarse, al imponerse por sí mismo un sacrificio, pagaba el precio de la sangre vertida, ganaba el perdón de la víctimas; reconquistaba la paz y la amistad del príncipe cuya autoridad garantizaba la justicia en todo el país. Por último, en una religión enteramente dominada por los gestos rituales, el sacrificio, la destrucción voluntaria y gratuita de riquezas en ofrenda a las potencias invisibles, se establecían en posición central en las mediaciones entre el hombre y lo sagrado. De hecho, resulta patente que, en la espera de la Parusía y ante la acumulación de prodigios, los actos purificadores se multiplicaron después del Año Mil.

En el curso del mismo mes de noviembre, el 10 de las calendas de diciembre (1044), a la tercera hora del día, se produjo el tercer eclipse de sol de nuestro tiempo; era, naturalmente, el vigésimo octavo día de la luna. Pues jamás se produce eclipse de sol fuera del vigésimo octavo día de la luna, ni eclipse de luna fuera del décimo cuarto. Se dice eclipse, es decir falta o no aparición, no porque el astro efectivamente falte, sino más bien porque nos falta a nosotros a consecuencia de algún obstáculo. En estos días, hemos sabido por Gui, arzobispo de Reims, que los suyos habían visto la estrella Bósforo, llamada también Lucifer, agitarse una noche de arriba abajo como queriendo amenazar a los habitantes de la Tierra. A la vista de iguales prodigios enviados por el cielo, muchas perso-

nas, espantadas por sus propios vicios, hicieron penitencia y entraron en la vía del enderezamiento.[1]

Antisemitismo

Convenía ante todo que lo malo fuese separado de lo bueno, y que el pueblo de Dios fuese purgado de los cuerpos extraños y funestos cuya presencia contagiaba la infección de los fieles. Así pues, el ascenso de los peligros provocó medidas de exclusión. Las más amplias golpearon sin duda a los judíos, tenidos, como se vio más arriba, por los aliados naturales de Satanás. Infrecuentes hasta entonces, las pruebas de antisemitismo se hacen manifiestas en el mismo momento en que progresa la devoción al Crucifijo y a la festividad de Semana Santa. A través de los pogroms, la cristiandad cree librarse de un fermento de corrupción: ¿no ve acaso que inmediatamente después los ritmos del universo vuelven a estar en orden?

En estos días, un Viernes Santo, después de la adoración de la Cruz, Roma fue trastornada por un temblor de tierra y un terrible ciclón. E inmediatamente, uno de los judíos hizo saber al señor papa que a la misma hora los judíos estaban mojándose, en la sinagoga, de la imagen del Crucificado. Benito inquirió activamente sobre el hecho, logró confirmarlo y condenó a los autores del crimen a la pena capital. En cuanto fueron decapitados, el furor de los vientos se aplacó.

Excomunión

En este mismo tiempo se difunde en el ceremonial de la iglesia el uso de la excomunión y de interdicto, cuyo efecto es sustraer del cuerpo de la cristiandad a los miembros alcanzados por el mal, a fin de que la podredumbre de que son portadores no pueda propagarse.

[El obispo de Limoges], Audouin, fue llevado, a causa de los pillajes de los caballeros y de la devastación de los pobres, a instituir una nueva práctica que consistía en suspender en las iglesias y monasterios el ejercicio del culto divino y la celebración del santo sacrificio, y en privar al pueblo de las alabanzas divinas, como si hubiese sido pagano: llamaba a esta práctica "excomunión".[2]

Hogueras

Por último, la época enrojece con el resplandor de las hogueras. Al fuego purificador le corresponde destruir todos los gérmenes maléficos. Hogueras de herejes y brujos. Se encienden en 1022 en Orleans para los "maniqueos" que no querían purgarse ellos mismos de su infección:

Cuando muchos hubieron empleado todos los recursos de su inteligencia para hacerles abandonar sus pérfidas ideas y reencontrar la fe verdadera y universal, y se vieron rechazados de todas las maneras, se les dijo que, si no volvían rápidamente a una sana idea de la fe, serían sin tardanza, por orden del rey y con el consentimiento de todo el pueblo, quemados por el fuego. Pero ellos, totalmente impregnados de su mala locura, se jactaban de no tener miedo a nada, anunciaban que saldrían indemnes del fuego y se reían con desprecio de quienes les daban mejores consejos. El rey, viendo con todos los que allí se encontraban que no se los podría rescatar de su locura, hizo encender no lejos de la ciudad un enorme fuego esperando que, aterrados, renunciaran a su malignidad; mientras se los conducta hasta allí, agitados por una demencia furiosa, ellos proclamaban en todos los tonos que aceptaban el suplicio y se precipitaban en el fuego tirando unos de otros. Por último, arrojados trece al fuego y cuando ya se comenzaban a quemar, se pusieron a gritar desde el medio del fuego con toda la fuerza de su voz que habían sido horriblemente engañados por un arte diabólico, que sus recientes ideas sobre el Dios y Señor de todas las cosas eran malas y que en venganza de la blasfemia de que se habían hecho culpables se los atormentaba en este mundo antes de serlo en la eternidad. Al oírlos, muchos asistentes, impulsados por la piedad y la humanidad, se aproximaron para arrancar al menos del fuego a los que sólo estaban quemados a medias; pero no lo consiguieron: la llama justiciera acababa de consumir a todos esos desdichados y los redujo incontinente a cenizas. Desde entonces, allí donde se descubrieron adeptos de la creencias perversas, se los libró al mismo castigo vengador, y el culto de la venerable fe católica, une vez extirpada la locura de estos detestables insensatos, resistió por toda la tierra un resplandor más vivo.[3]

En Angulema, la muerte del conde Guillermo Taillefer, anunciada por un incendio, lleva a la hoguera a “brujas”, pobres mujeres acusadas de haber provocado el deceso con sus maleficios.

Entre tanto, ese mismo año, el conde sucumbió a una languidez del cuerpo y finalmente murió. Ese año, cosa dolorosa de decir, un incendio encendido por cristianos impíos destruyó la ciudad de Saintes y con ella la basílica de San Pedro, sede del obispo; y este lugar permaneció mucho

tiempo privado del culto divino. Pensaba el conde en vengar este ultraje cometido contra Dios, cuando empezó a perder paulatinamente sus fuerzas; mandó instalar en Angulema una casa vecina a la Iglesia de San Andrés, para poder asistir a los oficios divinos; y allí comenzó a guardar cama presa de la enfermedad. Recibía continuamente las visitas de todos los señores y nobles personajes llegados de todas partes. Algunos decían que su enfermedad se había originado en nefastos sortilegios; siempre había disfrutado de un cuerpo sano y robusto, su cuerpo no estaba afectado a la manera del de los viejos, ni a la manera del de los jóvenes. Se descubrió que una mujer maléfica había usado contra él su arte maléfico. Como ella se negaba a confesar su crimen, se recurrió al juicio de Dios, a fin de que la verdad oculta saliese a la luz por la victoria de uno de los dos campeones. Éstos, pues, tras prestar juramento, se batieron largo rato encarnizadamente; el representante del conde era Esteban, y Guillermo el defensor de la bruja. Esteban obtuvo la victoria, ileso; el otro, con la cabeza rota, cubierto de sangre, permaneció en pie desde la tercera hora hasta la novena; vencido, fue llevado medio muerto y estuvo largo rato sin poder levantarse. Esteban, por su parte, había quedado de pie; dejando el combate sano y salvo, corrió a pie, para dar gracias a Dios, hasta la tumba de san Cibardo donde había pasado la noche precedente velando y orando; luego volvió a caballo a la ciudad para reparar sus fuerzas. Entre tanto, la bruja, a espaldas del conde, fue sometida a muchos tormentos y pronto crucificada; e incluso entonces, no confesó; sellado su corazón por el diablo no dejaba pasar por su boca ni palabra ni sonido. Sin embargo, tres mujeres que habían participado en sus maleficios la confundieron con sus testimonios; y estas mismas mujeres desenterraron a la vista de todos unas estatuillas mágicas de arcilla, ya podridas por el tiempo. El conde perdonó sin embargo a esta mujer maléfica, no permitió que la torturaran más y le concedió la vida. Jerónimo cuenta asimismo que Antíoco Epífano fue atacado de locura por efecto de sortilegios maléficos y que, presa de engañosas imaginaciones, murió de enfermedad. Nada tiene de asombroso si Dios permite que un cristiano sea alcanzado por la enfermedad en su cuerpo a causa de prestigio de maleficios

cuando sabemos que el bienaventurado Job fue afligido por el diablo con una cruel úlcera y que Pablo fue abofeteado por un ángel de Satanás; y ningún temor han de inspirar las enfermedades mortales para el cuerpo; más grave es lo que golpea a las almas que lo que golpea a los cuerpos.

El conde Guillermo recibió la penitencia de los obispos y abates; arregló todos sus asuntos y repartió sus bienes como lo deseaba entre sus hijos y su mujer; perdonado y absuelto, escuchó la misa y los oficios divinos durante todo el tiempo de la Cuaresma; y por último, durante la semana que precede a la Semana Santa, munido de la extremaunción y del viático, habiendo adorado y besado la santa madera de la cruz, entregó su alma a Dios en las manos del obispo Rohon y de los sacerdotes, teniendo un fin encomiable. Su cuerpo fue velado durante dos días por los clérigos y los monjes en la basílica del apóstol Pedro. Toda la ciudad se llenó de lamentaciones. En el santo domingo de los Hosannas, su cuerpo, cubierto con hojas y flores, fue transportado a la basílica de San Cibardo donde se lo sepultó ante el altar de san Denis. La inhumación estuvo a cargo de los dos obispos Rohon, de Angulema, y Arnaldo de Périgueux. En el vértice de su tumba, su hijo Audouin mandó colocar una placa de plomo con esta inscripción: "AQUÍ YACE EL AMABLE SEÑOR GUILLERMO, CONDE DE ANGULEMA, QUIEN, EL MISMO AÑO DE SU RETORNO DE JERUSALÉN, MURIÓ EN PAZ EL OCTAVO DÍA DE LOS IDUS DE ABRIL, VÍSPERA DE RAMOS, EN EL AÑO MIL VEINTIOCHO DE LA ENCARNACIÓN". Toda su casta reposa en el santuario de San Cibardo. Entre tanto, por orden de Audouin, las brujas fueron arrojadas a las llamas tras los muros de la ciudad. Y, después del entierro, los obispos hicieron con el clero y el pueblo la santa procesión dominical, e hicieron una estación solemne.

II. Penitencias individuales

Limosnas

Sin embargo, a la humanidad librada de esta suerte, por el hierro y el fuego, de sus excrecencias nefastas, le toca aun someterse a ritos de penitencia, individuales y colectivos. El más simple, el más común de todos, es la limosna: en los umbrales de la muerte, el propio conde de Angulema ofreció a Dios todo su tesoro:

> *Guillermo ofreció a san Cibardo, en pago de su sepultura, presentes variados y considerables tanto en tierras como en hilos de oro y plata, y otras cosas más. Entre otros presentes, ofreció una cruz de oro procesional, decorada con piedras preciosas, de siete libras de peso, y dos candelabros de plata de fabricación sarracena que pesaban quince.*[4]

Con todo, Guillermo ya se había preparado para el tránsito "escuchando la misa y los oficios divinos", es decir, viviendo como un monje. Al cristiano que se ha de purificar les están impuestas ritualmente, en efecto, las abstinencias y todas las renunciaciones que la profesión monástica implica. Es decir, las que se imponen al hombre culpable de un gravísimo pecado público y, de manera más general, a todos los agonizantes. Por entonces, la penitencia es eso: un estado y hasta me atrevería a decir una situación social. El penitente, como el monje, abandona el mundo, su mujer, sus armas, sus bienes; se sustrae a los demás; lleva una vestimenta particular. La más rica descripción de la actitud penitencial aparece en la biografía de Roberto el Piadoso escrita por Helgaud de Saint-Benoît-sur-Loire. El rey de Francia era culpable, como lo había sido el rey David: se había casado con la mujer de su vasallo, que por añadidura ya estaba ligada a él por lo que la doctrina consideraba entonces como un parentesco demasiado cercano; de este modo cometió, a la vez, el adulterio y el incesto:

> *Y como, según dice la Escritura, Dios permite que lo que él no quiere suceda, fue por permiso de su clemente sabiduría como estos dos príncipes [Roberto y David] cayeron en el pecado; y es así como se reconocieron iguales por condición humana a sus súbditos y pasaron el resto de su vida en vigilias y oraciones y soportando diversas penas corporales, a fin de que en ellos se cumpliera el testimonio de la Escritura: "Dios corrige a aquel a quien ama y flagela a todo hijo al que reciba"; Uno y otro peca-*

ron, costumbre ésta de los reyes; pero, visitados por Dios, hicieron penitencia, lloraron, gimieron, lo que en cambio no es costumbre de los reyes. A ejemplo del bienaventurado David, nuestro señor Roberto confesó su falta, imploró su perdón, deploró su miseria, ayunó, oró y, publicando su dolor, hizo de su confesión un ejemplo para todos los siglos. Lo que a los particulares no les ruboriza hacer, a este rey no le ruborizó confesarlo.

El rey se purificó por la limosna, que practicó mejor que cualquier otro rey. Helgaud rememora la larga lista de sus piadosas donaciones:

Ardiendo por honrar a un obispo tan grande [Aignan, obispo y patrono de Orleáns], Roberto, flor fragante, ornamento y gracia de la santa Iglesia, quiso, con la gracia de Dios, establecerlo en un santuario más grande y se aplicó a construir sobre su tumba una casa del señor más bella que la que allí se levantaba. Con la ayuda de Dios y el concurso de san Aignan, llevó esta obra a buen fin. Este edificio mide cuarenta y dos toesas de longitud, doce de ancho, diez de alto, y contiene ciento veintitrés ventanas. En el interior de este templo hizo erigir para gloria de los santos diecinueve altares, que vamos a detallar aquí con esmero: el altar mayor hace honor al apóstol Pedro, que el rey asoció en la consagración a su compañero de apostolado Pablo, mientras que en este lugar sólo se veneraba antes a san Pedro; en el presbiterio, un altar dedicado a san Aignan; al pie de la iglesia, otro dedicado a este mismo santo: otro a san Benito; los que restan, a los santos cuyos nombres siguen: Euverte, Lorenzo, Jorge, Todos los Santos, Martín, Mauricio, Esteban, Antonino, Vicente, María, Juan, el santo Salvador, Mamerto, Nicolás, Miguel. El presbiterio del santuario era una obra admirable y se asemejaba al de la iglesia de Santa María, madre del Señor y de los santos Agrícola y Vital, situada en Clermont. En cuanto al relicario del propio san Aignan, el rey lo orló por delante con el mejor oro y piedras preciosas y plata pura. Y la mesa del altar de san Pedro, a quien está dedicado el santuario, la hizo cubrir enteramente de oro fino; la noble reina Constanza, su gloriosa esposa, debía, tras morir su muy santo marido, retirar el valor de siete libras de este mismo oro y darlo a Dios y a san Aignan para embellecer de este modo la techumbre de la iglesia así edificada; abierta des-

de la base hasta el remate, se veía allí mejor el cielo que la tierra. Ahora bien, sobre la mesa del alta r había quince libras de oro contrastado. Lo que quedó, la reina lo distribuyó entre aquellos a quienes debía distribuirlo; estaba llena de solicitud por las iglesias de Dios, según la bienhechora voluntad de su señor.

Después de todo eso, el glorioso rey Roberto, deseoso de consagrar santamente esta iglesia, en el trigésimo sexto año de su coronación, bendición y elevación a la realeza, convocó por orden soberana a los arzobispos Gauzlin, de la sede de Bourges y abate de Fleuri, Lierri, de Sens, y también Arnoul de Tours. Se unieron a su asamblea los obispos Oury, de Orleans, Thierri, de Chartres, Bernier, de Meaux, Guérin, de Beauvais, y Raoul, de Senlis. También estuvieron el venerable señor Odilón, abate de Cluny, y otros buenos hombres de gran mérito con los cuales el rey estaba siempre deseoso de conversar. Estos personajes y aun otros ministros de Dios, levantaron de la tumba el noble cuerpo del santísimo amigo de Dios. Aignan; y con él los de los santos Euspicio, Monitor y Flosculus, confesores, Baudelius y Subilius, mártires, y el de santa Agie, madre de san Lupo, confesor; y por el glorioso rey y aquellos cuyos nombres hemos citado que habían venido para esta ceremonia, Aignan fue velado, alabado y cantado con himnos y laudes en la iglesia de San Martín, mientras se preparaba todo lo que era útil y necesario a la santa bendición. Cuando todo estuvo listo, el rey hizo bendecir y consagrar solemnemente los lugares por los mismos santos sacerdotes, en el año de la encarnación del Señor 1029 indicción, décimo segunda. El ilustre rey carga sobre sus hombros el despojo del santo, ayudado por su pueblo lleno de contento y alegría; se lo traslada al son de los cantos sagrados al nuevo templo que este mismo glorioso Roberto había hecho edificar, alabando al Señor y a san Aignan al son del tambor y de las voces humanas, de los instrumentos de cuerda y del órgano; y se lo deposita en lugar santo por el honor, la gloria y la alabanza de Jesucristo nuestro Señor y de su servidor Aignan, favorecido con una gloria especial.

Terminada esta ceremonia de consagración, así como todos los ritos de la dedicatoria del santo templo, Roberto, padre de la patria, a quien no

se debe nombrar sino con reverencia, se dirigió al altar del santísimo Pedro y del bienamado señor Aignan, a la vista de todo el pueblo, y, quitándose su vestimenta de púrpura, que en lengua vulgar llaman roquete, se puso de rodillas y dirigió a Dios desde el fondo de su corazón este rezo suplicante: "Te doy gracias, Dios bueno, que hoy, por los méritos de san Aignan, has conducido hasta su cumplimiento el proyecto que concebí; y me regocijo en mi alma de los cuerpos santos que en este día triunfan con él. Concede pues, Señor, por todos los santos que aquí están, a los vivos el perdón de sus pecados y a todos los difuntos la vida y el descanso eternos. Inclínate sobre los tiempos que vivimos, gobierna este reino que te pertenece y que nos fue confiado por tu clemencia, tu misericordia, y tu bondad; dirígelo, protégelo por el honor y la gloria de tu nombre, por la virtud maravillosa de san Aignan, padre de esta patria, a la que libró maravillosamente de sus enemigos".

Terminada esta oración, cada cual vuelve alegremente a su casa; y, ese mismo día, el rey enriquece este lugar de manera fulgurante dándole cuatro manteles del más grande precio, un vaso de plata y su oratorio, que legó para después de su muerte al Dios todopoderoso y al santísimo confesor Aignan. El oratorio de este muy piadoso, muy sabio y muy poderoso rey Roberto consistía en lo que sigue: dieciocho chappes en buen estado, magníficos y muy bien trabajados; dos libros de los Evangelios tapizados en oro, dos en plata y otros dos más pequeños, con un misal de ultramar ricamente ornado en marfil y plata; doce filacterios de oro; un altar maravillosamente ornado de oro y plata, conteniendo en su parte media una piedra admirable llamada ónix; tres cruces de oro, la más grande de las cuales está hecha de siete libras de oro puro; cinco campanas (una de estas campanas, verdaderamente maravillosa, pesa dos mil setecientas libras; el rey hizo grabar en ella el símbolo del bautismo real por el óleo y la santa crisma, según el ritual de la Iglesia, a fin de que, por la gracia del Espíritu Santo, esta campana llevara el nombre de Roberto). El rey dio igualmente a san Aignan dos iglesias, las de Santilly y Ruán, con sus pueblos y todas sus dependencias, que hizo confirmar y corroborar por un precepto real. Obtuvo además del señor Thierri, venerable

obispo de Orleans, los altares de estas dos iglesias, con un privilegio acordado por el obispo a san Aignan y al ilustre rey, quien siempre había manifestado al santo con sus palabras el vivo afecto que a su corazón inspiraba.

La limosna real adopta un aspecto simbólico cuando el soberano, cristo del Señor, mima las actitudes de Jesús en la época de Semana Santa:

Pero no queremos pasar por alto la costumbre que tenía de hacer la limosna en las residencias de su reino. En la ciudad de París, en Senlis, en Orleans, en Dijon, en Auxerre, en Avallon, en Melun, en Etampes, en cada una de estas residencias, se daba a trescientos o, para ser más exactos, a mil pobres, cantidad de pan y de vino; y esto tuvo lugar muy especialmente el año en que se marchó hacia Dios, que es el milésimo trigésimo segundo de la Encarnación del Señor. Fuera de ello, durante la santa Cuaresma, allí donde fuera, repartía cada día a cien o doscientos pobres pan, pescado y vino. El día de la cena del señor, cosa increíble para quien no la ha visto y en verdad admirable para quienes fueron testigos y le prestaron su concurso, no había menos de trescientos pobres reunidos ese día por su providencia; él entregaba en sus manos con su santa mano, haciendo cada uno la genuflexión, legumbres, pescado, pan y un denario. Y esto se realizaba a la tercera hora del día. A la sexta hora, daba igualmente a cien clérigos pobres su parte de pan, pescado y vino, y los gratificaba a cada uno con doce denarios, sin cesar de cantar con el corazón y los labios los salmos de David. Luego, después de comer, este humilde rey se preparaba para el servido de Dios, se quitaba sus ropajes, se ponía un cilicio en la misma piel; reunía una asamblea de más de ciento sesenta clérigos; a ejemplo del Señor, les lavaba los pies y se los secaba con los cabellos de su propia cabeza y, obedeciendo a la orden del Señor, le daba a cada uno dos cuartos; el clero estaba presente y había un diácono encargado de leer entre tanto el relato de la Cena del señor según san Juan. Tales eran la ocupaciones de este rey glorioso por sus méritos; durante todo el día del viernes Santo, recorría las iglesias de los santos y adoraba la cruz del señor hasta la víspera de la santa Resurrección; marchaba entonces de inmediato a participar del servicio de alabanza, que

no falló nunca en su boca. Por los méritos de estas virtudes y otros más por el espectáculo de sus buenas obras, este glorioso rey Roberto, a quien se debe celebrar en toda la tierra, se ofreció a la admiración, del mundo y sigue siendo un ejemplo para toda la posteridad.

Este hombre, después de Dios la muy particular gloria de los reyes, en razón del número sagrado de los santos apóstoles a quienes amaba con todo el amor de su corazón y en las festividades solemnes de las que había hecho voto de ayuno, se hacía acompañar por doce pobres a quienes quería muy particularmente. Él era en verdad para ellos el reposo después de los sufrimientos. Comparaba a estos santos pobres con borriquillos vigorosos y, allí, donde se dirigía, los conducía delante de él, gozoso, alababa a Dios y bendecía su alma. Cuando se trataba de reconfortar a sus pobres y a incontables otros, nunca se rehusaba, sino que ponía en ello toda su voluntad. Si alguno de ellos moría, su mayor afán era que su número no disminuyese; pues los vivos suceden a los muertos y representan la ofrenda a Dios de este tan grande rey.

Mortificaciones

Penitente —porque es pecador, pero también por el solo hecho de que es rey, de que representa a Cristo entre su pueblo y es responsable de la salvación de todos—, Roberto impone igualmente a su cuerpo las mortificaciones:

Un año en que en la santa época de la Cuaresma, el abate de Saint-Arnoul de Crépy se había presentado como de costumbre ante el rey, que se hallaba entonces en Poissy, después de tratar los asuntos por los cuales había venido, tomaron juntos el alimento del cuerpo y el del alma. Ligados por el afecto que de costumbre se experimenta en ese instante, el buen abate, recordando al rey la bondad de Dios, lo invitó a sostener su cuerpo lleno de humildad concediéndole algún alimento, a él que, golpeando sin cesar a las puertas del cielo con sus oraciones, participaba en los méritos de los santos. Este hombre lleno de piedad se rehusaba y prosternándose, le suplicaba que no le hiciera violencia, diciendo que si obedecía a tales consejos, dejaría de cumplir el voto de ayuno ofrecido a Dios. Ante estas palabras, el abate se sintió obligado a callarse y, meditando en su corazón sobre la perfección, de virtud de que daba pruebas esta estricta observan-

cia del ayuno, ofreció para el príncipe diversas y numerosas misas a fin de que Dios le concediera perseverar en el cumplimiento de su voto. El rey, regocijado por los presentes espirituales que de este modo le hacía el santo hombre, dio gracias a Dios y observó el santo ayuno sin interrupción a la espera del día de la resurrección de nuestro Dios y Señor Jesucristo. Este ferviente del bien en materia de religión, para la purificación de sus pecados, obraba así: desde la santa Septuagésima hasta la Pascua, sin servirse del menor cojín, se tendía frecuentemente sobre la dura tierra y elevaba incansablemente su alma al cielo. Por tales rasgos y por muchos otros, pueda la corta oración siguiente favorecer la salvación de su alma: "Que Dios borre las manchas de sus actos pasados, que los arroje en un olvido eterno y lo haga participar en la primera resurrección, él que es la resurrección de los muertos, Jesucristo que vive y reina por los siglos de los siglos".

Peregrinación

Cuando el tránsito se acerca, los ritos de penitencia cobran más amplitud. Mucho antes de su muerte corporal, el rey Roberto quiere morir para el mundo, se aplica a ello mediante esa ruptura que es la peregrinación. Práctica penitencial mayor, semejante experiencia lanza al cristiano a los peligros de una aventura y, como antaño el pueblo de los hebreos, lo pone en marcha hacia la Tierra Prometida. El rey visita pues, uno por uno y llegando hasta la abadía de Saint-Gilles, en los confines de su reino, a todos los santos, sus amigos, en las tumbas donde descansan:

Habitado por el deseo de morir para el mundo y de vivir en cristo nuestro Dios, este poderoso rey, deseando ver a Aquel a quien le pertenece todo lo que existe y a quien referimos todo cuanto escribimos, quiso tener por amigo sobre la tierra a Aquel a quien el cielo no puede contener. Durante la Cuaresma, acude junto a los santos que están unidos a él en el servicio de Dios, les reza, los reverencia, golpea sus oídos con humildes y saludables oraciones a fin de que se lo encuentre digno de cantar con todos los santos las alabanzas de Dios. Laboraba en esto con toda su carne y todo su espíritu, a fin de triunfar un día por la virtud de Dios. Fue recibido en el país de Bourges por el santo protomártir Esteban, con san Maïeul, en el primer puesto por sus méritos, por santa María con el célebre y muy grande mártir Julián, de nuevo por la muy clemente virgen de vírgenes María con el gran confesor san Gilles. Después el ilustre

Saturnino, el valeroso Vicente, el digno Antonino, santa Fe mártir, por último el santo y muy valeroso caballero del Señor, Geraldo, lo devuelven a su regreso sano y salvo al glorioso Esteban, con quien pasa jubilosamente el día de Ramos, antes de arribar a Orleans para recíbir aquí el día de Pascua al autor de nuestra salvación. De camino, hizo numerosos dones a estos santos y su mano nunca abandonó a los pobres. Hay en estos países muchos enfermos, sobre todo leprosos; este hombre de Dios no les tenía terror, habiendo leído en la santas Escrituras que muy a menudo el señor Cristo recibió bajo su forma humana la hospitalidad de los leprosos. Se acercaba a ellos, solícito, entraba en sus casas, les daba dinero con su propia mano y con su propia boca le besaba la manos; y alababa a Dios en todas las cosas, recordando la palabra del Señor: "Recuerda que eres polvo y que volverás al polvo". Con piedad, enviaba socorros a otros desdichados, por el amor del Dios todopoderoso, que hace grandes cosas allí donde se encuentre. Y el poder de Dios confirió a este hombre perfecto una tal virtud para atender a los cuerpos que, cuando tocaba con su muy piadosa mano la llaga de los enfermos haciendo en ella la señal de la cruz, los curaba de todo el dolor de su mal.

Salmodia

Por último, en su agonía escollada por los prodigios, cumple los gestos de la liturgia monástica y se comporta como verdadero hijo de san Benito:

Después de su óbito verdaderamente santo, que tuvo lugar el décimo tercer día de las calendas de agosto, se vio en el mundo entero, el día de la pasión de los santos apóstoles Pedro y Pablo, que el sol tomaba la apariencia de la luna nueva en su primer cuarto y, privado de sus rayos, se oscureció y palidecía por encima de los hombres, hacia la sexta hora del día. Este fenómeno turbó de tal modo la vista, que la gente no se reconocía y necesitaba cierto tiempo para poder reconocerse. Lo que esto presagiaba fue bien conocido: a nosotros, miserables, nada nos sobrevino que no fuera el insoportable dolor en que nos dejó su muerte. Desde el día de la fiesta de san Pedro hasta el de su muy santo óbito, se cuentan veintiún días. En su transcurso, él cantó los santos salmos de David y meditó en

la ley del Señor noche y día, a fin ciertamente de que se le pudiese aplicar lo que se había dicho especialmente de nuestro santísimo padre Benito:

"Asiduo cantor de salmo, nunca dejaba la lira en reposo.

y murió cantando asiduamente los santos salmos".

Este hombre mil veces bienaventurado sabía que la libre paz y el pacífico reposo aguardan a los servidores de Dios, cuando, arrancados a las agitaciones del mundo, alcanzan el asiento seguro del puerto eterno; y que después de la prueba de la muerte entran en la inmortalidad. Y él se apresuraba, por las virtudes que hemos mostrado en él, a dejar las tristezas presentes para arribar al gozo eterno. Decía sentir la completa alegría de sufrir para merecer contemplar a Cristo nuestro Dios. Pronto para salir de este mundo no cesaba de invocar al Señor Jesús, amo de la salvación y de todo bien. Para poder contemplar el invencible poder del Rey eterno, oraba incansablemente con la voz y el gesto de los ángeles, los arcángeles y todos los santos de Dios que vinieran en su socorro, fortificándose siempre sobre su frente, sobre sus ojos, sobre sus narices, sobre sus labios, sobre su garganta, sobre sus orejas, por la señal de la santa cruz, en memoria de la encarnación del señor, de su natividad, de su pasión, de su resurrección, de su ascensión y de la gracia del Espíritu Santo. Tal había sido su costumbre durante su vida, la de quien nunca faltó voluntariamente al agua bendita. Y, desbordante de estas virtudes y muchas otras, en su sexagésimo año, creemos nosotros, esperaba la muerte sin temblar. Su enfermedad se agravó mucho a causa de una fiebre interna, reclamó él el viático saludable y benefactor del cuerpo y de la sangre vivificante de nuestro Señor Jesucristo. Tras recibirlo, pasó aún un breve momento, después se marchó hacia el Rey de reyes y Señor de señores y, feliz, alcanzó el reino feliz. Se durmió, como lo hemos dicho, en el Señor, el décimo tercer día de las calendas de agosto, un martes, a la aurora, en el burgo de Melun; fue transportado a París y enterrado en San Denis junto a su padre, ante el altar de la Santa Trinidad.[5]

Profesión monástica

Sin embargo, la más perfecta de las penitencias individuales, la más saludable, consistía en "convertirse", en trastocar el curso de la existencia ingresando en un monaste-

rio. La mayoría de los monjes del Año Mil habían sido "ofrecidos" a Dios por sus padres en su primera infancia; oblatos, habían recibido una formación especial en el seno de la comunidad, que era así su propia escuela. Era absolutamente excepcional que un hombre hecho, educado para vivir en el mundo, decidiera romper con los suyos y vestir el hábito de san Benito; a veces, este acto suscitaba escándalo (véase pag. 136). Pero, en esta época, se extiende entre los hombres de cierta edad y que se preparan para la muerte, el uso de retirarse del mundo. Muchos, como ese "laico, no obstante muy religioso" del que habla Raoul Glaber (véase pág. 60) se contentan con seguir regularmente los oficios y, para esto, se instalan a las puertas de un monasterio. Algunos penetran en él y hacen profesión. La mayoría abandonan las armas, cortan sus cabellos y visten la cogulla en su lecho de muerte, haciendo una importante donación al monasterio que han elegido. He aquí el acta escrita redactada con ocasión del monasticado del vizconde de Marsella. Este gran señor poseía en su patrimonio familiar el obispado de esta ciudad (su hermano Pons es entonces obispo] y la antigua abadía de San Víctor, restaurada unos cuarenta años antes cuando retrocedía el peligro sarraceno; y es aquí donde se hace monje.

Por iniciativa de la misericordia de Dios todopoderoso y con la aprobación de su benevolente clemencia, él que no quiere la muerte del pecador sino que por el contrario se convierta y viva, yo Guillermo, vizconde de Marsella, yaciendo en mi lecho, en la enfermedad que el mismo Señor me ha enviado, estoy rodeado por los hermanos del monasterio del bienaventurado Victor, a saber Guifredo, situado a la cabeza de dicho monasterio por el abate Garnier [de Psalmodi] como prior, así como los otros hermanos, y éstos, según la costumbre de los servidores de Dios, han querido sugerirme que había llegado para mí el momento de abandonar la milicia secular a fin de militar por Dios. Así yo, gracias a Dios, alcanzado por sus exhortaciones, sacrifiqué mi cabellera; y según la regla de san Benito recibí el hábito monástico. Y, fuera de lo que en el tiempo de mi salud doné antaño a dicho monasterio del bienaventurado Victor mártir, es decir el dominio de Plan d'Aups con todas sus dependencias y deslindes, ahora, enteramente lúcido y en plena posesión de mi memoria, para remedio de mi alma, hago donación a Dios todopoderoso y a san Victor, así como a los abates y monjes que sirven en dicho lugar, de un dominio llamado Campanias, al menos de la mitad de ese dominio, que por una razón de valorización poseo, en toda su integridad, sin ninguna restricción, con sus dependencias y deslindes. Tal como la he poseído durante mi vida, así la cedo y la doy y la transmito, como he di-

cho, a Dios todopoderoso y a mi señor san Victor que siempre me ayudó en todas las necesidades y que ahora, por su intercesión, me conduce a la milicia sagrada.

[Según los confronts de la villa así dada y después de las adjuraciones conminatorias, la multa fijada se eleva para el usurpador a doscientas libras de oro].

Esta carta de donadción fue establecida en Marsella, en la ciudad, el año de la encarnación del Señor mil cuatro, el quince de octubre, siendo rey Rodolfo.

[Siguen las firmas del donante, de su hijo el obispo Pons, de la familia vizcondal y de algunos laicos].[6]

III. La paz de Dios

Pero en los años que se avecinan al Año Mil, la cristiandad siente que toda ella va a cumplir el tránsito. Así pues, se prepara aplicándose a la penitencias que se imponen los moribundos. Se explica así que veamos todos los ritos de purgación no sólo multiplicarse sino también hacerse colectivos; son propuestos al conjunto del pueblo, todo él culpable y llamado a atravesar en un solo cuerpo la prueba que desemboca en el Reino.

Las asambleas de paz

Esta generalización de las prácticas penitenciales, de los interdictos y los renunciamientos, fue el principal objeto de las grandes asambleas que primero en el sur de la Galia, en la vecindad de las ciudades demasiado estrechas para contenerlas íntegramente, reunieron entonces a los prelados, grandes y muchedumbres populares en torno a las monturas y reliquias. Se trataba de que todos observaran, cualquiera que fuese el orden de la sociedad a que pertenecieran, reglas de vida que hasta entonces sólo eran seguidas en los claustros, por los monjes, por los especialistas en mortificaciones y abstinencia. Privarse todos juntos, renunciar a los placeres de comer carne, de hacer el amor, de manejar oro, de combatir: éste era el medio que tenía el pueblo de Dios para conjurar la venganza divina, hacer retroceder inmediatamente las plagas y prepararse para el día de ira. Cuando describe en su extensión el amplio movimiento que propagó del Sur al Norte de la Galia tales con concilios purificadores, Raoul Glaber pone con todo acierto en evidencia el nexo orgánico que une a las dos principales decisiones que se tomaron: agravar las reglas del ayuno e instaurar la paz de Dios. Dos privaciones.

Fue entonces [el milésimo año después de la Pasión del Señor] cuando, primeramente en las regiones de Aquitania, los obispos, abates y otros hombres consagrados a la santa religión comenzaron a reunir a todo el pueblo en asamblea, a las que se trajo numerosos cuerpos de santos e innumerables monturas repletas de santas reliquias. De ahí, por la provincia de Arles y después la de Lyon; y así, por toda Borgoña y hasta en las comarcas más distantes de Francia, se anunció en todas las diócesis que, en lugares determinados, los prelados y los grandes de todo el país iban a convocar asambleas para el restablecimiento de la paz y la institución de la santa fe. Cuando la noticia de estas asambleas fue conocida por

toda la población, los grandes, los medianos y los pequeños se presentaron en ellas llenos de alegría, únicamente dispuestos a ejecutar todo lo que fuera prescrito por los pastores de la Iglesia; una voz llegada del cielo y que hablara a los hombres sobre la tierra no lo hubiese hecho mejor. Pues todos se hallaban bajo el efecto del terror por las calamidades de la época, precedente y atenazados por el temor de verse arrancar en el futuro las delicias de la abundancia.

Una noticia dividida en capítulos contenía a la vez lo que estaba prohibido hacer y los compromisos sagrados que se había decidido tomar para con Dios todopoderoso. La más importante de estas promesas era observar una paz inviolable; en lo sucesivo, los hombres de cualquier condición, así fuesen culpables de alguna fechoría, podían andar sin temor y sin armas. El ladrón o el que había invadido el dominio de otro estaba sometido al rigor de una pena corporal. A los lugares sagrados de todas las iglesias correspondía tanto honor y reverencia que si un hombre, punible por alguna falta, se refugiaba en ellos, no sufría ningún daño, salvo que hubiese violado dicho pacto de paz; entonces se apoderaban de él, lo arrancaban del altar y debía sufrir la pena prescrita. En cuanto a los clérigos, monjes y monjas, aquel que cruzaba un país en su compañía no debía sufrir violencia de nadie.

En estas asambleas se tomaron decisiones que deseamos referir en toda su extensión. Hecho bien digno de ser recordado, todo el mundo convino en santificar desde ahora el viernes de toda semana absteniéndose de vino y el sábado privándose de carne, salvo en los casos de enfermedad grave o si una gran solemnidad caía en esos días; si alguna circunstancia inducía a alguno a debilitar un poco esta regla, entonces debía dar de comer a tres pobres.[7]

La cronología de la asambleas por la restauración de la paz es, en verdad, mucho más amplia de lo que parece leyendo a Glaber. Las primeras se realizaron en 989-990, simultáneamente en Charroux, en el Poitou y en Narbona; otras se reunieron, en Aquitania y la antigua Gotia, hasta el Año Mil. Más tarde, sobre 1023, el movimiento se extendió por el valle del Ródano y del Saona, en Francia del Norte: conoció una nueva expansión en los años 1027-1041 por toda Galia pero sobre todo en las provincias meridionales. Ordenado efectivamente en torno a los dos milenios, no se propagó al Imperio, cuyo soberano era aún personalmente capaz de mantener el orden y la jus-

ticia. De hecho, fue la impotencia del rey de Francia la que condujo a la Iglesia, y primeramente en las regiones del reino donde la degradación de la autoridad monárquica había sido más precoz, a asumir ella misma la misión pacífica que Dios confiaba no hace mucho al soberano.

El juramento de la paz

La restauración de la paz se concibió como un pacto destinado a contener la turbulencia de uno de tos tres órdenes de la sociedad, el de los hombres de guerra. En cada provincia, los caballeros debieron jurar contener, con la mano sobre las reliquias, su agresividad dentro de límites precisos. He aquí el texto del juramento sancionado por el obispo de Beauvais, Guérin, en 1023-1025:

No invadiré una iglesia en ninguna forma. Por su preservación, tampoco invadiré las bodegas que pertenecen al recinto de una iglesia, salvo en el caso de que un malhechor haya infringido esa paz, o en razón de un homicidio o de la captura de un hombre o de un caballo. Pero si por estos motivos invado dichas bodegas, no me llevaré nada como no sea al malhechor o sus instrumentos, a sabiendas.

No atacaré al clérigo o al monje si no llevan las armas del mundo ni a aquel que marcha con ellos sin lanza su escudo; no tomaré su cabello, salvo caso de flagrante delito que me autorice a hacerlo, o a menos que se hayan negado a reparar su falta en un plazo de quince días después de mi advertencia.

No tomaré el buey, la vaca, el puerco, el camero, el cordero, la cabra, el asno, la gavilla que lleve, la yegua y su potro no domado. No asaltaré al campesino ni a la campesina, a los guardias ni a los mercaderes; no les tomare sus denarios; no les exigiré rescate; no los arruinaré tomándole su pertenencia bajo el pretexto de la guerra de su señor y no los azotaré para quitarles su sustento.

Desde las calendas de marzo hasta la fiesta de Todos los Santos, a nadie despojaré del mulo o la mula, del caballo o la yegua y el potro que estén pastando, salvo que los encuentre causándome perjuicio.

No incendiaré ni derribaré las casas, a menos que encuentre en ellas un caballero, mi enemigo, o un ladrón; a menos también que estén unidas a un castillo que sea cabalmente un castillo.

No cortaré ni arrancaré ni vendimiaré las viñas de otro, con el pretexto de la guerra, salvo que sea en la tierra que sea y deba ser mía. No destruiré molinos ni hurtaré el trigo que contengan, salvo cuando me encuentre en cabalgata o en expedición militar pública y si está en mi propia tierra.

Al ladrón público y probado no le procuraré sostén ni protección, ni a él ni a su empresa de bandidaje, a sabiendas. En cuanto al hombre que infrinja esta paz conociéndolo, cesaré de protegerlo no bien yo lo sepa; y si ha obrado inconscientemente y ha recurrido a mi protección, o bien haré reparación por él, o bien le obligaré a hacerlo en el plazo de quince días, después de lo cual estaré autorizado a exigirle razón o le retiraré mi protección.

No atacaré al mercader ni al peregrino y no los despojaré, salvo que cometan una fechoría. No mataré el ganado de los campesinos, si no es para alimentarme a mí a mi escolta.

No capturaré al campesino y no le quitaré su sustento a instigación pérfida de su señor.

No atacaré a las mujeres nobles, ni a quienes circulen con ellas, en ausencia de su marido, a menos que las encuentre cometiendo alguna fechoría contra mí por su propio movimiento; observaré la misma actitud con las viudas y las monjas.

Tampoco desppjaré a los que conduzcan vino en carretillas y no les tomaré sus bueyes. No detendré a los cazadores, sus caballos y sus perros, salvo que me perjudiquen, a mí mismo o a todos quienes han tomado el mismo compromiso y lo observen a mi respecto.

Exceptúo las tierras que son de mi alodio y de mi feudo, o bien que me pertenezcan en franquicia, o bien que estén bajo mi protección, o bien que sean de mi competencia. Exceptúo asimismo los casos en que yo edifique o sitie un castillo, los casos en que esté en el ejército del rey y de nuestros obispos, o en cabalgata. Pero incluso entonces, no exigiré más que lo que sea necesario para mi subsistencia y no me llevaré a mi casa nada más que las herraduras de mis caballos. En el ejército, no violaré la

inmunidad de las iglesias, a menos que ellas me prohíban la compra y el transporte de víveres.

Desde el inicio de Cuaresma hasta semana Santa, no atacaré al caballero que no lleve las armas del mundo y no le quitaré el sustento que tenga con él. Si un campesino hace daño a otro campesino o a un caballero, esperaré quince días; después de lo cual, si no ha hecho reparación, me apoderaré de él, pero no tomaré de su pertenencia sino lo que está legalmente fijado.[8]

Se trata, en efecto, de proteger el orden de los que oran y el orden de los que trabajan, más generalmente a los pobres y a todas las persona sin armas, contra los pillajes y los asaltos de los especialistas de la guerra, o sea de mantener la seguridad pública de la manera misma en que poco antes lo hacían los reyes. Sin embargo, estos juramentos contienen algunas disposiciones que llevan un poco más lejos la intención pacífica. Limitan con más rigor ciertas actividades militares durante la Cuaresma y suministran la prueba de que, en esta estación de penitencia, ciertos caballeros deponían sus armas y renunciaban a los gozos del combate, por afán de purificación personal

La tregua de Dios

En realidad, poco a poco, a las simples consignas de paz les sustituyó un compromiso muy diferente, que no sólo intentaba delimitar áreas de protección contra las violencias de la guerra, sino que establecía una suspensión general de toda hostilidad durante los períodos más santos del calendario litúrgico. Esta abstinencia, la tregua de Dios, fue propuesta a la caballería como la forma de ascesis más conveniente a su estado:

Ocurrió en este tiempo [en 1041, dice Glaber, pero en realidad un poco antes] bajo la inspiración de la gracia divina, primero en los países de la Aquitania y luego, poco a poco, en todo el territorio de la Galia, que se concluyera un pacto, a la vez por el temor y por el amor de Dios. Prohibía a todo mortal, del miércoles a la noche al alba del lunes siguiente, ser lo bastante temerario como para osar tomar por la fuerza lo que fuere a quienquiera, o para tomar venganza de algún enemigo, o incluso para apoderarse de las prendas del garante de un contrato. Aquel que fuera contra esta medida pública, o bien lo pagaría con su vida o bien se vería desterrado de su patria y excluido de la comunidad cristiana. Plugo a todos llamar a este pacto, en lengua vulgar, la tregua de Dios. En efecto, no disfrutaba solamente del apoyo de los hombres sino que además fue muchas veces ratificada por temibles señales divinas. Pues la

mayoría de los locos que en su audaz temeridad no temieron infringir este pacto, fueron castigados sin tardanza, ya sea por la cólera vengadora de Dios, ya sea por la espada de los hombres. Y esto se produjo en todos los sitios con tanta frecuencia que el gran número de ejemplos impide citarlos uno por uno; no fue, además, sino justicia. Pues si el domingo es tenido por venerable en recuerdo de la resurrección del Señor —también se llama a este día el octavo— lo mismo el quinto, el sexto y el séptimo día de la semana, en recuerdo de la Cena y de la Pasión del señor, deben ser feriados y estar exentos de actos de iniquidad.[9]

IV. Las peregrinaciones colectivas

El desarrollo concomitante de las peregrinaciones colectivas ha de ser situado con los mismos enfoques. En los años que precedieron al Año Mil, cundió entre los muy grandes señores del reino de Francia el hábito de partir a la lejanía con sus sacerdotes y vasallos, para visitar un lugar santo. Esto significaba, a la vez, imponerse una penitencia saludable y asegurarse los favores de los personajes invisibles y formidables cuya sepultura se iba a saludar. A esto se añadían los placeres de un viaje en cuadrilla. Así, el duque Guillermo de Aquitania *ya en su juventud había contraído el hábito de dirigirse todos los años a Roma, a la tumba de los Apóstoles; los años en que no iba a Roma hacía, en compensación, un viaje de devoción a Santiago en Galicia.*

Hacia Jerusalén

La conversión del príncipe de los húngaros en el Año Mil derribó uno de los tantos escollos que obstruían el camino de Jerusalén:

En la misma época, el pueblo de los húngaros, que se hallaba en las cercanías del Danubio, se volvió con su rey a la fe de Cristo. Este rey, bautizado con el nombre de Esteban, consagró su honor a ser muy cristiano; el emperador Enrique le dio a su hermana en matrimonio. En este tiempo, casi todos los que, desde Italia y Galia, deseaban llegar al sepulcro del Señor en Jerusalén, se dieron a abandonar la ruta acostumbrada, que cruzaba los estrechos del mar y a pasar por el país de este rey. Éste les preparó a todos una de las rutas más seguras; acogía como hermanos a todos los que veía y les hacía enormes presentes. Estas atenciones incitaron a una incontable multitud, tanto de nobles como de gente del pueblo, a partir para Jerusalén.[10]

En los años que siguieron, y especialmente tras la destrucción del Santo Sepulcro, que fue rápidamente reconstruido, Jerusalén se convirtió, con Roma y Santiago de Compostela, en la meta de las más exalta-

das y más saludables peregrinaciones. El auge que conoció desde entonces la visita a Tierra Santa impresionó a los contemporáneos.

En aquel tiempo (1026), Guillermo, conde de Angulema, hizo camino por la Baviera hacia el sepulcro del Señor. Lo acompañaban Eude de Bourges, señor de Déols, Ricardo, abate de Verdún, Ricardo, abate de San Cibardo de Angulema, con su prior y consejero, Giraut Fanesin, Amfroi, quien después fue abate, y un gran séquito de nobles. Esteban, rey de Hungría, lo recibió con los más altos honores y lo colmó de presentes. Se puso en marcha el primer día de octubre, llegó a la ciudad santa en la primera semana del mes de marzo y regresó hacia los suyos en la tercera semana de junio. Al volver, pasó por Limoges, donde toda la multitud de los monjes de san Marcial salió a su encuentro y lo recibió con gran pompa. Más aún, no bien llegó a Angulema las noticia de su arribo todos los señores no sólo de Angulema sino también del Poitou y de la Saintonge, y gentes de toda las edades y todos los sexos corrieron hacia él, llenos de contento, para contemplarlo. El clero del monasterio de San Cibardo, en hábito blanco y llevando diversos ornamentos, acompañado por una gran muchedumbre de pueblo, clérigos, canónigos, acudió gozosamente a su encuentro a una milla de los muros de la ciudad, al son de los laúdes y las antífonas. Y todos, lanzando a lo más alto del cielo los gritos del Te Deum laudamus*, le hicieron cortejo según la costumbre. Fue entonces cuando eligió al monje Amfroi, que se hallaba con él como abate de la basílica de san Cibardo. En efecto, el abate Ricardo había muerto en camino, en Salembria, ciudad de Grecia más acá de Constantinopla, y se lo había enterrado en la víspera de la Epifanía. El nuevo abate fue ordenado por el obispo Rohon en presencia del propio conde, del abate de san Marcial Ulrico, dignamente rodeado de sus monjes, de los abates de la vecindad y de la alta nobleza de los señores. […] De regreso a Jerusalén, Guillermo había dado el buen ejemplo a muchos señores nobles, gentes de la clase media y pobres. Muy pronto, en efecto, Isenbert, obispo de Poitiers, Joraan, obispo de Limoges, el conde [de Anjou] Foulque, y aun muchos otros altos barones y una inmensa multitud de pueblo*

de las clases medias, pobres y ricas, emprendieron la marcha a Jerusalén. [11]

El gran impulso

Pero es en 1033, milenario de la Pasión, donde Raoul Glaber sitúa en su relato el apogeo del "santo viaje". También indica la significación profunda de la peregrinación: ella es preparación para la muerte, es promesa de salvación. Y el peregrino que se desprende de su casa, que rompe con los de su estirpe, que se despoja de toda protección, que se separa de todo afecto, de hecho ya ha partido, como el rey Roberto en los meses que precedieron a su óbito, para el más allá. Su verdadera esperanza es encontrar la muerte en el camino.

En la misma época una muchedumbre innumerable empezó al converger desde el mundo entero hacia el sepulcro del salvador en Jerusalén; nadie hubiera previsto antes parecida afluencia. Fueron primero las personas de las clases inferiores, después las del pueblo medio, después todos los más grandes, reyes, condes, marqueses, prelados; por último, cosa que jamás había sucedido, muchas mujeres, las más nobles junto con las pobres, acudieron allí. La mayoría deseaba morir antes de retornar a su país. Un tal Liébaut, oriundo de Borgoña, de la diócesis de Autun, que viajaba con los otros, llegó allí. Tras contemplar esos lugares sagrados entre todos, se dirigió al monte de los Olivos desde el que el salvador, a la vista de tantos testigos dignos de fe, se elevó hacia los cielos, desde donde prometió venir para juzgar a los vivos y a los muertos; con los brazos en cruz, prosternado cuan largo era, inundado de lágrimas, se sintió embargado en el señor por una alegría interior indecible. Por momentos se incorporaba, elevaba las manos al cielo, tendía su cuerpo hacia lo alto con todas sus fuerzas, y mostraba el deseo de su corazón con estas palabras:

"Señor Jesús, que por nuestra causa te has dignado descender del asiento de tu majestad sobre la tierra para salvar al género humano; y que, desde este lugar que veo con mis ojos, has remontado con tu vestimenta de carne al cielo del que habías venido, suplico a tu omnipotente bondad permitir que, si mi alma debe este año emigrar de mi cuerpo, no me vaya más de aquí; pero que esto me suceda a la vista del lugar de tu ascensión. Creo en efecto que así como te he perseguido con mi cuerpo al

llegar hasta aquí, así mi alma entrará sana y salva y jubilosa tras tus pasos en el Paraíso".

Después de esta oración, volvió con sus compañeros a su albergue. Era entonces la hora de la comida. Pero mientras los otros se sentaban a la mesa, él se tendió en su cama con aire alegre, como si bajo el efecto de un pesado sueño fuese a tomar algún reposo; acto seguido se adormeció; y no se sabe lo que vio. Pero no bien quedó dormido exclamó:

"Gloria a ti, Dios! ¡Gloria a ti, Dios!".

Sus compañeros, al oírlo, lo invitaron a levantarse y comer con ellos. El se negó y, volviéndose del otro lado, declaró que no se sentía bien; permaneció acostado hasta la noche, llamó a sus compañeros de viaje, pidió y recibió el viático de la Eucaristía vivificante; luego los saludó con dulzura y exhaló el último suspiro. Ciertamente, este hombre esteba exento de los sentimientos de vanidad que hacen emprender este viaje a tantas personas, únicamente deseosas de adornarse con el prestigioso título de peregrinos de Jerusalén; con fe, pidió en el nombre del Señor Jesús acercarse al Padre y le fue concedido. Sus compañeros, de regreso, nos hicieron este relato cuando nos hallábamos en el monasterio de Bèze.

Peregrinación y escatología

No obstante, Raoul Glaber estableció una relación esencial entre la pulsión misteriosa que lleva a los pueblos de Occidente a ponerse en camino hacia el lugar de la Pasión y la cercanía del fin de los tiempos. Se trata otra vez, para él, de un presagio:

Muchas personas fueron a consultar a algunos de los hombres, por entonces los más inquietos, sobre la significación de semejante afluencia del pueblo a Jerusalén, de la que ningún siglo pasado había visto nada parecido; ellos respondieron, pesando sus palabras, que esto no presagiaba otra cosa que la llegada de ese miserable Anticristo que, próximo el fin del mundo y por testimonio de la autoridad divina, se verá surgir sin la menor duda. Todas estas naciones allanaban la ruta del Oriente, por donde él debe arribar, puesto que todas las naciones deben entonces marchar directamente a su encuentro. Y así en verdad se cumpliría la profecía del Señor según la cual aun los elegidos, si es posible, caerán entonces en la tentación. Aquí nos quedaremos en cuanto al punto, no negando

por lo demás que los piadosos esfuerzos de los fieles les valdrán recibir del justo Juez su recompensa y su salario.[12]

Se creía, en efecto, que el tiempo de las tribulaciones se abriría cuando el último Emperador hubiese venido, a la cabeza de todo el pueblo de Dios, a depositar en el Gólgota las insignias de su poder. Pero los enjambres de peregrinos esperaban sin duda alcanzar, más allá de la Jerusalén carnal la Ciudad de Dios.

7. Nueva alianza

I. La primavera del mundo

Para los historiadores que se dieron a la tarea al día siguiente del milenario de la Pasión, los juramentos de paz, las peregrinaciones, todas las medidas de purificación colectiva habían alcanzado su fin. Se veía a las fuerzas del mal retroceder derrotadas. La ira de Dios se aplacaba. Él aceptaba concluir con el genero humano un nuevo contrato. Cumplidos los mil años, después del paso de los azotes, la cristiandad salía como de un nuevo bautismo. Al caos le sucedía el orden. Lo que sigue al Año Mil es una nueva primavera del mundo.

En una de las más bellas páginas de sus *Historias*, Raoul Glaber evoca la alegría del universo, en 1033, después del hambre terrible y mientras crece el movimiento por la paz de Dios.

El año milésimo de la Pasión del Señor, sucediendo al hambre desastrosa, las lluvias de las nubes se aplacaron obedeciendo a la bondad y la misericordia divinas. El cielo comenzó a reír, a iluminarse, y se animó con vientos favorables. Con su serenidad y su paz mostraba la magnanimidad del Creador. Toda la superficie de la tierra se cubrió de un amable verdor y de una abundancia de frutos que expulsó por completo a la escasez… Innumerables enfermos recobraron la salud en estas reuniones a las que habían sido llevados tantos santos. Y para que nadie tomara esto por fantasías, ocurrió repetidas veces que en el momento en que brazos o piernas torcidos recuperaban su actitud primera, se vio desgarrarse la piel, la carne abrirse y correr la sangre a raudales: esto a fin de que se diera crédito a los casos sobre los cuales la duda podía subsistir. El entusiasmo era tan ardoroso que los asistentes tendían las manos hacia Dios gritando al unísono: "¡Paz! ¡Paz! ¡Paz!". Veían la señal del pacto definitivo, de la promesa contraída entre ellos y Dios. Se había oído además que al cabo de cinco años cumplidos, para consolidar la paz, todos renovarían en el mundo entero estas manifestaciones con un clamor maravilloso. Mientras tanto, ese mismo año, el trigo, el vino y los otros fru-

tos de la tierra fueron de tal modo abundantes que no se hubiese podido esperar una parecida cantidad en todos los cinco años siguientes. Cualquier alimento bueno para el hombre, aparte de la carne y los platos particularmente refinados, ya no valía nada; era como en el tiempo antiguo del gran jubileo mosaico. En el segundo, el tercero y el cuarto año, la producción no fue menor.[1]

El mal, ciertamente, no estaba vencido; los hombres no escaparon a las tentaciones; ya se le puede ver caer otra vez en el desorden. Pero se multiplican la señales de una alianza nueva y del influjo juvenil que ella comunica a la creación entera. Las prendas del perdón divino se sitúan, es evidente, prácticamente todas en el orden de los acontecimientos espirituales. Son frescas municiones suministradas a la humanidad para ayudarla en su gran aventura, la marcha hacia la Tierra prometida.

II. La reforma de la Iglesia

Los prelados reformadores

Así se muestra primeramente el renuevo de pureza que la reforma introduce entonces en la Iglesia y, para ser más precisos, en sus vanguardias, es decir en los capítulos de canónigos, en las comunidades de clérigos reunidas alrededor del obispo y, con más vigor todavía, en la institución monástica. Los intentos reformadores comenzaron muy tempranamente, mucho antes del Año Mil. El arzobispo de Reims, Adalberón, los afirmaba ya en los años setenta del siglo X:

A los canónigos que, viviendo en casas particulares, no se ocupaban más que de sus asuntos personales, les ordenó vivir en comunidad. Añadió un claustro a la catedral donde debían residir y habitar juntos, y también un dormitorio para descansar en silencio por la noche y un refectorio para comer en una mesa común. Por reglamento, les prescribió no pedir nada en la iglesia, durante las oraciones, sino por señas, salvo en caso de necesidad apremiante; tomar su alimento juntos sin hablar; cantar después de la comida, en acción de gracias, las alabanzas de Dios; no violar en forma alguna el silencio desde el final de las completas hasta los laudes de maitines; y entonces, despertados por las campanillas del reloj, rivalizar en premura para cumplir con los laudes. Antes de la hora de primas, a nadie se concedía libertad para salir del claustro salvo a los que se dedicaban a los asuntos comunes. Y para que nadie, por ignorancia, dejara algo de lo que tenía que hacer, le impuso el recitado cotidiano de la regla de san Agustín y de los decretos de los Padres.

En cuanto a las costumbres de los monjes, sería poco decir la predilección y el celo que mostró en corregirlas y en hacerlas distintas de los comportamientos del mundo. No sólo veló para que los monjes se hicieran notar por la divinidad de su vida religiosa, sino que además se esmeró en evitar su mengua incrementando sus bienes temporales. Mientras que

manifestaba su amor a todos, dirigía un particular afecto a los monjes de san Remigio, patrono de los francos. Viajó a Roma, deseoso de que se estableciera para el futuro la posesión de sus bienes. Y, como era un hombre noble, poderoso, renombrado por su excelente vida, el papa Juan, de santa memoria, le recibió con una gran reverencia.

En un sínodo elevó una gravísima queja contra la vida religiosa de los monjes: algunos violaban y deformaban las reglas establecidas por los antiguos. En presencia de los obispos, decidió convocar a los abates de diferentes lugares y pedirles consejo. Pronto se fijaron el momento y lugar, y el sínodo se separó.

Así pues, el momento llegó: los abates procedentes de diversos lugares se reunieron e instituyeron primero y primado a Raoul, hombre de santa memoria, abate del monasterio de San Remigio. Él presidió y obtuvo la dignidad de ser el primero; los otros se dispusieron en círculo; en cuanto al metropolitano, se sentó frente a él en su cátedra. A petición del presidente y de los otros padres, tomó la palabra y pronunció lo que sigue:

"Es importante, santísimos padres, que los buenos se reúnan, si se preocupan por recoger los frutos de la virtud. Sirven así a los buenos y a las vías honestas. En cambio, es pernicioso que los malos se agrupen para buscar y realizar las cosas prohibidas. Por eso os exhorto, a vosotros que veo reunidos en el nombre de Dios, a buscar al mejor; y os invito a no emprender nada por maldad. Que el amor del mundo y el odio no tengan su sitio entre vosotros, pues ellos enervan la justicia y sofocan la equidad. La antigua disciplina de vuestra orden se ha desviado de su pureza tradicional de una manera excesiva, el hecho es notorio. Incluso no os ponéis de acuerdo en la aplicación de la regla, pues cada cual quiere y piensa de una manera diferente. Por eso, hasta aquí, vuestra santidad ha padecido mucho. De tal modo he juzgado útil, puesto que estáis reunidos aquí por la gracia de Dios, persuadiros de querer, pensar, actuar juntos, para que una misma voluntad, un mismo pensamiento, una semejante cooperación restituyan la virtud olvidada y expulsen con vigor la ignominia del vicio".[2]

Que cada cual permanezca en su orden

De igual modo, en el Año Mil, el Emperador Otón III:

Por sugerencia del papa y de varias otras personas preocupadas por los intereses de la religión en la casa de Dios, pensó en expulsar a ciertos monjes de la iglesia San Pablo, que de monjes sólo tenían el nombre, viviendo en lo demás muy mal. Según los mismos consejos, iba a encargar en su lugar del oficio divino a aquellos que llamamos canónigos. Y se disponía a hacer ejecutar su decisión cuando una noche se le apareció, en visión, el bienaventurado apóstol Pablo, quien quiso dirigir al emperador estas advertencias:

"Si en verdad, dijo, ardes en el deseo de hacer lo que mejor resulte para el servicio de Dios, cuidate de no cambiar la regla de esta iglesia expulsando a estos monjes. No es en forma alguna conveniente para una orden religiosa, aun si está parcialmente depravada, rechazar nunca o cambiar su propia regla. Cada cual debe ser juzgado en la orden en la que al principio se consagró a servir a Dios. A cada cual le está permitido enmendarse, si se ha corrompido, pero que sea en la orden elegida por su propia vocación".

Provisto de tales consejos, el emperador repitió a los suyos lo que le había dicho el apóstol y dedicó todo su esmero a tratar de reformar esa regla, es decir, la de los monjes, y no a expulsarlos o cambiarlos.[3]

San Víctor de Marsella

La abadía de San Victor de Marsella había sido abandonada en el siglo IX y también en el X, pues, situada fuera de las murallas, estaba demasiado expuesta a las incursiones de los piratas sarracenos; su fortuna se había fundido con la del obispado, la cual se incorporaba a la herencia de los vizcondes de la ciudad. En 970, la comunidad fue reorganizada y sometida a la regla de san Benito. El obispo, en 1005, completa la reforma exceptuando al monasterio, como lo estaba el de Cluny desde su fundación, de toda injerencia exterior. En el siglo XI, San Victor iba a convertirse en la cabeza de una congregación que se extendía desde Cerdeña hasta Cataluña.

De las páginas de nuestros libros santos se desprende una certeza, a saber que tras el advenimiento y la gloriosa ascensión de nuestro Señor y Salvador, antes de que el colegio de los que estaban en Jerusalén se disperse, y se dirija cada uno de sus miembros hacia las diferentes regiones

del mundo para, con la asistencia del Espíritu Santo, predicar la gloria de Su nombre y propagar Su conocimiento, la multitud de los creyentes no tenía más que un único corazón y una sola alma. Ninguno de aquellos que poseía algo lo decía suyo. Todo era común entre ellos. Entre ellos, nadie estaba necesitado. Todos los propietarios rendían sus campos o sus casas y traían el precio a los pies de los apóstoles. Este dinero era repartido a cada cual según sus necesidades [Hechos de los Apóstoles, IV, 32-35]. He aquí la razón por la que hubo en Jerusalén una tal multitud de creyentes, mientras que hoy es bien difícil hallarlos y tan poco, en los monasterios.

Gracias a la predicación de los apóstoles, la nuca de todas las naciones fue sometida al yugo del Señor, de ahí este número infinito de creyentes. Pero desde el instante en que los santos apóstoles por la gloria del mártir dejaron este mundo, la santa comunión e institución apostólica comenzó a flaquear paulatinamente. El espíritu de algunos de los que habían recibido la doctrina de los bienaventurados apóstoles se inflamaba. Aislados, se propusieron habitar juntos. Se los llama con una palabra griega, cenobita, que designa la vida en común. Los monasterios tomen aquí su origen.

Según esa fórmula cenobítica, hubo en las fronteras de nuestro país, la Provenza, un monasterio célebre situado no lejos de las murallas de la ciudad de Marsella. Santificado por el cuerpo del prestigioso mártir Victor, exaltado por los numerosos dones y privilegios del glorioso emperador Carlos [Magno], permaneció mucho tiempo en esta perfección, estable y regular.

Después de muchos años, cuando aquel excelente príncipe había dejado ya el mundo y Dios todopoderoso quiso castigar al pueblo cristiano por el azote de los paganos, las tribus bárbaras invadieron la Provenza y, desparramadas por todas partes, se establecieron sólidamente; habitando lugares fortificados, lo devastaron todo, destruyendo las iglesias y numerosos monasterios. Así, lugares antaño opulentos quedaron reducidos al estado de ruinas y lo que había sido morada humana se convirtió en guarida de bestias.

Ocurrió pues que ese monasterio, en otro tiempo el más grande y más famoso de toda la Provenza, fue arrasado y reducido a nada hasta que el señor Guillermo y el señor Honorato, obispo de dicha ciudad, su hermano el vizconde Guillermo y el hijo de éste, el señor Pons obispo, que sucedió en el episcopado a su tío, iniciaron la tarea de restaurarlo. Estos últimos no sólo devolvieron al monasterio algo de lo que le había pertenecido sino que además le cedieron con generosidad muchas de sus propias posesiones para salvación de sus almas y, habiendo reunido a los monjes en el lugar, ordenaron a un abad.

En consecuencia yo, Pons, por ordenación divina pontífice de la iglesia de Marsella, inflamado por el fuego del divino amor y ardiendo de este mismo amor por el muy glorioso y muy precioso monseñor, el muy bienaventurado mártir Victor, a fin de que su monasterio donde su cuerpo santo y venerable reposa quede asentado por los siglos venideros e intacto sin ninguna interrupción o disminución, a fin de que nuestra obra de donación, restitución y aumento permanezca indisoluble, firme y estable para siempre (la nuestra tanto como la de nuestros predecesores citados más arriba), en acuerdo con el señor Rodolfo, rey de los alemanes y de Provenza, en connivencia con el señor apostólico [Juan XVIII] papa de la ciudad de Roma y según su orden, por la voluntad del señor conde Rubaldo y de la señora condesa Adélais, del señor conde Guillermo su hijo, dando su consentimiento de la misma manera el clero y el pueblo de la santa iglesia de Marsella, [yo, Pons], mando levantar esta carta de tonificación, liberalidad y donación al Señor todopoderoso y san Victor su mártir, así como a los abates y monjes tanto presentes como venideros, a fin de que al datar en este día el monasterio, no caiga bajo la mano del hombre que sea salvo por razón de defensa, sino que pertenezca, como así sucede con los otros monasterios regulares edificados en honor de Dios todopoderoso y de sus santos, a los abates y monjes que han elegido vivir según la regla de san Benito y según los santos cánones.

Que ningún obispo, que ninguna persona, perteneciente a orden alguna, ya sea clérigo o laico, se atreva a quitar al monasterio o a los abates y a los monjes cualquier posesión o tierra que este monasterio posea en

el presente o que pueda adquirir después. Esto a fin de que abates y monjes, tanto presentes como venideros, puedan servir a Dios en la paz y la seguridad, en la independencia, respecto de la voluntad de cualquier hombre, y que puedan ofrecer sus oraciones por nosotros todos, los fundadores ya nombrados, así como por la salvación de todos los cristianos vivos y muertos.

Que si una potencia enemiga, elevándose contra san Victor y su monasterio, quisiera atentar contra nuestra obra y contra esta institución fundada para remedio de nuestras almas, o atacar este privilegio que, según el precepto real y por orden del poder apostólico así como por todas las autoridades alegadas más arriba, fijamos por escrito, o bien esforzarse en volver este privilegio nulo y mentiosa la obra de nuestras manos, ya sea un obispo, un abate o quien fuere, por el solo hecho de que quisiera desviar un don destinado al monasterio, que aquél sea anatema, maranatha, que él sea anatema, maranatha, que él sea anatema para dar y anatema para recibir, es decir, tanto el que da como el que recibe, según los santos cánones. Y que sea excomulgado y maldito; y en la abominación del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y también de monseñor el papa de la sede apostólica y romana; y de todas las órdenes de la santa Iglesia católica de Dios, de los obispos, de los sacerdotes, de los diáconos y de todos aquellos que tienen ese poder de ligar y desligar. Y que sean condenados en el fondo del infierno, con Judas el traidor, con Arión y Sabellión, y con todos los herejes y los infieles de Dios, tanto los que hagan como los que consientan en el hecho.

A mí, Pons, obispo, y a mis hermanos, monseñor Guillermo y monseñor Foulque, plácenos también añadir esto: de todo lo que, de la herencia de nuestro padre o de nuestra madre y de nuestros parientes, haya sido o sea dado a este monasterio por nuestro padre y por nuestros parientes o por nosotros, si alguna potencia, sea un obispo, sea una persona de la orden que fuere, quisiera quitar o tomar algo a este mismo monasterio o a estos mismos abates y monjes, que su reivindicación no sea válida. Si esto se hiciere, que nuestros herederos y sucesores tengan libre poder para retomar y recuperar lo que quienquiera haya querido quitar o tomar.

El abate y los monjes de dicho monasterio tienen todo el poder de interpolar en lo que concierne a las disposiciones precedentes a quienes quisieran atentar contra el presente acto escrito, ante toda curia real o ante el señor apostólico de Roma y forzarlos a pagar una multa de quinientas libras de oro, permaneciendo este escrito en su forma precedente, de nuevo firme y estable.

Esta carta se escribió en el año de la encarnación del Señor mil cinco, siendo Rodolfo rey de los alemanes y de Provenza, y Juan por la gracia de Dios papa de la sede apostólica.

[Siguen las firmas de:] Roubauld, conde de Provenza; de Pons, obispo de Marsella; de Adélaïs, madre de Roubauld; de su hijo Guillermo; de Guillermo, conde de Toulouse; de Ermengarde, mujer del conde Roubauld; de Garnier, abate de Palmodi; de Guifred, quien aunque indigno es llamado abate de dicho monasterio; de Archinricus, abate de Montmajour; de Rad, obispo; de Elmerad, obispo de Riez; de Pons, arzobispo de Arles; de Paton, abate [de San Gervaio, en Fos-sur-Mer]; de Déodat, André, Massilius, [canónigos de Marsella], Ugo; de Guillaume, de Lambert y de Radalde; de Amalric, arzobispo de Aix-en-Provence; del señor Franco.[4]

Cluny

En este momento sin embargo, es en Cluny, flor de la orden benedictina en el Año Mil, ejemplo de pureza y fermento de dinamismo, donde brota con más vigor la savia de la regeneración.

Por fin, la regla [de san Benito], casi completamente caída en desuso, gracias a Dios halló, para recobrar un vigor nuevo y expandirse en numerosas ramas un asilo de sabiduría, el monasterio llamado Cluny. Este establecimiento toma su nombre de su emplazamiento inclinado y modesto, o quizás, lo que le convendría mejor aún, de la palabra cluere, *pues nosotros decimos cluere por "acrecentarse". Y en efecto se acrecentó brillantemente de día en día gracias a dones diversos, desde sus orígenes. Fue primitivamente constituido por el padre de los monjes del monasterio de Baume, citado más arriba, que se llamaba Bernon, por orden de Guillermo, el muy piadoso duque de Aquitania, en el condado de Mâcon, a orillas del pequeño río del Grosne. Este convento, se dice, no recibió al principio en dotación más que el valor de quince explotaciones campesinas; y sin embargo cuentan que los hermanos que se reunieron en él eran doce. Esta se-*

milla de elección, hizo que se multiplicara una estirpe innumerable que, lo sabemos, extendió el ejército del Señor sobre una gran parte de la tierra. Estos hombres se preocuparon sin descanso por lo que es de Dios, es decir, las obras de justicia y misericordia; merecieron, pues, ser colmados con todos los bienes: y por añadidura dejaron a la posteridad un ejemplo digno de ser imitado. Después de Bernon, la dirección de la abadía fue tomada por el muy sabio Odón, hombre más religioso que quienquiera y que era antes preboste de la iglesia de San Martin de Tours, verdaderamente admirable por la santidad de sus costumbres y de su vida religiosa. Puso tanto celo en propagar la regla que, desde la provincia de Bénévent hasta el Océano, todos los más considerables monasterios que poseían la Italia y la Galia tuvieron la dicha de ser sometidos a su autoridad. Tras su muerte, fue reemplazado por Aymad, hombre simple que, sin ser tan famoso, no fue un menos vigilante guardián del respeto a la regla. Después de él se eligió al santo y venerable Maïeul, de quien hemos hablado más arriba y que designó, para sucederle en el gobierno de los monjes, a Odilón.

Guillermo de Volplano

La congregación cluniacense fue efectivamente construida por san Odilón, abate de Cluny en la época de los milenarios. Cerca de él actuaron otros reformadores, entre ellos Guillermo de Volpiano, discípulo de san Maïeul y abate de san Benigno de Dijon, por quien la restauración de la pureza monástica fue propagada a la vez en el país lombardo y en Normandía.

En la misma época brilló en la reforma de la casas de Dios el venerable abate Guillermo quien fue antaño nombrado por el bienaventurado Maïeul abate de la iglesia de san Benigno, mártir. Mandó reedificar de inmediato las construcciones de esta iglesia de manera tan admirable que hubiese sido difícil hallar otras tan bellas. No se distinguía menos por el rigor con el que observaba la regla y se mostró en su tiempo como incomparable propagador de su orden. Pero así como esto suscitaba el amor de las personas religiosas y pías, así le atraía los denigramientos y la malevolencia de los pérfidos y de los impíos. Había nacido en Italia de padres de noble linaje, pero él era más noble aun por la ciencia elevada que había adquirido. En el mismo territorio, en el dominio que heredara de sus padres, precedentemente llamado Volpiano, edificó un monasterio repleto de toda la gracia cuyo nombre él mismo cambió llamándolo Fruttuaria. Lo enriqueció con buenas obras de toda clase y nombró aquí a un abate que era en todo punto su digno émulo, llamado Juan. Guillermo era de espíritu aguzado y de insignia sabiduría, lo que le valía ser recibido en

los palacios de los más grandes reyes y príncipes. Cada vez que un monasterio se encontraba sin pastor, de inmediato el rey, el conde o el prelado, le rogaban encarecidamente que asumiera su dirección para reformarlo; pues bajo su patrocinio, gracias a su riqueza y a su santidad, los monasterios se hacían florecientes, y él mismo se hacía fiador de que, si en cada uno de estos lugares los monjes observaban las prescripciones de la regla, nunca les iba a faltar nada. Lo que se verificó claramente en los lugares que le fueron confiados… Desde diversos países reclaman a menudo a Cluny hermanos que, ordenados abates, acrecienten de mil maneras los intereses del Señor. Pero Guillermo, el padre por quien este capítulo ha comenzado, prevalece sobre todos aquellos que han salido antes que él de este lugar, por el trabajo que se dio y los resultados que obtuvo sembrando por doquier la semilla de nuestra regla.[5]

III. Las iglesias nuevas

Sin embargo, en las pruebas purificadoras del milenario, no sólo el espíritu de la Iglesia gana una juventud nueva. También se renueva su armadura corporal. Los santuarios se reconstruyen por doquier gracias a la afluencia de limosnas y al invisible crecimiento de las rentas señoriales.

Reims

Ya en el último cuarto del siglo X, el arzobispo Adalberón, de Reims, el buen prelado al que Richer propone como ejemplo:

...en sus comienzos (en 976), tras su advenimiento, se ocupó mucho de construcción en su iglesia. Mandó derribar por completo las arcadas cuyas estructuras sobreelevadas obstruían casi una cuarta parte de toda la basílica desde la entrada de la iglesia. Toda la iglesia quedó así embellecida a la vez por la extensión de la nave y por la mayor dignidad de la estructuras. También mandó colocar, por la honra que se le debía, el cuerpo de san Calixto, papa y mártir, a la entrada de la iglesia en un lugar más elevado. Consagró en este sitio un altar. Agregó un oratorio dispuesto muy cómodamente para orar a Dios. Ornó el altar mayor con una cruz de oro y dispuso por ambas partes canceles relucientes.

Aparte de esto, hizo fabricar un altar portátil, de labor no menos esmerada. Sobre este altar, donde el sacerdote se ubicó ante Dios, estaban las figuras de los cuatro evangelistas labradas en oro y plata, instaladas en cada uno de los ángulos. Con sus alas desplegadas, cada una de ellas cubría hasta la mitad las caras laterales del altar, tendían su rostro hacia el Cordero inmaculado. Con esto, había querido copiar el arca de Salomón. Hizo también un candelabro de siete brazos, los cuales, saliendo de un solo tallo, simbolizaban los siete dones de la gracia emanando todo de un solo Espíritu. Decoró, con un trabajo no menos elegante, la montura

donde encerró la vaca y la canasta, es decir las reliquias de los santos. En honor de la iglesia colgó también coronas, cuya cinceladura no fue costosa. La iluminó con ventanas que contenían diversas imágenes y la hizo resonar al son de campanas clamorosas.[6]

El "blanco vestido"

En verdad, Raoul Glaber habla de un brusco surgimiento del afán decorativo, apenas pasado el Año Mil.

DE LA RENOVACIÓN DE LA BASÍLICAS EN EL MUNDO ENTERO

Cuando se avecinaba el tercer año que siguió al Año Mil, se vio en casi toda la tierra, pero sobre lodo en Italia y Galia, renovarse la basílicas de las iglesias; aunque la mayoría, muy bien construidas, no lo necesitasen en absoluto, una emulación impulsaba a cada comunidad cristiana a tener una más suntuosa que la de los demás. Era como si el mundo mismo se hubiese sacudido y, deshaciéndose de su vetustez, se hubiese puesto en todas partes un blanco vestido de iglesias. Entonces, casi todas las iglesias de las sedes episcopales, los santuarios monásticos dedicados a los diversos santos e incluso los pequeños oratorios de las aldeas, fueron reconstruidos más bellos por los fieles.

Cuando Glaber evoca ese "blanco vestido", no se sirve tan sólo de una admirable metáfora. Quiere significar que la cristiandad se deshace entonces del anciano, adhiere al partido del bien para luchar contra las potencias de la perversión, que se apresta para el nuevo bautismo, que se pone el vestido nupcial para aproximarse al banquete de su Rey. Esta misma túnica blanca (la que indica en los sueños las apariciones benéficas), los verdaderos hombres de Dios, aquellos que trazan los planos de las nuevas basílicas, la vestían ellos mismos en este tiempo.

San Martín de Tours

En esta época, el monasterio de san Martin de Tours se distinguió entre los demás; el venerable Hervé, que era su tesorero, lo hizo demoler y tuvo tiempo, antes de su muerte, de hacerlo reedificar de una manera magnífica. La vida y la vocación religiosa de este hombre, desde su infancia hasta el final de su vida terrestre, mostrarían a los hombres de hoy, si alguno quisiera escribir su historia, una figura en todo punto incomparable. Nacido de una noble familia de Francia, más noble aun por su espíritu, semejante a un lirio o a una rosa entre las espinas, estaba unido por la sangre a los hombres más feroces del país. Como es costum-

bre entre las personas del más alto nacimiento, recibió una educación noble y luego estudió en las escuelas las artes liberales; pero comprendió que la mayoría abrevan en estos estudios más orgullo que docilidad a las leyes de Dios y creyó suficiente por su parte sacar de aquí la salvación de su alma. Abandonó el estudio de estas vanas ciencias y entró en secreto en un monasterio donde solicitó con devoción hacerse monje. Pero, como hemos dicho, pertenecía a una familia ilustre; así pues, temiendo la ira de sus parientes, los hermanos de este monasterio no accedieron a su ruego. Sin embargo, para caerles agradable le prometieron que si su familia no ponía ningún obstáculo por la fuerza, ellos harían gustosos lo que él pedía. Durante su estancia en este lugar, ofreció con santidad la prueba de lo que llegaría a ser más tarde y a todos aquellos que allí vivían les dio el ejemplo de lo que había que hacer. Pero cuando su padre se enteró de su conducta, vino al convento enfurecido, para retirar a su hijo; agobió con reproches a este niño que sólo se ocupaba de los más deseables de los bienes y se lo llevó por la fuerza hasta la corte del rey donde conjuró al propio rey a que apartara su espíritu de semejante proyecto prometiéndole grandes honores. Pero el rey Roberto, hombre lleno de piedad y religión, lo exhortó dulcemente por el contrario a perseverar en tan buen propósito y acto seguido lo nombró tesorero de la Iglesia de san Martin, calculando hacer posteriormente de él un prelado ejemplar. A continuación, intentó repetidas veces poner el proyecto en ejecución, pero siempre chocó con una negativa. El santo hombre, encargado así a su pesar del cuidado de una iglesia, permaneció vestido con el ropaje blanco y, viviendo según la regla de los canónigos, conservó en todo el estado de espíritu y el género de vida de un monje, llevando siempre un cilicio sobre la piel, mortificando su cuerpo con un ayuno ininterrumpido, avaro para sí mismo, pródigo con los pobres, observaba asiduamente las vigilias y las oraciones.

Este hombre lleno de Dios concibió para la iglesia cuya guarda se le había confiado el proyecto de reconstruirla de arriba abajo más vasta y más alta. Bajo la inspiración del Espíritu Santo, indicó a los albañiles el sitio en que había que echar los cimientos de esta obra incomparable, que él mismo condujo, como lo había deseado, hasta su terminación…

Orleans

Quienes ven multiplicarse entonces las obras de construcción y surgir de la tierra edificios más vastos, más elevados, más espléndidos, no reconocen en semejante floración uno de los efectos del primer progreso de la economía rural, de una holgura que poco a poco penetra el cuerpo del Occidente, ni tampoco de la multiplicación de las limosnas. Todavía hablan de milagro:

En esta época, el obispo de esta ciudad era el venerable Arnoldo, hombre tan noble por su estirpe como por su ciencia y muy rico por las rentas de sus bienes de familia. Ante el desastre que castigaba a su sede y la desolación de los pueblos cuya guarda tenía, tomó el partido más sensato: hizo grandes preparativos y se abocó de inmediato a la tarea de reedificar de arriba a abajo las instalaciones de la gran iglesia, que antaño fuera consagrada en honor de la cruz de Cristo. Mientras él y todos los suyos impulsaban activamente el trabajo comenzado, a fin de terminarlo lo antes posible de manera magnífica, fue favorecido por un estímulo divino manifiesto. Un día en que los albañiles, para elegir emplazamiento de los cimientos de la basílica, sondeaban la firmeza del suelo, descubrieron un gran peso de oro. Lo juzgaron ciertamente suficiente para renovar toda la obra de la basílica, aunque fuese grande. Tomaron este oro descubierto por azar y lo llevaron entero al obispo. Este dio gracias a Dios todopoderoso por el presente que le hacía, lo tomó y lo confió a los guardianes de la obra, ordenándoles que lo gastaran íntegramente en la construcción de la iglesia. Se dice que este oro se debía a la previsión de san Evurcio, antiguo prelado de la misma sede, quien lo habría enterrado ahí previendo esta reconstrucción. La idea se le habría ocurrido a este santo hombre sobre todo porque, en la época en que él mismo reedificaba esa Iglesia, más bella de lo que había sido anteriormente, habría hallado en ese mismo lugar un presente divino, preparado para él. Es así que no sólo los edificios de la iglesia sino también, por consejo del obispo, las otras iglesias que se deterioraban en esta misma ciudad, las basílicas, dedicadas a la memoria de diferentes santos, fueron reedificadas más bellas que las antiguas y en ellas se rindió culto a Dios mejor que en cualquier otra parte; la ciudad misma pronto se hermoseó con casas; y el pueblo, purificado al fin de su corrupción con la ayuda de la demencia divina, se

repuso con tanta más rapidez cuanto que había recibido sabiamente sus miserias como el castigo de sus faltas.[7]

IV. Cosecha de reliquias

¿Pero, acaso, el signo más clamoroso de la nueva alianza no fue, sucediendo inmediatamente al milenario, el descubrimiento de nuevas reliquias? El Occidente estaba poco provisto; las que poseía parecían de dudosa calidad. También en este terreno se sentía indigente, mientras que en los países de la cristiandad oriental pululaban los restos sagrados. He aquí que Dios se dignaba sacar a su pueblo, por fin purificado, de esta indigencia y suministrarle, en mayor abundancia, armas tan necesarias en la lucha contra los demonios. De hecho, los peregrinos que, cada vez en mayor número, visitaban las iglesias bizantinas y las que continuaban prosperando bajo la autoridad de los príncipes musulmanes, traían a veces de su viaje fragmentos de cuerpos santos; otros eran fabricados por falsificadores; por último, con toda naturalidad, las excavaciones preparatorias de las reconstrucciones de iglesias ponían al descubierto sarcófagos desconocidos. Pero para Raoul Glaber y para todos los monjes de su tiempo, estas reliquias parecían resucitar de la tierra, como muy pronto iban a hacerlo, a la llamada de las trompetas, todos los difuntos de la humanidad. En la nueva primavera del mundo, atribuían esta eclosión a la infusión de la gracia divina.

DEL DESCUBRIMIENTO DE SANTAS RELIQUIAS POR DOQUIER

El mundo entero, como hemos dicho, vestía ahora de blanco por la renovación de las basílicas y ocurrió después, es decir, el octavo año desde el milenario de la encarnación del Salvador, que diversos indicios permitieron descubrir, en lugares donde habían permanecido ocultas largo tiempo, numerosas reliquias de santos. Como si hubieran esperado el momento de cierta gloriosa resurrección, a una señal de Dios fueron entregadas a la contemplación de los fieles y vertieron en su espíritu un poderoso alivio. Es conocido que estos descubrimientos comenzaron primero en una ciudad de las Galias, Sens, en la iglesia del bienaventurado mártir Esteban. El arzobispo de la ciudad era entonces Lierry. Y éste descubrió allí, cosa asombrosa, insignias de los ritos antiguos: entre varios objetos que se hallaban escondidos, halló, se dice, un pedazo del báculo de Moisés. Ante el anuncio de esta cosa, acudieron prestamente no sólo los fieles de los países de Galia, sino incluso de casi toda Italia y de

las regiones de ultramar; y no fue raro ver enfermos volver de allí curados por la intercesión de los santos.[8]

8. El auge

Del desarrollo que comienza entonces a infundirse en el cuerpo de la cristiandad occidental, los escritores casi no hablan. Los autores de crónicas a historias no sintieron que los hombres se hacían mas numerosos a su alrededor, mejor alimentados. De las calamidades que relatan, algunas traducían quizá una inestabilidad propia de la adolescencia y las —tensiones de un primer auge: no supieron, no quisieron discernir en ellas este origen. Tampoco tomaron conciencia de las transformaciones que experimentaba la sociedad de su tiempo; de la irrupción de las formas feudales sólo percibieron los tumultos y desórdenes a que los antiguos marros, al disgregarse, daban paso; y este esquema demasiado simple de los tres "órdenes" cuya expresión contribuyeron a fijar. No cesaban de exaltar, como sus predecesores de una más alta Edad Media. al buen emperador, al buen rey y, manteniendo vivas tales representaciones mentales, consolidaban inconscientemente las bases de un futuro renacimiento de la autoridad monárquica. Apenas si advirtieron que, en el orden de las realidades temporales, el mundo cambiaba a su alrededor. ¿Cambiaba realmente? Es legitimo preguntarse si el movimiento de la evolución política, económica y social no era, en verdad, en estos decenios, menos perceptible y por consiguiente menos vivo que lo que nosotros, historiadores, es tamos tentados de imaginario, al considerar fenómenos que no aparecen de manera verdaderamente clara en los documentos anteriores al final del siglo XI. La pregunta merece ser planteada. Pero también hay derecho a creer que nuestros testigos no eran fieles observadores de lo cotidiano y de lo carnal. No miraban las cosas terrenas. Dirigían su mirada más arriba.

Así pues, los síntomas de crecimiento que eligen mostrar conciernen todos a lo sagrado, a las actitudes religiosas. Es decir, a sus ojos, las únicas modificaciones que tenían importancia para el destino del hombre, los únicos cambios, en cualquier caso, susceptibles de introducirse, para torcerla, en la corriente de la historia, tal como ellos la concebían, aspirada entera por la inminencia de la Parusía. Pues para ellos, el desarrollo de las fuerzas productivas o la transferencia de los poderes de mando no eran, por decirlo así, más que epifenómenos, en cualquier caso superestructuras. Para ellos, no lo olvidemos, las verdaderas estructuras de la historia eran espirituales. Sin embargo, las innovaciones que toman en cuenta —y que se establecen todas desde las perspectivas de la escatología— bastan para alimentar su esperanza, un sentimiento de confianza en el irresistible progreso del mundo. Estos hombres de Dios creían en el hombre.

I. Propagación de la fe

Misioneros

Sienten, en primer lugar, el auge de la cristiandad como una dilatación, como una conquista a expensas del descreimiento (¿acaso el fin de los tiempos, que se avecina, no debe estar precedido por la reunión de todas las naciones alrededor de la cruz?). En su época, donde la fe continúa propagándose es en el Norte y en el Este, sobre las avenidas abiertas por los evangelizadores carolingios. El héroe de la misión cristiana es entonces san Adalberto, amigo del emperador del milenario.

[Otón III] tenía con él a dos prelados muy venerables, san Adalberto, arzobispo de la ciudad de Praga, emplazada en la provincia de Bohemia y san Brunon, obispo de la ciudad de Augsburgo en la provincia de Baviera, primo del emperador. San Adalberto era de pequeña estatura, san Bruno de alta estatura. Ahora bien, san Adalberto, durante una estancia en la corte del emperador, marchaba solo por la negra noche al bosque, cargaba madera sobre sus propios hombros y, descalzo, la llevaba a su morada a espaldas de todos; y vendía esta madera para procurarse alimentos. Al cabo de largos días, el emperador lo supo y, como tenía al prelado por un santo hombre, un día en que charlaba con él como de costumbre, le dijo en son de broma:

"Un obispo de vuestra especie debería marcharse a evangelizar a los pueblos eslavos".

Entonces el obispo, besando los pies del emperador, dijo que ponía manos a la obra y el emperador no consiguió apartarlo de este designio; el prelado le pidió que nombrara en su lugar en la ciudad de Praga a otro arzobispo que él mismo iba a elegir; el emperador consintió en ello gustoso. En cuanto a él, tras preparar todo lo que hacía falta, se marchó, descalzo, a la provincia de Polonia, donde nadie había oído pronunciar todavía el nombre de Cristo; y se puso a predicar el Evangelio.

El obispo Brunon, siguiendo su ejemplo, pidió al emperador que hiciera consagrar en su lugar y en la misma sede, a un obispo de su elección llamado Ulrico. Hecho esto, ganó con humildad la provincia de Hungría, la que llaman Hungría Blanca por oposición a la otra, la Hungría Negra, así llamada porque sus gentes tienen la tez oscura como los negros.

San Adalberto convirtió a la fe de Cristo a cuatro provincias más prisioneras de los antiguos errores: Polonia, Eslavonia, la de Varsovia y Cracovia. Tras establecerlas sólidamente en la fe, se dirigió a la provincia de los pincenatos para predicarles el Señor. Este pueblo estaba ferozmente apegado a sus ídolos; ocho días hacía del arribo de Adalberto, quien había comenzado a anunciarles el reino de Cristo, cuando, al noveno día, hallándolo prosternado en sus oraciones, ellos lo atravesaron con sus flechas de hierro e hicieron de él un mártir de Cristo. Después le cortaron la cabeza, ahogaron su cuerpo en un gran lago; en cuanto a la cabeza, la arrojaron a las bestias de un campo. Pero un ángel del señor la tomó y la llevó junto al cuerpo sobre la orilla opuesta del lago; el santo despojo quedó allí intacto y sin descomponerse hasta el día en que unos mercaderes pasaron por allí en barco. Levantaron el tesoro sagrado y fueron hasta Eslavonia. Al saberlo, el rey de los eslavones, llamado Boleslav, que había sido bautizado por el propio Adalberto, les hizo ricos presentes, recibió de ellos con gran pompa el cuerpo y la cabeza y edificó en honor del santo un gran santuario; este mártir de Cristo se puso a operar muchos milagros. La pasión de san Adalberto había tenido lugar el vigésimo cuarto día de abril que es la octava de las calendas de mayo.

En cuanto a san Bruno, convirtió a la fe la provincia de Hungría y otra que llaman Rusia. Bautizó al rey de Hungría, llamado Gouz y cambió su nombre en el bautismo por el de Esteban. El emperador Otón lo recibió de las fuentes bautismales el día de la natividad del protomártir Esteban y le dejó la libre disposición de su reino, dándole licencia para llevar en todo sitio la santa lanza, como el emperador mismo tiene costumbre de hacerlo; le dio clavos de la cruz del Señor y le concedió la lanza de san Mauricio para que se sirviera de ella como propia.

Este rey hizo bautizar a su hijo por san Bruno y le dio el mismo nombre que él había recibido, Esteban. A este Esteban, el emperador Otón le dio en matrimonio a la hermana de Enrique, quien después fue emperador.

Entre tanto, san Bruno marchó con los pincenatos, se puso a predicarles a Cristo y fue martirizado por ellos como lo había sido san Adalberto. Estos pincenatos, poseídos de un furor diabólico, le extrajeron todas las entrañas del vientre por un pequeño agujero que le abrieron en el costado, e hicieron así de él un heroico mártir de Cristo. Los rusos rescataron su cuerpo muy querido y construyeron en su honor un santuario en Rusia donde se hizo notar por clamorosos milagros.

Poco después, un obispo griego vino a Rusia, convirtió a la otra mitad de esta provincia, que aún estaba entregada a la idolatría, e hizo adoptar a los habitantes el porte de la barba larga y otras costumbres griegas.[1]

La evangelización, la cruz y la simbólica cósmica

Con todo, los obstáculos que encuentra la evangelización en las regiones del Mediodía plantean un problema.

He aquí un tema digno de reflexión: si lo que comunicamos sobre las conversiones de pueblos infieles a la ley de Cristo se vio producirse con suma frecuencia en las regiones del Aquilón y del Occidente, en cambio no se oye hablar de nada semejante en ninguna de las comarcas orientales y meridionales del mundo. De esto el verdadero presagio fue la posición de la cruz del Señor, cuando el salvador colgaba sujeto a ella, en el Calvario; mientras que a espaldas del Crucificado estaban el Oriente y sus pueblos sanguinarios, ante sus ojos se extendía el Occidente, pronto a ser inundado por la luz de la fe; y asimismo, fue su derecha todopoderosa, tendida por el oficio de perdón, la que el Septentrión recibió, dulcificado por su fe en la santa palabra; mientras que su izquierda estaba reservada al Mediodía, burbujeante de pueblos bárbaros. Sin embargo, aun cuando hayamos evocado brevemente este santo presagio, ello no deja menos intacto ese consolador artículo de nuestra fe católica según el cual, en todo lugar y en toda nación sin excepción, quienquiera que, regenerado por el

agua santa, crea que el Padre todopoderoso, con su hijo Jesucristo, reunidos por el Espíritu Santo, son el único y verdadero Dios, será, por poco que su fe le inspire una conducta recta, acogido por el Señor; y, si persevera, vivirá bienaventurado en una vida eterna. Y compete sólo a Dios conocer las razones que toman al género humano más o menos apto para lograr su salvación según las diferentes partes del mundo; pero nuestro propósito es simplemente recordar que, si las comarcas más distantes de esas dos partes del mundo, el Norte y el Occidente, fueron visitadas por el Evangelio del Señor Cristo, quien echó entre sus pueblos sólidos fundamentos de la santa fe, en cambio, en las otros dos, el Oriente y el Mediodía, hizo menos camino y dejó a los pueblos cautivos por más largo tiempo de sus errores bárbaros.

Pero para que nadie en esta materia profiera una calumnia sacrílega contra las disposiciones previsoras de nuestro buen Creador, hay que escrutar con precaución el texto sagrado de las Escrituras; este texto proporciona sin ninguna duda una representación del mundo terrestre en la cual la bondad, así como la justicia del Creador, están indiscutiblemente demostradas, por aquellos que se han salvado como para aquellos que sucumben. Pues así como al primer padre de los hombres, el autor de todo bien dio primero la libertad de lograr o no su salvación, así, vuelto Redentor, ofrece su salvación a todos los hombres en general, pero para que cada uno de ellos se haga cargo espontáneamente de ella. Pero las misteriosas disposiciones de este Dios para quien siempre todo lo que existe está presente a la vez y a quien nada escapa, hacen ver en todos los lugares, a través de todas las edades del tiempo, que él es el Todopoderoso, único bueno y verídico, tanto por las obras de su clemencia como por las sanciones vengadoras que le dicta su justicia. Pues muy lejos de que su bondad esencial falte nunca a la obra de su clemencia, Él no cesa por el contrario de reunir al mayor número posible de los hijos del infiel Adán en el seno del Hijo de su divinidad. Y cuando esto se cumple cada día en el mundo, ¿de qué sería la prueba sino de la bondad siempre activa del Todopoderoso, cambiante, pero inmutable, inmutable aunque cambiante?[2]

II. La Guerra Santa

Al menos, si hacia el este y el sur los predicadores de Cristo chocan con barreras demasiado fuertes, comienza a despuntar el día en que los guerreros de Occidente irán a forzar estas resistencias por la espada. En la mutación del Año Mil, el espíritu de cruzada madura. La paz y luego la tregua de Dios, limitaban poco a poco el ejercicio de las armas en el seno del pueblo cristiano; en 1054, se proclamó en el concilio de Narbona: "Que ningún cristiano mate a otro cristiano, pues quien mata a un cristiano derrama sin ninguna duda la sangre de Cristo". Ahora bien, los caballeros habían recibido de Dios mismo la vocación de combatir. ¿Dónde iban a asestar sus golpes? Contra los infieles. Va haciéndose claro que, en el movimiento de purificación donde la inminencia del fin de los tiempos acaba de comprometer a la cristiandad de Occidente, sólo la guerra santa es lícita. Al pueblo de Dios que avanza hacia la Tierra prometida, le importa haber aplacado todas sus discordias intestinas; debe andar en paz. Pero a su cabeza, el cuerpo de sus guerreros abre su marcha; él dispersa con su valentía a los sectarios del Maligno. Al otro día del milenario, la caballería de Occidente resiste a las bandas de bribones que salen de los países sarracenos; ella los persigue; ella los vence y, en tales éxitos, salva su alma.

Defensa de Narbona

En esta época, los moros de Córdoba, pasando por el mar Gálico, abordaron una noche, de improviso, con una flota numerosa, ante Narbona; y, al despuntar el día, rodearon armas en mano toda la ciudad; por lo que ellos mismos nos contaron después en cautividad, su sortilegio les había prometido que el asunto acabaría bien y que tomarían Narbona. Pero los cristianos, a toda prisa, comulgaron con el cuerpo y la sangre de Dios que recibieron de sus sacerdotes y, preparados para morir, corrieron sobre los sarracenos; se llevaron la victoria, mataron a unos, retuvieron cautivos a los otros así como sus naves y toda clase de botines; vendieron a sus prisioneros o los redujeron a servidumbre y enviaron en presente a san Marcial de Limoges veinte moros de una talla gigantesca. El abate Godofredo conservó a dos como esclavos y distribuyó los otros a los señores extranjeros que de diversos países habían venido a Limoges. El lenguaje

de estos hombres no era en absoluto el de los sarracenos; daban voces como perros jóvenes y parecían ladrar.[3]

Ofensivas en España

DE LOS COMBATES DE LOS SARRACENOS CONTRA LOS CRISTIANOS DE ÁFRICA

Hacia los mismos tiempos, la perfidia de los sarracenos para con el pueblo cristiano recobró en África [en rigor, para Glaber, España pertenece al África] un nuevo vigor; perseguían a todos cuantos hallaban en la tierra y en el mar, los desollaban vivos, los masacraban; y hacía ya mucho tiempo que las matanzas mutuas causaban estragos y que las ruinas se acumulaban de un lado como del otro, cuando finalmente los dos partidos se pusieron de acuerdo en que sus ejércitos librasen combate cuanto antes. El enemigo, prestando una confianza presuntuosa en el furioso salvajismo de su multitud inmensa, se veía de antemano vencedor; los nuestros, aunque de número muy pequeño, invocaban la ayuda de Dios todopoderoso y esperaban firmemente que la intercesión de su madre María, del bienaventurado Pedro, príncipe de los apóstoles y de todos los santos, les valdría la victoria. Y depositaban sobre todo su confianza en el voto que habían contraído en el momento de entablar el combate: si la poderosa mano del Señor les acordaba vencer al pueblo infiel, todo lo que le estuviera dado tomar a estas gentes, en oro, en plata y en otros adornos, debía ser igualmente enviado a Cluny, al príncipe de los apóstoles Pedro. Como antes hemos apuntado, hacía ya tiempo que numerosos religiosos de esta región, quienes habían tomado el hábito en este monasterio, supieron atraer al santo lugar el amor de toda la región. ¿Qué más faltaba? El combate se inició; fue largo y encarnizado. Los cristianos no habían sufrido pérdida alguna y ya se mostraban como los vencedores cuando, por último, tan grande fue el pánico que se apoderó del ejército de los sarracenos que, pareciendo olvidarse de luchar, intentan emprender la fuga; pero en vano; se enredan en sus propias manos o, mejor dicho, es el poder de Dios el que los clava en el sitio; y entonces el ejército de los cristianos, irresistible ahora gracias a la ayuda divina, se libra sobre ellos a tal carnicería que, de su multitud innumerable, apenas

pocos pudieron salvarse. Motget, su príncipe, cuyo nombre es una corrupción del de Moisés, murió, se dice, en este combate. Una vez reunido el botín, los cristianos retiraron de éste un enorme peso en talentos de plata, no olvidando el voto que habían hecho a Dios. Es en efecto costumbre de los sarracenos ir al combate ornados con muchas planchas de plata o de oro; en este caso, tal costumbre benefició a la piadosa liberalidad de los nuestros. Éstos enviaron sin tardanza todo este botín, como lo habían prometido, al monasterio de Cluny. El venerable abate del lugar, Odilón, mandó hacer con él un magnífico baldaquino por encima del altar de san Pedro. En cuanto a lo que quedó, ordenó, con una liberal medida muy famosa, distribuirlo, como convenía, a los pobres, hasta el último denario. Así pues, la turbulencia de los sarracenos, refrenada, se calmó por un tiempo.[4]

El relato pronto adquiere el tono de la canciones de gesta:

Después los normandos, bajo la conducción de Roger, marcharon a exterminar a los paganos de España, mataron incontables sarracenos y les tomaron muchas ciudades y castillos. En cuanto llegó, Roger capturó a algunos sarracenos; elegía uno cada día y, en presencia de los otros, lo cortaba en pedazos como a un cerdo, lo mandaba para comida de éstos cocido en un caldero y fingía ir a otra casa a comer la mitad restante con sus compañeros. Habiéndolo visto así todos, dejaba evadirse, por una fingida negligencia, al más ingenuo, a fin de que fuera a contar estos horrores a los sarracenos. Muertos de miedo ante esta idea, los sarracenos de la cercana España y su rey, Muset, piden la paz a Ermesinda, condesa de Barcelona, y se comprometen a pagar un tributo anual. Esta condesa era viuda y había casado a su hija con Roger. Concluida la paz con estos enemigos, Roger fue a llevar la guerra al interior de España; un día, acompañado tan sólo por cuarenta cristianos, cae en una emboscada tendida por quinientos sarracenos de primera; perdió en el combate a su hermano natural, cargó en tres oportunidades, abatió a más de cien enemigos, reconquistó sus posiciones con los suyos y los sarracenos ya no se atrevieron a perseguirlo en su fuga.

[…] El rey de Navarra, Sancho, con el concurso de los gascones, condujo un ejército contra los sarracenos, devastó España y retornó cargado de botín y de gloria. Ese mismo año (1027), el rey de Galicia Alfonso asoló las tierras de los sarracenos. En momentos en que una ciudad de España iba a rendírsele, cuando ya había depuesto él las armas y daba a los cristianos, que hervían de impaciencia bajo las murallas, la orden de cesar el combate, una flecha lanzada desde lo alto de los muros por estos mismos enemigos a los que deseaba perdonar, lo hirió de muerte; y sus tropas tuvieron que volver sobre sus pasos no sin gran dolor, llorando a su príncipe.[5]

III. Dios se encarna

Sin embargo, los preludios de la cruzada manifiestan ellos mismos un vuelco en la actitud cuyo asiento está en el foco de la conciencia religiosa y al que se puede considerar como uno de los hechos esenciales de la historia mental de la Edad Media, ya que por él se modificó por siglos enteros la tonalidad del cristianismo. En el tiempo del milenario, el propio Dios comienza a cambiar de cara. Bajo la omnipotencia incognoscible del Padre, la humanidad del Hijo parece ganar cada vez más presencia y proximidad. La cruz, el Evangelio, Jesús viviente por fin se apoderan, uno tras el otro, de las almas devotas.

Así, en los ritos de la iglesia, el lugar de la consagración eucarística tendió, en esta época misma, a ensancharse. Lo cual no dejó de suscitar problemas: es, en efecto, en relación con la significación mística de estos ritos, como se desarrollaron a la vez las más agudas de las inquietudes heréticas, los primeros esfuerzos de reflexión dialéctica y, muy pronto, alrededor de Béranger de Tours, las primeras controversias en teología.

Prodigios eucarísticos

Para Raoul Glaber, las especies eucarísticas pertenecen todavía al universo de la magia: como las reliquias, como las personas de los reyes, ellas introducen en la cotidianeidad de la vida una parcela de lo sagrado; ellas se rodean de milagros y prodigios; benéficas o meleficas, según se las use, traen consigo la benevolencia o la cólera del Todopoderoso.

El misterio de la Eucaristía no es por cierto transparente más que para un pequeño número; es incomprensible para casi todos los mortales, y lo mismo todas las otras cosas que pertenecen a la fe y no caen bajo la mirada de los ojos. Esto sobre todo merece que se esté sobreaviso: tiene uno por vivificante la preparación del cuerpo y de la sangre del Señor Jesucristo, y se cree al abrigo de todo daño y de todo peligro de caída. Pero si el cuerpo y la sangre del Señor son abandonados y destruidos por la negligencia de quienes los manipulan, no queda a éstos, salvo una pronta penitencia, más que un juicio que los condene. El Señor ha dicho: "Aquel que come mi carne y bebe mi sangre posee la vida eterna y yo lo resucitaré". No se

debe creer por esto que ningún animal, aparte del hombre, deba participar en la resurrección de la carne; e incluso sólo un verdadero fiel puede recibir la Eucaristía como instrumento de su salvación. Hubo en nuestro tiempo un individuo vestido con el hábito de los clérigos, que compareció en justicia por no sé qué crimen; durante la instrucción, tuvo la audacia de consumir este don de la Eucaristía, el cáliz de la sangre de Cristo. Acto seguido, se vio salir por la mitad de su vientre, inmaculada, la parte del santo sacrificio que había consumido y que ciertamente ofreció con ello una evidente prueba de la culpabilidad de aquel que la había recibido indignamente; además, de inmediato confesó el crimen del que hasta entonces se había defendido, e hizo conveniente penitencia. En el condado de Chalon conocimos personas que, ante la proximidad de un desastre, habían visto el pan consagrado transformarse en verdadera carne. En Dijon, hacia la misma época, una persona que aportaba la Eucaristía a un enfermo, la dejó caer de sus manos; vanos fueron todos sus esfuerzos por recuperarla. Al cabo de un año cumplido, se la descubrió al borde del camino público, al aire libre, allí donde había caído, tan blanca e inmaculada como si hubiese caído en ese instante. Por fin, en Lyon, en el monasterio de la Ile Barbe, habiéndose apoderado alguno, hay que creer, indebidamente de la cajita, o píxide, en la que se conservaba la Eucaristía según el uso, ésta se soltó por sí misma de sus manos y se mantuvo largo rato en el aire.

En cuanto al chrysmal, que algunos llaman el corporal [paño donde se deposita la hostia en el altar], en muchas ocasiones probó su virtud saludable con tal de que se recurriese a él con una fe entera. A menudo, elevado frente a los incendios, los obligó ya sea a extinguirse, ya sea a retroceder, ya sea a volverse para otro lado. Muchas veces curó los miembros doloridos de los enfermos al tiempo que, impuesto a los afiebrados, los volvía a la vida. En el monasterio de Moutiers-Saint-Jean, en tiempos del venerable abate Guillermo [de Volpiano], la desgracia quiso que un incendio devastara los alrededores del convento. Los hermanos de este lugar tomaron el chrysmal y lo alzaron a la punta de su asta ante las llamas del incendio de siniestros resplandores. Acto seguido el fuego se re-

plegó sobre sí mismo y no pudo extenderse más allá de lo que ya había ganado. El banderín del Señor, entre tanto, arrancado de su asta por los soplos del aire, voló sobre una extensión de unas dos millas y alcanzó un pueblo llamado Tivauche donde vino a posarse sobre una casa; lo persiguieron hasta ahí y lo trajeron de vuelta al monasterio con mucho miramiento. Ahora bien, el día de Pascua del mismo año, en la iglesia adyacente al monasterio y dedicada a san Pablo, el cáliz lleno de la sangre vivificante escapó de las manos de un sacerdote y cayó al piso. Pero no bien lo supo el mencionado abate, este hombre lleno de sabiduría ordenó a tres de sus monjes hacer penitencia por esta falta; temía que por desgracia la torpeza de ese estúpido sacerdote arrastrara con éste a los suyos en castigo vengador; lo que no habría dejado de producirse sin la previsión de este hombre avisado, como lo probó el suceso. Hemos contado lo que precede para incitar a creer firmemente que, en los lugares donde este don sagrado y vivificante sufre un accidente debido a la negligencia, el azote de la venganza divina cae de inmediato; así como, en cambio, los lugares donde se lo trata con miramientos, se verán colmados con todos los bienes.

Cluny y la misa

Sin embargo, una de las innovaciones capitales de las costumbres cluniacenses fue, hacia el Año Mil, incitar a los monjes a hacerse sacerdotes, asociar más estrechamente a las mortificaciones y las repulsas inherentes a la vocación monástica las funciones sacrificiales del sacerdocio y ordenar la vida de los hermanes en torno de la celebración eucarística. Así se vieron reforzadas las potencias redentoras del monasterio: la comunidad no recogía las gracias simplemente por sus oraciones y por sus privaciones; ella participaba en la confección del cuerpo y de la sangre de Cristo: ella trabajaba para aumentar en el mundo visible la parte de lo sagrado. Y esta obra saludable estaba estrechamente ligada en Cluny, a la liturgia de los muertos. Fue al asumir las funciones eucarísticas cuando los monasterios, en los umbrales del siglo XI, lograron instalarse en el corazón de la devoción popular y sacar decidida ventaja a las catedrales.

En cuanto a la celebración de este misterio magnífico, hay ya innumerables pruebas de los beneficios que aporta a las almas de los fieles difuntos; no obstante, ahora deseo hacer conocer una de entre tantas otras de toda especie. En las comarcas más distantes del África vivía un anacoreta, de quien se decía que había pasado veinte años retirado sin ver a ningún hombre. Un pobre muchachito, ciudadano de Marsella, una de esas personas que recorren el país sin cansarse jamás de aprender ni de ver lugares nuevos, acertó a pasar por ahí. Oyendo hablar de este anacoreta, afrontó la soledad de esa región consumida por el ardor del sol y se obstinó largo tiempo en el intento de descubrirlo. Al final, el solitario vio al hombre que lo buscaba y le gritó que fuera hacia él.

Y cuando el otro se acercó, se puso a preguntarle quién era, de dónde venía, por qué se hallaba en ese lugar. Sin hacerse rogar, el hombre le respondió que era su ardiente deseo de verlo el que lo había traído hasta aquí y que no deseaba ninguna otra cosa. El hombre, nutrido por la ciencia de Dios, dijo entonces:

"Me entero de que llegas de Galia; pero, te lo ruego, dime, ¿has visto alguna vez el monasterio de Cluny que se encuentra en ese país?".

"Lo he visto, responde el otro; y lo conozco muy bien".

Entonces él le dijo:

"Has de saber que ese monasterio no tiene igual en el mundo romano, sobre todo para liberar a las almas que han caído en el poder del demonio. Se inmola en ese lugar tan frecuentemente el sacrifico vivificante, que casi no pasa día sin que, por tal conducto, no se arranquen varias almas a la potencia de los malignos demonios".

En este monasterio, en efecto, y nosotros mismos hemos sido testigos de ello, una costumbre hecha posible por el gran número de sus monjes quería que se celebraran misas sin interrupción desde la primera hora del día hasta la hora del reposo; y los monjes ponían en ello tanta dignidad, tanta piedad, tanta veneración, que se hubiese creído ver más bien ángeles que hombres.[6]

El rey, defensor de Cristo

Ungido por el Señor, Cristóforo, atento a imitar los gestos de Jesús en la ceremonias del tiempo pascual, el buen rey, cuyo ejemplo muestra Helgaud en Roberto el Piadoso, interviene él mismo, puesto que es sagrado, en las discusiones que suscita en esta época el misterio de la Eucaristía:

Cierto obispo no tenía una sana concepción del Señor y buscaba por ciertas razones una prueba de la presencia real del cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo. Este rey, impregnado de bondad, quedó indignado y le dirigió una carta así concebida: "Como tienes renombre de ciencia sin que la luz de la sabiduría brille en ti, me pregunto con asombro cómo has podido, mediante una facultad injustamente ejercida y mediante el odio horrendo que alimentas contra los servidores de Dios intentar poner en tela de juicio el cuerpo y la sangre del Señor; y por qué, mientras que el sacerdote, al conferirlos, dice: "Que el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo sea la salvación de tu alma y de tu cuerpo", tú, con boca temeraria y manchada, dices: "Recíbelo, si eres digno de él", mientras que no hay nadie que lo sea. ¿Por qué atribuyes a la divinidad las debilidades del cuerpo y unes a la naturaleza divina las imperfecciones del dolor humano?

El soberano se constituye así en guardián del cuerpo y de la sangre de Cristo y en ordenador de las liturgias, donde se ve reaparecer el simbolismo del hábito blanco.

Este servidor de Dios, acurrucado en el seno de nuestra madre la Iglesia, se constituyó en valiente protector del cuerpo y de la sangre del Señor, así como de los vasos que la contienen. Él ordenaba absolutamente todo, hasta la punta de la uñas, a tal punto que Dios parecía ser acogido no con las galas de la gloria de otro sino en la gloria misma de su propia majestad. Él aportaba toda su devoción, ponía su constante cuidado en que fuese por un ministro de corazón puro y vestido de blanco como se inmolase Dios por las faltas del mundo entero. Los oficios del culto hacían sus delicias y, sobre la tierra, él vivía ya en los cielos. Volcaba su satisfacción en las reliquias de los santos, que hacía vestir de oro y de plata, en los atuendos blancos, en los ornamentos sacerdotales, en las cruces preciosas, los cálices de oro fino, los incensarios donde arde un incienso selecto, sirviendo las vajillas de plata a las abluciones del sacerdote.[7]

IV. La cruz

El prelado quien increpó Roberto el Piadoso (era sin duda el arzobispo de Sens, Lierri), ¿había sido ganado el mismo por la doctrina de los “maniqueos” que el rey mandó quemar en Orleans? Estos, en efecto, se interrogaban con más ansiedad que nadie sobre las virtudes de la Eucaristía. Como ya hemos visto, en esta misma época otros herejes rompían los crucifijos. Pues la cruz, para ellos, era el símbolo de todas las innovaciones y de la nueva inquietud. Y, de hecho, en el Año Mil, la primera irrupción de la humanidad de Dios en las representaciones religiosas no cesaba de prolongar el papel desempeñado por la cruz en las ceremonias y entre los ritos.

Las cruces de que habla Raoul Glaber son todavía a la vez los emblemas de la victoria cósmica del Dios Salvador y objetos mágicos por los que las advertencias del mas allá se manifiestan:

El año de la Encarnación novecientos ochenta y ocho se produjo en la ciudad de Orleans, Galia, un prodigio tan memorable como aterrador. Existe en esta ciudad un monasterio fundado en honor del príncipe de los Apóstoles, en el cual se sabe que primitivamente una comunidad de vírgenes consagradas aseguraba el servido de Dios todopoderoso y que desde entonces es conocido con el nombre de Saint-Pierre-le-Puellier. En medio de este monasterio estaba plantado el estandarte venerable de la cruz, que ofrecía la imagen del Salvador padeciendo por la salvación de los hombres los tormentos de la muerte; ahora bien, de los ojos de esta imagen, durante varios días sin interrupción, numerosos testigos vieron brotar un río de lágrimas; este espectáculo horroroso provocó naturalmente un gran concurso del pueblo. Muchos entre tanto, mirando con más detenimiento, vieron aquí el presagio, enviado por Dios, de cierta calamidad pronta a abatirse sobre la ciudad. Como en efecto se nos muestra a este mismo Salvador, instruido por su presencia de la inminente ruina de Jerusalén, llorando sobre esta ciudad, así es ciertamente la amenaza que pesa sobre Orleans de un desastre próximo el que le arrancaba las lágrimas vertidas por su imagen visible. Se produjo poco tiempo después en la

misma ciudad un hecho inaudito en el que se vio el mismo presagio. Una noche en que los guardianes de la gran iglesia, es decir de la catedral [dedicada a la santa Cruz], acababan como de costumbre de levantarse y de abrir las puertas del santo lugar a quienes acudían a maitines, de pronto apareció un lobo que entró en la iglesia, asió con su hocico la cuerda de la campana, la sacudió y se puso a sonar. Quienes allí se hallaban, estupefactos, lanzaron por fin fuertes gritos y, sin armas, lo arrojaron así fuera de la iglesia. Al año siguiente, todas las habitaciones de la ciudad y los edificios de las iglesias fueron presas de un terrible incendio. Y nadie dudó de que este acontecimiento desastroso había sido anunciado a la vez por los dos prodigios.[8]

Pero, en los escritos de Ademar de Chabannes, la cruz adquiere otra significación. Él mismo vio una noche su imagen en el cielo, cargada del sufrimiento de Dios. Cuenta que el conde Guillermo de Angulema, en su agonía, besaba una y otra vez la madera de la Cruz. Este señor había vuelto del Santo sepulcro. ¿Traía de Tierra Santa una devoción más profunda para con las insignias de la Pasión?

[En 1017], Gut, vizconde de Limoges, y su hermano el obispo Audouin, habían regresado sin dificultad de Jerusalén. Entonces el sepulcro de san Cibardo empezó a hacerse notar por milagros de una frecuencia insólita. Foucher, abate de Charoux, tuvo al mismo tiempo que sus monjes una visión que lo conminaba sin duda posible a llevar la santa madera de la Cruz junto a la tumba del bienaventurado Cibardo. Así se hizo en medio de una reunión solemne y, bajo la dirección del abate de Angulema Renaut, la santa madera fue transportada a la basílica San Cibardo el día de la fiesta del santo, primero del mes de julio; y cuando se terminó de ejecutar la orden impartida por la clemencia divina, los monjes de Charoux se despidieron de sus hermanos de Angulema y se retiraron honorablemente con la santa madera.

Está probado que esa madera proviene de la cruz del Señor; el patriarca de Jerusalén la envió a Carlomagno y el emperador la depositó en esa misma basílica que había fundado Roger, conde de Limoges, en honor del Salvador.[9]

Mientras que en Saint-Benoît-sur-Loire y en Saint-Marcial-de-Limoges, los religiosos juzgaban adecuado insertar en la liturgia de la semana santa, dirigido a la concurrencia laica, el esbozo de una representación y de un diálogo que han sido origen del

teatro europeo y que hacía visible para todos el drama de la Pasión, mientras que los cada vez más numerosos jóvenes caballeros, corredores de aventuras, marchaban a exhibir ante los infieles la insignia triunfal de la Cruz, a la hora en que el emperador Otón III mandaba abrir la tumba de Carlomagno y retiraba de ella la cruz de oro del difunto para adornarse con ella él mismo y en que, proliferante, la leyenda carolingia se entremezclaba con las primeras expresiones del espíritu de cruzada, la cristiandad de Occidente, obsesionada con la Jerusalén de sus sueños, descubría la Jerusalén terrestre y con ella a Jesús viviente.

Juan, sobrino de Guillermo de Volpiano, su discípulo, y por esto compañero de Raoul Glaber, antes de ser abate de Fécamp en 1028 introduce en su Confesión teológica esta meditación sobre Cristo:

> *Él fue circuncidado para separamos de los vicios de la carne — presentado en el templo para conducirnos al Padre puros y santificados — bautizado para lavarnos de nuestros crímenes — pobre para hacernos ricos y débil para hacernos fuertes — tentado para protegernos de los ataques diabólicos —capturado para librarnos del poder del Enemigo— vendido para rescatarnos por su sangre — despojado para vestirnos con el manto de la inmortalidad — burlado para sustraernos a los sarcasmos demoniacos — coronado de espinas para arrancarnos a los abrojos de la maldición original — humillado para exaltarnos — elevado en la cruz para atraernos hacia él — regado con hiel y con vinagre para introducirnos en las tierras de la alegría sin fin — sacrificado como cordero sin mancha sobre el altar de la cruz para lavar los pecados del mundo.*[10]

Este pensamiento no es racional; marcha según las vías de la exégesis y de las meditaciones claustrales, al hilo de las analogías, de la asociaciones de palabras, en busca de correspondencias y resonancias verbales. Lo importante es que se apega a la pasión de Jesús. Inaugurando en el Año Mil su andadura hacia el Santo Sepulcro, la cristiandad de Occidente creía avanzar, detrás de Cristo, hacia el Reino. En realidad, comenzaba la conquista del mundo visible.

Como la herejía, como el impulso que conduce a la cruzada, como los primeros ejercicios de la razón frente al misterio, el vuelco de la vida interior hacia los símbolos evangélicos traduce de hecho este primer punto de partida. Emana éste del mismo sacudimiento que estimula entonces las primeras indagaciones de los constructores romanos, que revela las estructuras de la sociedad nueva, esos tres "órdenes", esos tres "estados" entre los cuales los hombres de Europa debían luego juzgarse repartidos durante casi todo el nuevo milenario. Fue precisamente en ese instante, a la espera del fin del mundo, cuando se operó la conversión radical de los valores del cristianismo. La humanidad está aún prosternada ante un Dios terrible, mágico y vengador que la domina y la aplasta. Pero comienza a forjarse la imagen de un Dios hecho hombre, que se le parece más y al que pronto se atreverá a mirar de frente. Ella se interna en el gran

camino liberador que desemboca primero en la catedral gótica, en la teología de Tomás de Aquino, en Francisco de Asís, que prosigue luego hacia todas las formas de humanismo, hacia todos los progresos científicos, políticos y sociales, para aportar finalmente, bien mirado, los valores que actualmente dominan nuestra cultura.

En la historia de las a actitudes mentales, donde he situado casi todas mis observaciones y en función de la cual fueron elegidos y dispuestos todos estos textos, ¿qué significa en verdad el Año Mil de la Encarnación y de la Redención? El anuncio de un giro capital, el paso de una religión ritual y litúrgica —la de Carlomagno y aun la de Cluny— a una religión de acción y que se encarna, la de los peregrinos de Roma, de Santiago y del Santo Sepulcro, y pronto la de los cruzados. En el seno de los terrores y de las fantasías, una primigenia percepción de lo que es la dignidad del hombre. Aquí, en medio de esta noche, en esta indigencia trágica y en este salvajismo, comienzan, por siglos enteros, las victorias del pensamiento de Europa.

CRONOLOGÍA

	Hechos políticos	Hechos culturales
981		Consagración de la segunda abadía de Cluny
983	Advenimiento de Otón III	
985	Bautismo del rey de los Húngaros	
987	Elección de Hugo Capeto. Victoria de Al Manzur en España	
989	Primeras instituciones de paz en el concilio de Charroux	
990		Construcción del porche de Saint-Germain-des-Prés
991	Gran invasión danesa en Inglaterra	
994		Donjon de Langeais
996	Roberto el Piadoso único rey de Francia	Comienzo de la construcción de la iglesia de Roman-môtier. Comienzo de la construcción de la iglesia de San Martin de Tours
997	Al Manzur saquea Santiago de Compostela	
998		Evangelario de Otón III (Reichenau)
999	Otón III establece su capital en Roma. Geriberto asume el papado bajo el nombre de Silvestre II	
1001	El papa corona a Esteban rey de Hungría	
1002	Enrique II rey de Alemania	
1005		Muerte del ermitaño italiano san Nilo
1006		Comienzo de la construcción del nártex de Tournus

1007		Guillermo de Volpiano emprende la construcción de la rotonda de San Benigno de Dijon
1009	Los cristianos de España entran en Córdoba. El califa Hakim destruye el Santo Sepulcro	Nave abovedada de San Martín del Canigó
1011	Ataque sarraceno a Pisa	
1012		San Romualdo funda la orden de los camaldulenses
1014	Coronación imperial de Enrique II	
1019	Knut rey de Inglaterra y de Dinamarca	
1021		Dintel esculpido de Saint-Genis-des-Fontaines
1022		
1024	Insurrección del pueblo de Pavía	Hoguera de herejes en Orleáns
1026		Peregrinación de Knut a Roma. Comienzo de la construcción del porche de Saint-Benoît-sur-Loire
1027	Coronación imperial de Conrado II	
1031	Enrique I único rey de Francia	Dedicatoria de Santa María de Ripoll
1032	El reino de Borgoña es anexionado al Imperio	
1033		Consagración de San Miguel de Hildesheim
1039		Congregación de los canónigos de San Rufo

BIBLIOGRAFÍA

1. Los textos:

Adalberón de Laon

Hückel (G. A.), "Les poèmes satiriques d'Adalbéron", en Bibliothèque de la Faculté des Lettres de Paris, tomo III, *Mélanges d'Histoire du Moyen Âge*, París, 1901 (edición y traducción).

Ademar de Chabannes

Chronique publiée d'après les manuscrits par Jules Chavanon (Colección de textos para servir al estudio y la enseñanza de la historia), París, 1897.

Geriberto

Barthélemy (E. de). *Gerbert, étude sur su vie et ses ouvrages, suivie de la traduction de ses lettres*, París, 1868.

Helgaud de Fleury

Vie de Robert le Pieux. Epitoma vitae regis Roberti pii, texte édité, traduit et annoté par Robert-Henri Bautier et Gilette Labory (Fuentes de Historia medieval publicadas por el Instituto de Investigaciones y de Historia de los Textos), París, 1965.

Milagros de san Benito

Les Miracles de saint Benoît écrits par Adreval, Aimoín, André, Raoul Tortaire et Hugues de Sainte-Maure, moines de Fleury, réunis et publiés par E. de Certain (Sociedad de la Historia de Francia], Paris, 1858.

Milagros de santa Fe

Liber Miraculorum sancte Fidis. publié par A. Bouillet (Colección de textos para servir al estudio y la enseñanza de la historia), París, 1897.

Raoul Glaber

Raoul Glaber. Les cinq livres de ses histoires (990-1044), publiés par Maurice Prou (Colección de textos para servir al estudio y la enseñanza de la historia), París, 1886.

Richer

Richer. Histoire de France (888-995), editée et traduite par Robert Latouche ("Les classiques de l'histoire de France au Moyen Âge"), tomo II, 954-995, París, 1937.

E. Pognon, en *L'An Mille* (París, 1947), dio de Adalberón, Ademar de Chabannes, Helgaud y Raoul Glaber, una traducción muy útil de la que me he servido mucho.

2. Breve orientación de lectura:

Sobre el Año Mil

Focillon (H.), *L'An Mil*, París, 1952.

L'an mille, París, (1947), introducción por Pognon (E.).

Bloch (M.), *La société féodale*. ("Evolution de l'Humanité", 34 y 34 bis), París, 1939-1940.

Para encuadrar la época en la historia del Occidente medieval:

López (R.), *Naissance de l'Europe* ("Destin du monde"), París, 1962.

Le Goff (J.), *La civilisation de l'Occident médiéval* ("Les grandes civilisations"), París, 1964.

Duby (G.) y Mandrou (R.), *Histoire de la civilisation française*, París (1958), tomo I.

Notas

[1] Raoul Glaber, *Hist.*, prólogo. <<

[2] Edición de A. Vidier, en *L'historiographie à Saint-Benoît-sur-Loire et le miracles de saint Benoî*t, París, 1965. <<

[3] Edición en los *Monumenta Germaniae historica*, tomo III de los *Scriptores*, págs. 173-185. <<

[4] Edición en los *Monumenta Germaniae historica*, tomo III de los *Scriptores*, págs. 78-86. <<

[5] Edición en los *Monumenta Germaniae historica*, tomo VII de los *Scriptores*, págs. 79-133. <<

[6] Edición en los *Monumenta Germaniae historica*, tomo III de los *Scriptores*, págs. 798-871. <<

[7] Edición en la *Collection de textes pour servir à l'étude et à l'énseignement de l'histoire*, París, 1897. <<

[8] Los *Miracles de saint Benoît, écrits par Adrevald, Aimoin, André, Rasoul Tortaire et Hugues de Sainte-Maure, moines de Fleury* fueron editados en 1858 por la Société de l'histoire de France. Este texto es criticado por A. Vidier, *L'historiographie à Saint-Benoît-sur-Loire et le miracles de saint Benoît*, París, 1965. <<

[9] Edición en la *Collection de textes pour servir à l'étude et à l'énseignement de l'histoire*, París, 1897. <<

[10] Edición en los *Classiques de l'histoire de France au moyen âge*, vol. 12 y 17. <<

[11] Edición en la *Collection de textes pour servir à l'étude et à l'énseignement de l'histoire*, París, 1896. <<

[12] Raoul Glaber, *Hist.*, I, 1. <<

[13] *Id., ibíd.*, II, 1. <<

[14] Ademar de Chabannes, *Chroniques*, III, 41 y 54. <<

[1] Ademar de Chabannes, *Chron.*, III, 31. <<

[2] *Liber Apologeticus*, editado por Migne, *Patrologie latine*, tomo CXXXIX, vol. 461. <<

[3] Raoul Glaber, *Hist.*, I, 26. <<

[4] *Id., ibíd.*, IV, 1. <<

[5] *Id., ibíd.*, I, 26. <<

[6] *Id., ibíd.*, I, 25. <<

[1] Richer, *Hist.*, IV, 42-45. <<

[2] *Id., ibíd.*, IV, 50. <<

[3] Geriberto, *Lettres*, 44 y 130. <<

[4] Richer, *Hist.*, 45, 46-47, 49-54. <<

[5] Raoul Glaber, *Hist.*, II, 23. <<

[6] *Id., ibíd.*, III, 28-30. <<

[7] *Id., ibíd.*, V, 10-11. <<

[1] Raoul Glaber, *Hist.*, I, 2-3. <<

[2] Adalberón, edición Hückel, págs. 148-156. <<

[3] Raoul Glaber, *Hist.*, II, 9. <<

[4] Helgaud, 11 y 12. <<

[5] Ademar de Chabannes, *Chron.*, III, 31. <<

[6] *Id., ibíd.*, III, 56 y 49. <<

[7] Raoul Glaber, *Hist.*, I, 4. <<

[8] *Id., ibíd.*, IV, 3. <<

[9] *Miracles de saint Foy*, I, 13. <<

[10] *Ibid.*, I, 19. <<

[11] *Ibid.*, I, 4. <<

[12] *Ibid.*, I, 3 y 7. <<

[13] *Miracles de Saint Benoît*, III, 13. <<

[1] Raoul Glaber, *Hist.*, III, 3. <<

[2] Ademar de Chabannes, *Chron.*, III, 58. <<

[3] Raoul Glaber, *Hist.*, IV, 9. <<

[4] Ademar de Chabannes, *Chron.*, III, 62. <<

[5] Raoul Glaber, *Hist.*, II, 2; V, 1 y II, 7. <<

[6] Ademar de Chabannes, *Chron.*, III, 35. <<

[7] Raoul Glaber, *Hist.*, IV, 4-5; II, 7 y II, 11. <<

[8] Ademar de Chabannes, *Chron.*, 49 y 59. <<

[9] Raoul Glaber, *Hist.*, III, 8 y III, 7. <<

[10] Ademar de Chabannes, *Chron.*, III, 46-47. <<

[1] Raoul Glaber, *Hist.*, V, 1. <<

[1] Raoul Glaber, *Hist.*, III, 5. <<

[2] Ademar de Chabannes, *Chron.*, III, 52 y 35. <<

[3] Raoul Glaber, *Hist.*, III, 8. <<

[4] Ademar de Chabannes, *Chron.*, III, 66. <<

[5] Helgaud, 17, 22, 23, 21, 27, 29. <<

[6] Cartulario de la Abadía de San Victor de Marsella, editado por B. Guérard en la *Collection des Cartulaires de France*, tomo VIII, París, 1857, volumen I, págs. 99-100. <<

[7] Raoul Glaber, *Hist.*, IV, 5. <<

[8] Publicado por Ch. Pfister, *Etudes sur le regne de Robert le Pieux*, París, 1885, págs. LX-LXI. <<

[9] Raoul Glaber, *Hist.*, V, 1. <<

[10] *Id., ibid.*, III, 1. <<

[11] Ademar de Chabannes, *Chron.*, III, 68. <<

[12] Raoul Glaber, *Hist.*, IV, 6. <<

[1] Raoul Glaber, *Hist.*, IV, 5. <<

[2] Richer, *Hist.*, III, 24-25 y 31-33. <<

[3] Raoul Glaber, *Hist.*, I, 4. <<

[4] Cartulario de la Abadía de San Victor de Marsella, editado por B. Guérard en la *Collection des Cartulaires de France*, tomo VIII, París, 1857, volumen I, págs. 18-22. <<

[5] Raoul Glaber, *Hist.*, III, 5. <<

[6] Richer, *Hist.*, III, 23. <<

[7] Raoul Glaber, *Hist.*, III, 4 y II, 5. <<

[8] *Id., ibid.*, III, 5. <<

[1] Ademar de Chabannes, *Chron.*, III, 31. <<

[2] Raoul Glaber, *Hist.*, I, 5. <<

[3] Ademar de Chabannes, *Chron.*, III, 52. <<

[4] Raoul Glaber, *Hist.*, IV, 7. <<

[5] Ademar de Chabannes, *Chron.*, IV, 55 y 69. <<

[6] Raoul Glaber, *Hist.*, V, 1. <<

[7] Helgaud, 6 y 7. <<

[8] Raoul Glaber, *Hist.*, II, 5. <<

[9] Ademar de Chabannes, *Chron.*, III, 40. <<

[10] J. Leclerc y J.-P. Bonnes, “Un maître de la vie spiritiuelle au XIe siècle, Jean de Fécamp”, en *Etudes de théologie et d’historie de la spiritualité*, París, 1946. Confesión teológica, II, 13. <<

ÍNDICE